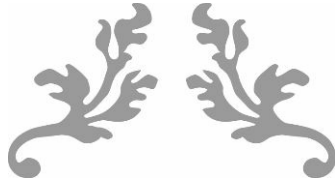


Amor JUVENIL



3 NOVELAS DE AMOR ADOLESCENTE

MARTA ESCUDERO



AMOR JUVENIL

3 Novelas de Amor Adolescente



Por **Marta Escudero**

© Marta Escudero, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Marta Escudero.

Primera Edición.

Dedicado a;

Marta, por cuidar de mi hermano.

Mario, por inspirarme a ser más.

Índice

Libre — *Romance Juvenil con el Escritor Rebelde*

Salvavidas — *Romance y Segunda Oportunidad para la Madre Soltera*

¡Fue un Accidente! — *Romance Juvenil Inesperado en Pleno Nueva York*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

Libre

Romance Juvenil con el Escritor Rebelde

Hoy lunes, comienza otra vez la agitada rutina diaria, y yo me encuentro aún metida en mi cama decidiéndome si ir o no ir a la universidad. Pero luego recuerdo, ¡Vaya! ¡¿Cómo se me pudo haber olvidado que tengo examen hoy?! Salto de mi cama y toda mi pereza se va de todo mi cuerpo en un instante mientras se invade de adrenalina.

Estoy corriendo de un lado a otro buscando mis zapatos, mis libros y mi ropa. He dejado mi cuarto hecho un desastre en la búsqueda y en el poco tiempo que me queda antes de salir me he puesto a repasar y no me ha dado tiempo ni de maquillarme.

Me miro en el espejo y trato de peinarme un poco pero término dejando mi largo cabello castaño hecho un desastre, hasta parezco un muerto, pero no es la primera vez que salgo a la universidad así, ya deberían de estar acostumbrados a verme así.

Llego por fin a la facultad y me siento algo nerviosa por el examen de hoy.

A mis 23 años ya me encuentro cursando el último año de la carrera de veterinaria y la verdad me siento dichosa de estar a poco tiempo de graduarme en lo que realmente me apasiona pero, también los profesores se han vuelto mucho más exigentes tanto en la práctica como en la teoría.

Al entrar al aula oigo gritar mi nombre. —¡Sofía! —Desvío la mirada y ahí está, Alex mi mejor amigo y compañero de clases, nada me alegra más el día como lo hace él.

—Sofii ¿Cómo estás? ¡Dime que estudiaste algo! —Pregunta Alex tomándome de los hombros.

—¡No! ¡Me he acordado esta mañana! —Clamo preocupada.

—¡No puede ser!..

—¡No me digas que también te has acordado esta mañana! —Deduzco.

—¡Si Sofi, también lo he hecho! —Dice también preocupado.

—¡Aff! ¡¿Por qué nos pasa esto justamente hoy, y con este profesor?! —Clamo lamentándome.

Dicho esto justamente, viene llegando un señor de edad entre 50 años, alto, con un maletín negro. Al observar bien me doy cuenta que es el profesor que nos dicta la materia de Práctica profesional II Clínica de pequeños animales.

Creo que me ha escuchado. —¿Pasa algo señorita Rauseo? — Dice el profesor, siempre llamándome por mi apellido...

—No pasa nada profesor... —Respondo con una sonrisa insegura.

—Bien. —dice mirándome fijamente, hasta que desvía la mirada al resto de mis compañeros y siento un alivio porque no me ha dicho más nada.

—Jóvenes, imagino que estudiaron para el examen. —vuelve a hablar el profesor.

Alex y yo nos miramos a la cara, mientras que el profesor va entregándonos unas hojas que ha sacado de su maletín.

Pasado una hora después, ya luego de haber terminado con aquella sorpresa de examen, salimos del aula y miro a Alex.

—¡Sí que estuvo largo este examen! —Digo dirigiéndome a Alex.

—¡Mucho! Pero por suerte había hecho investigaciones sobre la materia. ¿Tu pudiste hacerlo completo? — Me pregunta

—Sí Alex, yo por suerte repasé un poco antes y me acordé de las clases, Este profesor nos las

ha explicado mejor que los anteriores. —Respondo

Mientras conversamos se está acomodando su cabello negro liso que combina perfectamente con su piel pálida. Alex siempre está tratando de verse lo mejor posible en todo momento porque es metrosexual aunque él siempre lo ha negado.

Siempre viste camisas mangas largas formales y pantalón de gabardina oscuro totalmente impecable, a veces siento que es obsesivo con su pulcritud pero tampoco es algo totalmente malo.

Su personalidad es la mejor que he conocido; carismático como nadie, siempre que ando con él por cualquier detalle me hace reír, es excelente compañía cuando nos quedamos estudiando largas horas para luego debatir lo estudiado.

Desde que entramos a la universidad no olvidaré como nos conocimos el primer día de clases cuando nos topamos y ambos nos hicimos la misma pregunta: ¿Sabes dónde está la facultad de ciencias veterinarias?

Estábamos totalmente perdidos en búsqueda de la facultad y el aula. Es ahí cuando nos dimos cuenta que íbamos a estudiar la misma carrera y desde allí ya han pasado cuatro años de nuestra amistad.

Me doy la vuelta para salir del aula y una vez en la puerta noto que Alex se ha quedado hablando por teléfono y está súper emocionado. —¡Sí! Claro que iremos —Clama Alex sonriente y cuelga.

—¡Nos acaban de invitar a una fiesta en una casa de playa este viernes! —Me dice.

—¿Quién te ha invitado? —Pregunto.

—Valentina ¿La recuerdas?

—¡Oh claro! —Digo emocionada. Valentina se hizo nuestra amiga también al entrar a la universidad, ella tenía un año adelantado de la carrera y gracias a ella tuvimos a alguien que nos contara sus experiencias al comienzo en la universidad.

Fue una gran ayuda para combatir los tantos obstáculos de esta carrera y admiro que haya sido el promedio más alto en su graduación el año pasado. Seguimos teniendo comunicación pero desde todo ese tiempo no la hemos vuelto a ver y me sorprende que nos haya invitado a su fiesta. ¡Estoy gratamente ansiosa por ir!

* * * *

He pasado todos estos días de semana estudiando hasta la madrugada, presentando evaluaciones tanto orales como escritas. Estoy camino a casa y me siento abatida... Por fin es viernes y podré dormir un poco más esta noche.

Enciendo mi celular para mirar la hora, son las doce y veinticuatro del mediodía. Casualmente suena mi celular, veo que es Alex, así que contesto rápido.

—Alex

—¡Recuerda que esta noche es la fiesta! Y comienza a las ocho de la noche, ¡Quiero que te pongas tu mejor atuendo!

¡No recordaba que hoy era la fiesta!

—Sí... Pero recuerda que mis padres...

—Tus padres nada. Ya no puedes dejar que te dominen, ¡Ya eres una mujer de 23 años y debes divertirte! Simplemente avísales que iras a una fiesta conmigo. —Se expresa con autoridad.

—Pero ya los conoces...

—Sí, Sofi... Solo convéncelos o mejor hazme caso en solo avisarles que irás.

—Bueno Alex ¡Eso haré! —Le digo decidida.

Sé que mis padres no me dejarán ir, nunca dejan que vaya a ninguna de las fiestas o a las

salidas que me invitan, no sé por qué aún siguen privándome de hacer tantas cosas... Es insólito, detesto vivir así, que aún me sigan cuidando como a una niña.

—Bueno, te llamaré a las siete y espero que estés lista. —me dice y cuelga.

Al llegar a mi casa, me doy cuenta que no está el auto de mi madre, eso quiere decir que ha salido. Abro la puerta y me dirijo a mi cuarto, la universidad me ha dejado un poco agitada.

Me voy al baño de mi habitación, saco toda mi ropa y entro a la ducha, la verdad necesito relajarme y pensar bien en la estrategia para decirles a mis padres que me dejen ir a esa fiesta sin que se escandalicen...

Al salir de la ducha seco mi cabello con una toalla y me voy a mi armario. Me coloco un vestido corto floreado muy cómodo, y aún sigo pensando en lo que me sugirió Alex ¿Será que es posible que me den libertad sólo avisándoles?

Creo que es la manera de quitarles ese derecho, pero de cierto modo no lo creo... Ellos siguen con ese derecho solo por el hecho de que las normas de la casa así las exigen, cuando en realidad lo que creen es que pueden seguir teniendo derecho sobre mí...

De pronto mis pensamientos son interrumpidos al oír que tocan mi puerta, doy un brinco y me dirijo a la puerta. Al abrir veo a mi madre. —¡Mamá! ¿Dónde has estado? ¿Estás bien? — Pregunto.

—Hija, fui al supermercado a comprar lo que faltaba para la cena y así aproveché de ir a la farmacia a comprar los medicamentos que me faltaban. Me siento un poco cansada ¿Podrías hacer la cena? — Dice con un tono de voz agitado.

—¡Claro mamá! Tranquila ve y descansa un poco.

Mi madre padece de hipertensión arterial, y por esa razón siempre trato de no ser su dolor de cabeza... Por eso es que aun hago caso a sus reglas, es que si discuto esto con ella siento que en cualquier momento su salud se desestabilizará, así como cuando un día nos asustamos y creíamos que la perderíamos por un ataque al corazón causado por la noticia de que su hermana había sido asesinada. Desde ese momento entendí que todo podría repercutir en su enfermedad...

* * * *

Se han hecho casi las seis de la tarde y yo estoy terminando de hacer la cena. Preparo la mesa y sirvo tres platos. —¡Mamá, papá! Ya está lista la cena. —Digo en voz alta.

Mis padres se acercan y nos sentamos a comer.

—¡Se ve delicioso! —Clama mi padre.

—¡Espero que también lo esté! —Digo dirigiéndome a mi padre.

—Eso no lo dudo —Dice mi madre.

—Buen provecho —Les digo.

—¡Igualmente! —Me dicen ambos al mismo tiempo, se ríen y finalmente comenzamos a comer.

Luego de transcurrido unos minutos, aun en la mesa me siento decidida a decirle a mis padres. —Padres iré a una fiesta esta noche. —Digo con seguridad.

—¿Cómo que iras a una fiesta? —Pregunta mi padre en tono alto.

—Sí, Valentina me ha invitado a mí y a Alex a su fiesta.

—¡¿Y vas sin nuestro permiso?! ¡Ya te hemos dicho las normas mientras sigas viviendo en esta casa! —Clama mi madre.

—Estoy cansada de estas “normas” ¿Por qué no puedo salir a divertirme? ¡¿Acaso nunca tendré ese derecho?! —Respondo enojada.

—Por salir a divertirme así como dices te pueden suceder muchas cosas. ¿Eso no lo ves? Tu solo piensas que todas las personas son buenas y que no te puede suceder nada tratando de actuar

como una mujer de la calle. —Clama mi madre.

¡Sí, esto lo veía venir! Odio su forma de pensar, ellos solo creen que las chicas que van a fiestas de noche son mujeres de la vida fácil. Creo que no resultó la idea de mi amigo... Ahora es peor, ¡me siento totalmente inútil e indignada al mismo tiempo! Así que me levanto de mi silla, dejo mi cena por la mitad, los miro y me retiro.

Entro a mi habitación y cierro la puerta fuertemente. No sé por qué precisamente hoy me ha dado tanta ira que me hayan prohibido salir, ya debería de estar acostumbrada a que me digan que no, pero esta vez sí me siento harta.

Estoy sentada en mi cama y de pronto escucho sonar mi celular. ¡Es Alex! Solo espero que no esté aquí.

—¡Aleex! —Atiendo.

—Sofía, sal afuera, te estoy esperando.

—¡Pero me dijiste que vendrías a las ocho! —Clamo. Tal como lo imaginé él estaba fuera de mi casa.

—Solo ábreme, ¿o dejarás a tu amigo afuera?

—No Alex, claro que no te dejaría afuera. Ya salgo.

Cuelgo el teléfono y salgo rápidamente de mi habitación para abrirle la puerta, al pasar por la sala de mi casa observo a mis padres sentados cerca.

Lo hago pasar y me impresiono con lo natural y fresco que se ha vestido hoy, ¡son muy pocas las veces que lo veo vestido de esa manera! No sé cómo es que tiene tan buen gusto en su vestimenta. Está vestido con una playera blanca pegada al cuerpo, un jean negro y unos zapatos casuales que se ven muy cómodo con su estilo.

—¡Guau Alex que estilo! —Digo impresionada.

—Hoy decidí vestir diferente para la ocasión. —Dice riendo mientras me guiña un ojo.

—¡Me encanta! —Lo admiro.

—¿Y tú? ¿Por qué no estas vestida? No me digas que no les dijiste nada a tus padres... —Deduce.

—¡Se lo dije como me sugeriste que lo hiciera! Pero no ha funcionado... Así que ya sabes porque no estoy vestida... —Digo desanimada.

—¡Aff!... Bueno solo debes insistir un poco más. O les diré yo mismo. —Me dice decidido.

—No va a funcionar... Perdona Alex... Es inútil.

—Debes dejar de ser tan sumisa con tus padres. Sé que eres así porque no quieres perjudicar más la salud de tu madre, pero estas perdiéndote muchas cosas en tu vida y al momento que quieras tener experiencias en tu vida

>>¡Ya no va a ser lo mismo! Así que vamos, esperaré a que te vistas y yo me encargo de lo demás. —Me anima mientras me acomoda el cabello. Me dirige hasta mi habitación y se va a la sala, donde se encuentran mis padres sentados.

¡Ay no! ¡Ahora que les va a decir! Impulsivamente salgo de mi habitación y corro detrás de él. Sin darme cuenta ya mis padres nos han visto y resulta ser un momento muy incómodo.

Nos quedamos unos segundos callados mirándonos a las caras hasta que Alex por fin rompe el silencio. —Hola señora, hola señor ¿Cómo están? Disculpen que haya llegado aquí así de repente.

—¡Hola! Estamos bien. No te preocupes, tú ya eres casi de la familia. —Responde mi madre.

—Gracias señora de verdad es muy cortés. Se preguntarán por qué he venido vestido así... Supongo que ya Sofía les ha mencionado que esta noche nos han hecho una invitación, y quería decirles que no hay de qué preocuparse mientras ella esté conmigo, si le permiten ir yo les garantizo que no le pasará nada. —Dice con simpatía.

—No sé si te lo dijo, pero ya le hemos dado respuesta a Sofía. —Dice mi madre segura.

Al escuchar esto siento mucha más impotencia. ¡Una vez más mi madre no dio su brazo a torcer!

Mis padres se retiran y yo tomo a Alex de su brazo hasta dirigirlo a mi habitación. Estoy completamente indignada, porque de verdad quería divertirme por primera vez con mis mejores amigos.

¡Detesto tanto esta situación! No veo el día de poder encontrar mi propia libertad, quisiera irme en este mismo instante de mi casa pero todo me retiene a este lugar...

Alex se encuentra pensativo al igual que yo, pero de pronto me dice: —Puedes escaparte.

—¡No! Va a ser peor, se preocuparan demasiado, sobretodo mi mamá. —Clamo.

—¡Vamos Sofi! Esta será la primera vez que te escapes de tu casa. Pero tranquila, no se tienen que dar cuenta, sólo esperemos que se vayan a dormir ¡Y listo! Llegaremos justo cuando la fiesta este comenzando. —Propone.

—Pero... Alex...

—¡Nada! Vamos, esto será una nueva aventura. —Dice emocionado.

Yo me quedo pensativa ante la propuesta. No sé por qué mi amigo tiene tanto poder de convencimiento en mí y ya muchas veces me ha hecho hacer cosas que yo jamás me hubiese atrevido sin ser incentivada. —¡Vamos Sofi! Creo que ya están por acostarse. —Me susurra. Yo abro la puerta de mi habitación y no observo a nadie.

—Bueno, ¿Crees que esto funcione? —Pregunto dudosa.

—Sí Sofi, claro que funcionará. Buscaré en tu armario la mejor combinación de tu ropa.

—¡No deberíamos estar haciendo esto!

—Calma Sofi, te acordarás de esto cuando envejeczas. —Dice Alex y ambos nos reímos a carcajadas.

Transcurrido unos minutos Alex me da un atuendo, lo tomo y voy al baño de mi habitación a probármelo. Al salir me miro en el espejo y quedo impresionada. ¡Ni siquiera recordaba que tenía todo este atuendo en mi armario!

Me he puesto una blusa de rayas blancas y negras manga larga con un escote muy pronunciado en el área mi pecho que va complementado con un chaleco pequeño color negro. Una falda un poco holgada que deja en descubierto mis rodillas, unos zapatos cerrados un poco altos pero cómodos.

—¡Me siento fresca! —Digo mientras me miro en el espejo.

—¡Estás perfecta! Pero espera, falta un poco de labial ¡Y listo!

—¡Tienes razón! ¡No sé ni por qué estoy haciendo esto!

—Porque es momento de que hagas cosas nuevas ¿No crees? —Me dice mirándome a los ojos.

* * * *

Es momento de salir de mi habitación, así que abro poco a poco mi puerta para asegurarme que no estén mis padres despiertos, pero veo muchas de las luces apagadas así que deduzco que están acostados.

Abro por completo la puerta camino y Alex va justo detrás de mí. Estamos caminando lo más lento posible para no hacer ruido, todo está saliendo bien...

Pero de pronto un ruido nos conmociona ¡No puede ser! Rápidamente volteo hacia donde está Alex y él se encuentra nervioso buscando su celular hasta que por fin logra tomarlo de uno de los bolsillos de su pantalón. —¡Se te olvidó tenerlo en silencio! —Susurro enojada.

Él rápidamente corta la llamada que causo todo ese ruido y sentimos un alivio total.

—¡Era valentina! —Clama en un susurrar.

Efectivamente Valentina lo estaba llamando, pero llamó justo en el momento equivocado. Al momento después escuchamos el ruido al abrirse una puerta a lo lejos y corremos hasta mi habitación nuevamente.

Estamos en mi cama acostados disimulando que estamos durmiendo, pero al pasar un rato nos damos cuenta que nadie ha entrado a mi habitación y toda la casa vuelve a estar en completo silencio. Esta vez Alex apaga su celular y es él quien abre cuidadosamente la puerta y salimos.

Esta vez lo logramos y no se han dado cuenta. ¡Una vez fuera de mi casa siento una adrenalina que recorre por todo mi cuerpo! nos montamos rápidamente en el auto que por suerte no lo ha estacionado tan cerca de mi casa.

—¡Llegamos! —Dice Alex mientras se estaciona. Estamos en un lugar un poco alejado, es una de las playas que se encuentran en las costas cerca de la ciudad. Es totalmente hermoso, la arena se ve muy suave y blanca y a unos metros observo una gran casa blanca rodeada por mucha gente. —¡Este sitio me gusta! —Digo a Alex con emoción

—¡A mí también! Le avisaré a Valentina que ya estamos aquí mientras nos acercamos.

Al llegar a la entrada de la casa todos los invitados de la fiesta desvían sus miradas para ponerlas en nosotros, en especial siento una profunda mirada puesta sobre mí, y toda esa energía hace que llame mi atención.

Al buscar esa mirada la encuentro en un chico alto de cabello liso castaño claro y sus ojos son realmente cautivadores de un color miel. ¡Dios que hermoso! no me esperaba esto ¡Este chico es realmente atractivo! Pero un momento después desvió la mirada hacia todo mí alrededor.

Todos se encuentran con un vaso en su mano y muchos están sonrientes y relajados. La música está a tan alto volumen que hace que mi corazón retumbe. Estoy asombrada ¡Es una enorme casa!

El tamaño de su jardín es perfecto para la cantidad considerable de personas que estamos aquí. El clima de aquí me encanta, pero hace tanto viento que tengo que sostener mi falda porque si no toda mi parte inferior estuviese descubierta.

Inmediatamente después veo acercarse a una chica alta y de cuerpo muy esbelto, cabello rojizo corto hasta sus hombros, vestida con un corto y holgado vestido color beige.

Me parece conocerla... Pero al acercarse un poco más me doy cuenta que es Valentina, ¡No puedo creer lo cambiada que está! Ella me reconoce rápidamente, corre y nos abraza fuertemente a mí a Alex.

—¡Estamos tan emocionados de verte! —Le dice Alex a Valentina.

—¡Yo también! ¡Los he extrañado muchísimo! —Dice Valentina entre abrazos. Todos estamos realmente emocionados, ha pasado un año sin vernos y siento tanta emoción de verla tan bien, incluso se nota que su vida ha dado un giro total en un año. Refleja más libertad y más confianza de sí misma.

—¡Sofi, me alegra mucho que hayas venido! Qué bueno ver que tus padres te sueltan la correa de vez en cuando —Dice mientras suelta una carcajada y me abraza.

—Amm... ¡Algo...! —Digo insegura. ¡Si supiera lo que tuve que hacer para lograr venir!

—¡Bueno que estamos esperando! Hoy quiero que disfruten lo más que puedan conmigo. Sé que no les dije la razón de mi fiesta, pero era una sorpresa... La razón es... ¡Que abriré mi propio consultorio veterinario! —Dice Valentina emocionada.

¡Todos quedamos perplejos! Es admirable, lo ha logrado en menos de un año.

—¡Oh! ¡Felicidades amiga, esta es una súper noticia! —Dice Alex mientras la vuelve a abrazar. Y seguido de esto también el abrazo fuerte.

—Admiro mucho tu esfuerzo Valentina, de verdad te lo mereces ¡Felicidades! —Digo con una sonrisa en mi rostro.

—¡Gracias, de verdad gracias! ¡Ahora saben que sí se puede y que así como yo pude, ustedes también lo lograrán! ¡Brindemos por eso!

Valentina camina hacia una de las grandes mesas decoradas con mantel blanco, y toma una de las tantas botellas de champán que se encuentran en la mesa junto con muchas copas para hacer el brindis. ¡La decoración es hermosísima!

Alex y yo tomamos una copa cada uno y Valentina nos sirve el champán.

—¡Brindemos por esta hermosa carrera, por lo que aprendimos y por lo que seguiremos aprendiendo! —Dice Valentina en voz alta y con una inconfundible sensación de satisfacción.

—¡Salud! —Decimos Alex y yo al mismo tiempo y le damos un sorbo a nuestro champán.

Ya no sé cuántas rondas de copas de champán llevo, pero no me importa ahora. Estoy divirtiéndome mucho, estamos rodeados de mucha gente agradable y simpática y no paro de reír por los chistes que cuentan un grupo de chicos y chicas con espíritu liberal. Nunca me había sentido tan libre como ellos, pero claro, esto será solo por esta noche.

Estoy tomando un sorbo de mi copa cuando por detrás de mí siento que tocan mi hombro, al voltear veo al apuesto chico que vi al entrar a la fiesta. Me quedo congelada por un momento en su profunda mirada hasta que por fin me dice. —Disculpa, ¿interrumpo?

—No... Supongo... —Respondo confundida.

—¿Tu eres?...

—¿Yo?

—Tu rostro se me hace familiar... Ah quizá solo te vi en otro lugar y ando confuso... Disculpa, ya que te interrumpí, permíteme presentarme. Mi nombre es Sebastián. —Se presenta de forma muy amable y me tiende su mano. Yo espontáneamente estrecho mi mano con la suya en forma educada. —¡Es un placer! Y... ¿Cómo conoces a Valentina? —Me muero por saber cómo es que Valentina conoce a gente tan guapa. Trato de mantenerme serena, porque nunca alguien tan apuesto se me había acercado a hablarme, y la verdad no encuentro la manera más adecuada de reaccionar.

—Soy su primo de Italia, y estoy aquí porque decidí mudarme a este país.

¡No puedo creerlo! Ella siempre me hablo de su familia en Italia ¡pero quien iba a pensar que este chico fuese su primo!

Me siento algo ansiosa ahora... Entonces miro a mí alrededor buscando a Alex y ha desaparecido, ¡no lo veo por ningún lado! ¿Por qué no está cuando más lo necesito?

Pareciera que todo esto estuviese planeado o quizás anda tratando de conquistar a una de las tantas atractivas chicas que están aquí. Quisiera escapar de alguna manera, porque tanta belleza me confunde, pero me resigno, ¡Ya no puedo escapar en este momento!

—¡Qué bien...! —Apenas puedo hablar, tengo toda mi mente nublada. ¡Es difícil no sentir atracción por este chico! ¡Es tan irresistible! Estoy ansiosa en este momento, tanto así que de un sorbo acabo con toda mi champán. Él queda viéndome, con una sonrisa torcida y me pregunta:

—¿Me permites servirte otro trago?

—Creo que ya es suficiente champán para mi hoy... —Respondo recuperando la estabilidad, porque creo que ya estoy mareada, pero al mismo tiempo es una sensación agradable.

De la nada aparece Alex. Se apoya de mí sobre mi hombro. ¡No puedo creerlo! Está totalmente embriagado, y pensé que yo era la única persona aquí que más mareada estaba. Apenas son las doce de la medianoche cuando Alex me interrumpe y me dice:

—Ya vayámonos... —Me dice mientras frunce el ceño.

—Ay... Apenas está comenzando la fiesta Alex...

—Pero... No me siento nada bien Sofi... Vamos por favor. —Me suplica.

—¡Esta bien! Vamos.

Por su tono de voz me he alarmado, porque imagino que ha de sentirse muy mal para decírmelo. Es primera vez que lo veo embriagado, y también es la primera ocasión en la que me he pasado de tragos... Siento que mi hígado ya no puede procesar una gota más de alcohol...

—¡Debo irme! Disculpa... —Me despido de Sebastián.

—Entiendo... No te preocupes ¡Fue un placer conocerla!

—Adiós... —Digo mientras me retiro torpemente sujetando uno de los brazos de Alex. Esto es lo que pasa cuando no acostumbras a tomar alcohol y cuando se da la oportunidad no aguantas ni dos horas ¡Típico!

—¡Oye, espera! No me dijiste cómo te llamas —Me dice el chico cuando ya voy a un metro de distancia.

Yo me quedo un instante parada y Alex se voltea.

—¡Se llama Sofía! —Se adelanta Alex. Yo me he quedado boquiabierta mirándolo y le doy un pequeño empujón con mi codo. Él está riendo ahora y yo lo vuelvo a tomar del brazo y lo obligo a seguir caminando.

¡Mis mejillas arden de vergüenza! Aparte de que mi visión es cada vez más borrosa y a la misma vez siento mi cuerpo flotar ¡¿Qué es esto?! Muchas sensaciones al mismo tiempo.

* * * *

Llegamos al lugar donde está aparcado el auto de Alex, el me da sus llaves y me dice: — Conduce por favor.

—¡¿Quee?! ¡Alex sabes que yo no soy experta conduciendo y menos en este estado!

—Lo sé, ¡Pero si lo hago yo, va a ser peor!

Analizándolo mejor, pienso que debería hacerlo. Mi amigo no se ve para nada bien... Parece estar desorientado y sus pupilas están muy dilatadas. Oh no... ¿Será posible que pusieran algo en su bebida?

—¡Vamos! —Interrumpe mis pensamientos.

—Está bien... —Musito. No me queda de otra... Pero me arriesgaré.

Tomo las llaves del auto, ayudo a Alex a subirse al auto para luego subirme yo. Estoy nerviosa porque está todo muy oscuro y mi mente está nublada, tanto por mi visión como por todo lo que le está pasando a Alex. Y ahora de mi mente no se sale esa imagen que ha quedado permanente de aquel chico ¡Dios, es tan irresistible!

Trato de conseguir la calma y concentrarme pero creo que con cada intento logro ponerme más nerviosa... Hasta para encender el auto estoy torpe.

Le echo un vistazo a Alex y lo veo casi tendido en el asiento delantero, con una mano en su cabeza y sus ojos cerrados. Empiezo a creer que no fue buena idea haber venido, pero debo salir de aquí ahora mismo, así que enciendo el auto rápidamente y nos alejamos.

¡Uff! Estoy conduciendo sin problemas a gran velocidad, mis sentidos abren paso, Alex me tiene preocupada y espero llegar en menos de media hora, miro mi teléfono, lo enciendo para ver la hora y son las doce y treinta y nueve minutos así que acelero a gran velocidad...

¡Llegamos a casa por fin! Miro la hora nuevamente y son las doce y cincuenta y nueve minutos. ¡Jamás logre conducir tan rápido y mucho menos en este estado! No puedo creerlo, pero por lo menos llegamos bien, valió la pena arriesgarme.

No quiero hacer ruido, mis padres tienen un sueño muy sensible y no quiero imaginar si llegan

a despertarse... Bajo del auto rápido y tomo a Alex de su brazo, parece no estar en la realidad, lo veo muy desorientado...

—Vamos a entrar, trata de no hacer ningún ruido. —Le indico a Alex en un susurrar. Él no me contesta, sigue en su mundo y no logra abrir muy bien sus ojos.

Abro la puerta de mi casa con sumo cuidado, pero es muy difícil hacerlo mientras tengo a mi amigo sujetado con otra mano, solo espero que no se den cuenta de nada.

Por fin logro abrir, veo todas las luces apagadas pero de repente una luz se enciende. ¡NO PUEDE SER! Es mi madre quien ha encendido las luces... Ay noo... ¿Y ahora? Todo fue una mala idea...

* * * *

—¿Estas son horas de llegada para una señorita? —Dice mi madre. Está furiosa, lo noto en su rostro, está roja como un tomate y tiene el ceño fruncido. En qué problema me he metido... Simplemente me quedo callada sosteniendo a mi amigo.

—Respóndeme ¡¿A dónde has ido así vestida?! —Pregunta mi madre en voz alta.

—Madre por favor, eso es lo que menos importa ahora... Alex se siente muy mal ahora.

—¡Ah! ¿Es lo que menos importa? Si no se hubiesen ido, no le estuviese pasando esto ahora a tu amigo. ¡Yo te lo dije! Te encanta verme así de preocupada por ti, sin dormir toda la noche. ¡No es justo que no me hagas caso Sofía!

No puede ser, lo menos que quería está pasando... Mi madre está muy alterada y esa es otra cosa que me preocupa. —¿Pero cómo que no le hago caso? Es la primera vez que no sigo todo como me lo ordenas. Esto tampoco es justo para mí. —Frunzo el ceño.

Ya mis brazos están cansados de sostener a Alex, y de pronto se me resbala cae al suelo.

—¡Lo siento Alex! —Clamo preocupada. Lo levanto y decido llevarlo directamente a mi habitación. Mi madre enojada sigue mis pasos ¡Ayy de verdad no puedo soportarla en este momento! Ayudo a ponerlo cuidadosamente en mi cama, hasta que se queda totalmente calmado.

—Hablaremos mañana. Ahora duerme. —Dice mi madre con un tono bastante autoritario, y cierra la puerta de mi habitación con fuerza y precisión.

* * * *

Despierto al ver los rayos solares reflejados directamente en la ventana de mi habitación. Siento mi cuerpo pesado, y un dolor en mi cabeza indescriptible... ¡Ay no! ¡¿Qué hice?!

De saber que al día siguiente me sentiría así, hubiese pensado mucho antes de beber todas esas copas ayer... Miro a Alex y sigue completamente dormido.

Trato de despertarlo dándole unas palmadas en su hombro y no responde, parece una roca, y pienso que está completamente sedado. Lo dejaré dormir... Mientras voy por una pastilla para aliviar este intenso dolor de cabeza.

Luego de tomarme la pastilla me voy al baño de mi habitación. Jamás me había sentido igual, toda mi ropa huele a alcohol, incluso mi cabello tiene un olor extraño...

Necesito sacar todo esto rápido de mi cuerpo, así que entro rápidamente en la ducha y todos los recuerdos de la noche de ayer pasan por mi mente, incluso la más significativa es ese chico... ¡Él podría volver loca a cualquier chica porque es tan sexy! Su mirada fija no sale de mis pensamientos...

¡A pesar de todo ayer fue todo una aventura! Aunque sí tuvo sus consecuencias conocí personas distintas a mí y a mi cultura, y experimenté la adrenalina que sienten los rebeldes Uf...

¡Ya me había tardado!

Al salir del baño, miro a Alex sentado en mi cama, ¡Su cara es traumatizante! Tiene unas ojeras inmensas que resaltan claramente con su tersa piel pálida, su cabello esta desarreglado totalmente ¡Nunca lo había visto así! Siempre acostumbre a verlo totalmente arreglado, verlo así hace que me sorprenda sin disimular ante él.

—¿Que me pasó ayer? —Pregunta con un tono de voz grueso y cansado al mismo tiempo.

—Emm... Bueno te pasaste de tragos y tuve que traerte a casa antes de que cayeras desmayado. Alex ¿Acaso te dieron algo que no fuese alcohol?

—No recuerdo con exactitud...

—¿No recuerdas nada? ¿Por qué te fuiste de mi lado? —Pregunto seria.

—¡Sí! Ya recuerdo. Me acerque a Valentina para compartir un poco con ella y luego no sé a dónde fue... Creo que la llamaron, y yo me quedé con unas chicas que estaban allí. ¡Uf! Sí que eran guapas esas chicas... Pero sí, me ofrecieron bebidas...

—¡Claro! Fue allí. ¡Esas chicas te dieron algo! Ay Alex... ¡¿por qué siempre eres tan confiado?!

—No lo sé... Solo quería disfrutar en ese momento. Pero ahora no recuerdo nada de lo que pasó después... Todo aparece en mi mente muy nublado ahora...

—¡Ja! menos mal que no recuerdas nada más... ¡Me hiciste pasar vergüenza con un chico guapísimo que se me acerco!

—Eso sí lo recuerdo. ¡Lo siento Sofi, no sé qué me pasaba! Lástima que no te dio su número... Pero al menos sabe tu nombre, gracias a mí —Dice con un tono de picardía. Reímos a carcajadas.

—¡Mi madre va a matarme! —Recuerdo

—No, ya verás que se le pasará —Me dice aliviando mi pesar. —Ya debería irme... Necesito recuperarme de las secuelas de ayer... —vuelve a hablar.

—Está bien. Te acompaño.

Salimos de mi habitación y por suerte mi madre aún está en su habitación. Abro la puerta principal de mi casa, salgo hasta afuera junto con Alex y me despido con un pequeño abrazo. Alex sube a su auto y se marcha. Echo un vistazo a la casa del frente y no puedo evitar mostrar gran asombro.

¡Parece ser el chico de la fiesta de anoche! ¡No puede ser! Lo veo bajando de su moto Triumph Bonneville si no me equivoco, se estaciona en el garaje de la casa, saca el casco de su cabeza y todo su liso cabello castaño queda expuesto. Estoy derretida viéndolo bajar de su moto.

Pero luego reacciono y entro a mi casa rápidamente antes de que se dé cuenta que estoy observándolo boquiabierto. Cierro la puerta y para mi sorpresa lo primero que veo es a mi madre. Está parada frente de mí ¡Ayy no...! Me preparo psicológicamente para escuchar sus regaños.

—Ya sabes que tenemos una conversación pendiente ¿No es así?

—Sí mamá...

—¿Sabes que mientras vivas bajo mi mismo techo debes hacer lo que tus padres te digan? ¿Si verdad? ¡¿Cuántas veces te lo hemos repetido?! ¡He! —Dice en voz alta.

—¡Sí! ¡Muchas, ya lo sé mamá! ¡Pero mírame! Mírame, tengo 23 años y ¿ves cómo algo lógico seguirme tratando como si tuviera 15? No mamá, ¡Ya no! —Le respondo también con el mismo tono de voz y me marcho a mi habitación antes de que esta discusión prosiga a algo mayor.

Hoy he estado encerrada en mi habitación pasando mi dolor de cabeza y aún no me explico cómo es que ese chico ahora está aquí... ¿Acaso vive allí? ¡Oh claro! Es la misma casa que estaba en venta hace poco. Aun no puedo creerlo...

* * * *

Ha pasado el fin de semana muy fugaz, metida en mis libros y guías y tratando de recuperar la concentración cuando cada vez se pasa por mi mente ese chico que me ha dejado cautivada. Estoy muy ansiosa, porque dentro de tres meses me graduaré y también cumpliré 24 años ¡El tiempo pasa demasiado rápido! Y yo solo deseo liberarme de las ataduras de mi hogar... De este lugar que me tiene presa.

Al terminar de arreglarme, salgo de mi casa para empezar el camino a la universidad. Se me ha hecho tarde y mi madre ya se ha ido y se ha llevado el auto. ¡Aff! Me toca caminar hasta la avenida...

Voy caminando cuando de pronto escucho el ruido de una moto. Quedo por un momento paralizada. Y pienso rápidamente en la posibilidad de que sea aquel chico. Seguido de esto escucho mi nombre —¿Sofía?

¡Efectivamente es él! Siento como mi corazón empieza a latir muy fuerte ¡¿Qué es esto?! Mi estabilidad emocional da un giro rotundo con tan solo escucharlo.

Desvío la mirada y lo observo. Se ha estacionado muy cerca de mí y me pregunta: —¿Te acuerdas de mí? —Me dice mientras retira su casco. Está observándome con una mirada muy profunda y no puedo evitar sumergirme en semejante intensidad. ¡¿Por qué tiene que ser tan atractivo?!

—Em... Sí, eso creo. —Digo luego de volver en sí.

—Permíteme presentarme otra vez.

—¿Sebastián, es tu nombre no es así? —Interrumpo.

—¡Sí! ¿Vives por aquí? ¿A dónde te diriges?

—Sí, de hecho vivo aquí. Voy a la universidad.

—Sube, te llevaré. —Dice mientras se acomoda en su asiento. La verdad subirme a una moto me causa pánico. No sé por qué, pero tanta velocidad me aterra, así que no sé qué decir. Me he quedado una vez más paralizada pensando en aquella posibilidad...

—Tranquila, tu cara me dice que tienes miedo, pero no te pasará nada... —trata de convencerme.

—Bueno... —Digo con miedo. Me subo torpemente y mientras me acomodo, él me ofrece un casco, lo tomo y me lo coloco. Busco de donde aguantarme, la verdad necesito aguantarme con fuerza, pero él se adelanta y coloca mis brazos sobre su cintura

>>>¡Oh Dios mío! Un choque de electricidad invade todo mi cuerpo. Ahora siento más pánico, mi corazón late cada vez más fuerte pero una vez que arranca siento adrenalina en todo mi cuerpo.

Estoy empezando a sentir que la velocidad cada vez aumenta. Todo pasa tan rápido en este momento que sin darme cuenta él ya ha esquivado todo el tráfico. El aire choca fuertemente contra mi rostro y todo mi cabello se despeina.

Mi pánico increíblemente disminuye, y creo que me está empezando a agradar, no sé si es por esto que me causa este chico, pero empiezo a sentirme a gusto en este momento.

En un abrir y cerrar de ojos llegamos a la universidad y por fin puedo sentir gran alivio... Ya puedo bajarme y respirar con serenidad.

—Gracias por traerme, de verdad te lo agradezco. —Digo mientras me bajo con un tono de voz agitado.

—Tranquila, nos vemos luego Sofía. —Recalca perfectamente mi nombre. Se coloca nuevamente el casco y toma camino.

¡No puede ser tan perfecto! Imagino que tendrá muchas admiradoras que se derriten por él al igual que yo. Pero no entiendo por qué parece interesado en mí. ¡No! Mejor descarto esa idea, él es un chico muy apuesto y libre, y yo atada a la prisión de mi hogar...

Me he quedado pensando suspirando por él, pero reacciono rápidamente y miro la hora. ¡Ya deben haber entrado! Corro a la facultad, hay muchas personas aglomeradas que no dejan pasar, hasta que de pronto tropiezo con un chico y todos mis libros caen al suelo.

Él trata de ayudar a recogerlos pero yo me adelanto, estoy tan apurada que apenas lo logro ver. Es un chico unos centímetros más alto que yo, cabello negro, piel blanca.

Usa gafas y en este momento las está colocando en su sitio porque por mi culpa casi se le caen por completo y por un momento me siento algo incómoda al sentir la forma en que me observa este chico.

—¡Disculpa! —Digo apenada.

—No, no te preocupes.

—Gracias, realmente tengo mucha prisa. —Digo con un tono agitado y me marchó. Sigo caminando a pasos rápidos esta vez. —¡Qué raro me miro este chico! —Pienso en voz alta.

Llego al aula y observo que la puerta está cerrada así que me preparo para tocar. Odio cuando esto me sucede... Espero que me dejen entrar... Luego el profesor se asoma y abre la puerta, parece un poco molesto. —Buen día profesor... ¿Puedo pasar? —Digo insegura.

—Sí pasa. Igual ya sabes que perderás puntos por llegar tarde.

¡Aff! Siempre es lo mismo con este profesor... Le importa demasiado la puntualidad, siempre nos repite lo mismo...

Al salir de la larga clase por fin puedo hablar con Alex. —¿Cómo te has sentido? —Le pregunto mientras lo abrazo.

—Un poco mejor, aunque... Hoy tuve que ir al neurólogo.

—¿Qué?! ¿Es decir que es algo grave lo que te causó eso que te dieron? —Clamo asustada.

—Calma Sofi... Fui para comprobar que todo estuviese bien.

—Bueno... y... ¿Qué te ha dicho el médico?

—Que observo todo normal, pero que luego me dará los resultados.

—Bueno... Espero que todo salga bien. Ay... ¡Tenemos tanto que hacer! Me iré a casa, te llamo luego. —Me despido.

En el camino me he quedado pensando en Alex, la verdad me preocupa que lo que le dieron aquella noche le haya causado un efecto secundario en su sistema nervioso... Pero rápidamente descarto esa idea, no quiero ser tan pesimista, de seguro no es nada grave.

De regreso a casa una vez más me encuentro con Sebastián. Apenas salía de su casa y rápidamente me mira y se acerca a mí. Una vez más empiezo a sentirme nerviosa con su mirada, y ahora mucho más al saber que se me está acercando. Mis piernas comienzan a perder equilibrio ¡¿Qué está pasándome?!

* * * *

—Hola Sofia. ¡Vaya vives justo enfrente!

—Hola... Sí, ¿quién iba a pensarlo?...

—Son casualidades o tal vez obras del destino... —Responde mientras se acerca poco a poco. Siento que con esto que acaba de decir trata de lanzarme una indirecta... Pero no sé por qué sigo dudando del interés que muestra en mí...

—Ah, algunas de las dos. Bueno... Ahora debo entrar, estoy un poco agotada...

—Entiendo, bueno... ¿Quizás mañana te gustaría tomar un café conmigo? —Propone.

¿Es en serio? ¡Entonces ya no hay duda que está interesado en mí!

—Hum... Depende de la hora. Es que la rutina me consume. —¿Estoy rechazando una cita?!

—Bueno... Tal vez creo que sí puedo. —Digo por fin, por poco rechazo la oportunidad.

—Sí... Imagino que tienes que ir a la universidad, pero no creo que haya problema si es por la tarde... ¿Qué tal a las cuatro?

—Está bien. Bueno... Adiós... —Me despido apenada.

Luego Sebastián se acerca y me da un beso en la mejilla. Aun no entiendo cómo es posible que con cada contacto físico sienta que mi corazón se acelera y mi estómago se contraiga.

—¡Nos vemos luego! —Dice finalmente cuando ya está un poco más lejos de mí y por fin puedo soltar un largo suspiro...

Estoy en mi habitación recordando lo que ha pasado hoy. ¡No puedo creer que tenga una cita! ¡Este chico me encanta y ni siquiera lo conozco! Tengo que contarle a Alex. Tomo mi teléfono y marco a su número celular.

—¡Sofi! —Me contesta al instante.

—¡Alex! ¡Adivina quien se ha mudado para acá y hoy me ha invitado a salir! —Clamo emocionada.

—¡No tengo idea! ¿Quién? —Responde emocionado también.

—El chico que se me acercó en la fiesta al cual le dijiste mi nombre en tu estado de embriaguez.

—¡¿En serio?! ¡No puedo creerlo! ¿Cómo es que un día lo conoces en una fiesta y luego te enteras que se ha mudado cerca de tu casa? ¡Buena jugada del destino, eh!

—¡Sí! ¡Tampoco puedo creerlo!

—¡Ya era hora que el destino te pusiera a alguien en tu camino!

Ambos reímos a carcajadas. —Bueno, ya debo colgar porque tengo que ayudar a mi madre en la cocina. ¡Bye amigo!

—¡Byee Sofi, hasta luego!

* * * *

Ya se han hecho las tres de la tarde y apenas voy saliendo de clases, hoy el tiempo ha pasado muy rápido y ya siento que pierdo las ganas de ir a esa cita... Sabía que esto me pasaría, ni siquiera sé para qué acepte ir... Sí, me deje llevar por su intimidante y sensual presencia...

Estoy ya en mi habitación y corro a darme una ducha rápido. Salgo y me coloco un vestido casual color beige, un largo que da un poco más arriba de mis rodillas, un poco holgado. Siempre me gusta estar cómoda con la ropa que llevo.

Voy saliendo a la sala de mi casa y justo en ese momento escucho tocar el timbre. Miro la hora, y exactamente son las cuatro de la tarde. ¿Tan puntual es? Me pregunto. Abro la puerta y efectivamente es Sebastián. Me sorprende su puntualidad... De seguro es muy organizado en todos los sentidos...

—Hola Sofia, ¡Bonito atuendo! —Me dice mirándome de pies a cabeza al abrir la puerta. Rápidamente siento sonrojarme al tener toda su mirada puesta en mí.

—Hola... Gracias, también es bastante cómodo.

—¡Estupendo! ¿Nos vamos?

—Sí claro.

Marchamos, y una vez más me toca subirme a su moto. ¡Tienes que superar este miedo! Le ordeno a mi subconsciente. Siempre solía decir que no me montaría a una moto ni loca. Al parecer ahora estoy loca, sí, loca con la sensualidad de este chico.

Dudo un poco al subirme, pero luego decidida me subo. ¡Vaya aventura la que estoy viviendo!

Hemos llegado a una cafetería hermosa, la verdad es nueva y nunca había venido a este lugar. ¿Cómo es que él sabe más de lugares aquí que yo, si se supone que el nuevo en este país es él?

Empiezo a darme cuenta de lo encerrada que paso en mi casa y de lo mucho que me pierdo gracias a los reglamentos de mis padres...

He quedado sorprendida con lo grande que es este lugar y la variedad en dulces. Nos sentamos a ver los tipos de café que se ofrecen aquí, hasta que se nos acerca una chica bastante presentable y Sebastián le indica el pedido.

Una vez que la chica se marcha, la mirada penetrable de Sebastián se encuentra con la mía, sus ojos color miel me hipnotizan por un instante, hasta que noto que una leve sonrisa que se esboza en su rostro. Se muestra divertido, simpático, atento y sobretodo muy apuesto. Es una combinación perfecta...

—¿Te gusta este lugar? —Rompe el silencio en este intenso cruce de miradas.

—Es impresionante. Nunca había venido a esta cafetería. ¿Cómo la encontraste si acabas de llegar a la ciudad?

—Valentina me ha traído aquí, y así como a muchos otros lugares bastante exuberantes. —Dice sonriente.

—¡Oh, que genial! No sabía que Valentina conociera tantos sitios así aquí. Sabes, ella siempre me hablo de toda su familia, y es extraño que nunca te haya mencionado a ti.

—Porque la verdad es que apenas hace un año nos hemos enterado que somos primos. No toda nuestra familia en Italia era demasiado unida y... bueno... Es una larga historia que te podré explicar luego.

—Vaya... Entiendo...

De pronto la chica que nos atendió vuelve, está vez con dos café. Coloca en la mesa dos copas. He quedado sorprendida. Me esperaba solo un café convencional.

—Este es el famoso “Irish coffee” uno de mis favorito por su sabor y por ser muy vistoso, espero que te guste... Bueno ahora sí cuéntame de ti Sofia ¿Qué carrera estudias?

—¡Se ve estupendo! Emm... Estudio veterinaria, de ahí fue como conocí a Valentina ¡Y espero graduarme ya con ansias! —Respondo y le doy un primer sorbo a mi café.

—¡Debí imaginarlo! ¿Cuánto falta para graduarte?

—¡Solo tres meses!

—Eso es genial.

—¿Y tú? —Le pregunto.

—Precisamente me vine a terminar mis estudios de derecho en este país, me ha costado un poco pero lo he conseguido.

—¿Por qué decidiste dejar todo allá?

—Quería una nueva vida. —Responde con seguridad y me mira fijamente a los ojos como si quisiera decirme algo más.

—Oh... Entiendo. —Me limito a no preguntar el por qué.

—Una vida sin ataduras. Por eso decidí dejar todo allá. Aquí tengo la libertad para valerme por mi mismo, para llegar a las metas que tanto anhelo sin deberle nada a nadie más que a mí mismo. Por eso Sofia, por eso decidí empezar una nueva vida aquí y terminar mis estudios.

Esto que acaba de decirme me deja sin palabras. Cada vez es más atractivo, no sólo físicamente, sino también por su manera de pensar. ¡Este chico sí que sabe lo que quiere!

—Para lograr las metas es necesario arriesgarse y vaya que lo hiciste. Eso es admirable.

Veo como se esboza una sonrisa resplandeciente de satisfacción, y sus ojos no se apartan de mí ni un momento. Esa mirada me pone ansiosa ¡Muy ansiosa! Pero como adoro verlo.

De repente un sonido desconecta nuestras miradas. Es mi teléfono, lo enciendo y veo que me ha llegado un mensaje de mi madre diciéndome: ¿Dónde estás? ¡Ayy! Ya se había tardado...

—Ya me tengo que ir... —Digo sin ánimos.

—¿Por qué? ¿Sucedió algo?

—No, tranquilo. Es que tengo cosas pendientes que hacer.

—Bueno, vamos.

Se levanta rápidamente de su silla, y antes de que me levante, se adelanta y me ayuda a levantarme de mi silla. ¡Es tan atento y caballeroso!

La expresión en mi cara no la quiero imaginar. Sin darme cuenta me muerdo mi labio inferior, y por un momento Sebastián vuelve a mirarme y siento como si se detuviera el tiempo... Esta vez su cuerpo está muy cerca del mío, desde aquí puedo percibir más agudo el olor de su perfume, y él está viendo ahora fijamente mis labios. Esta tan cerca de mí que siento que ahora cada vez estoy mucho más nerviosa...

—¿Vamos? —Me dice Sebastián aún muy cerca de mí. Dicho esto reacciono rápidamente y me aparto de él. Ahora estoy muy avergonzada y ni siquiera sé por qué tengo que sentirme así...

Llegamos a mi casa y veo a mi madre asomarse por la ventana. Ay no... Ahora tendré que explicarle todo, solo espero que no se escandalice al haberme visto subida a esta moto.

Me bajo y Sebastián me toma de la mano y la acaricia suavemente. ¿Acaso se da cuenta que me encanta? Le digo a mi subconsciente.

—Espero que la hayas pasado bien. —Me dice Sebastián mirándome fijamente.

—¡La pasé muy bien! Bueno... Ya tengo que entrar. Nos vemos luego.

—Si me necesitas no dudes en buscarme. ¡Nos vemos luego preciosa! —Se acerca y me da un beso en la mejilla, esta vez con intensidad.

—Adiós Sebastián. —Me despido casi en un susurrar.

—Adiós Sofía.

Al entrar a mi casa, siento una grata sensación que me invade todo el cuerpo, me siento flotar... Estoy parada en la sala de mi casa apoyada sobre la puerta con mis ojos cerrados viendo la imagen de Sebastián en mi mente.

Definitivamente este chico me gusta. Nunca me había sentido así con ningún otro chico, y tengo miedo de lo que vaya a pasar con él, pero me siento capaz de enfrentar todo por esto que estoy empezando a sentir.

—¿Sofía, que haces ahí parada? —Me interrumpe mi madre. Abro los ojos y me quedo en silencio.

—¿A dónde has ido con ese chico? ¿Por qué te fuiste sin decirme nada? —Vuelve a hablar. ¡Lo sabía! Sabía que esta interrogación me esperaba al llegar...

—Fui con él a una cafetería mamá, fue solo un rato... Él es primo de Valentina y se ha mudado al frente de nuestra casa.

—Bueno. Pero sabes que debes avisar al salir.

—Sí mamá... —Le digo mientras ruedo los ojos y me marcho a mi habitación.

* * * *

Estoy sentada viendo clases, el profesor no para de hablar... Lo escucho, pero no estoy poniendo atención en nada, tengo la imagen de Sebastián clavada en mi cabeza desde ayer.

No puedo concentrarme porque me siento en otro mundo paralelo. De pronto Alex se da cuenta y me da unas palmadas en mi brazo. Doy un pequeño salto en mi asiento y veo su expresión ¡Parece mi madre cuando me regaña!

Al salir en seguida Alex me pregunta: —¿Por qué no prestabas atención a la clase? Sabes que esto fue muy importante.

—¡Sí preste atención! Solo a veces me desconcentraba...

—Ummm ya se lo que te tiene así... ¡Es ese chico! ¡Por cierto cuéntame todo!

—Debo admitir que sí... Un poco... Ayer fuimos a una cafetería muy hermosa ¡Ni siquiera sabía de su existencia aquí! Conversamos y me pareció una excelente persona.

—¡Admite que te tiene totalmente cautivada! ¡Si te llevo a un lugar hermoso quiere algo contigo! Vamos cuéntame más.

—Pues... No paraba de mirarme, pero su mirada puesta en mí era tan intensa que con cada segundo que pasaba me sentía mucho más nerviosa.

—¡Guau Sofi! Nunca te habías puesto nerviosa con un chico. Tú siempre eres tan segura de ti misma y él ha logrado desestabilizar tu estado emocional. ¡Literalmente te ha movido el piso!

Al escucharlo decir esto, siento como me ruborizo instantáneamente.

—Bueno... ¡Ya debemos irnos! —Desvió el tema y marchamos.

Son ya casi las siete de la noche y yo me encuentro en la cocina en búsqueda de algo de comer, pero soy interrumpida al escuchar que alguien toca la puerta. Al abrir, veo que es Sebastián ¡No me lo esperaba! —Hola Sofia ¿Cómo has estado?

—¡Hola Sebastián! ¿Bien y... tú?

—¡Bien! Te he traído algo.

Luego me doy cuenta que una chica sale de la nada y me abraza fuertemente.

—¡Sofi! —Me dice entre abrazos y rápidamente me doy cuenta que es Valentina.

—¡Valentinaa! ¡Que grata sorpresa! —Digo con emoción.

—¿Cómo estas amiga?!

—¡Súper! ¿Y tú?

—¡Bien! El día de la fiesta no te pude ver luego... Y aún siento como siuviésemos años sin vernos... ¿Cómo la pasaste?

—No te preocupes. Yo también aún siento que tengo mucho sin verte... Aun no me acostumbro a tu cambio, pero me encanta como luces. ¡En la fiesta la pase estupendo! Solo que a Alex se le pasaron un poco los tragos y nos tuvimos que venir muy temprano...

—Ayy pobre Alex... Esta vez sí podremos ponernos al día con todo, Sebastián hoy está de cumple, y me gustaría que vinieras a la casa con nosotros. —Me dice Valentina con una sonrisa resplandeciente.

—¡Oh, genial! ¡Feliz cumpleaños Sebastián! ¿Por qué no me lo dijiste antes? Qué pena.

—¡Gracias Sofi! Tranquila... Bueno...No tuve la oportunidad para decírtelo. Pero ¿Qué dices? ¿Vamos?

—Está bien vamos. Pero ¿Podrían darme unos minutos? —Respondo mientras pienso en que tengo que explicarle a mi madre a donde voy y por qué, y sé que esto me tomará un tiempo...

Los hago pasar hasta la sala de mi casa y rápidamente me dirijo a la habitación de mi madre. —Mamá ha venido Valentina con Sebastián, iré con ellos a su casa un momento, vuelvo luego.

—¿Sofia dónde está su casa? —Me pregunta con tono serio.

—Recuerda que es aquí enfrente. —Respondo también con tono serio.

—Está bien. No regreses tarde.

¡Fue más rápido de lo que esperaba! Siempre se pone intensa cuando le digo que saldré... Aff ya estoy cansada de lo mismo...

Es una ocasión inesperada que me alegra totalmente mi día. Estoy tan entusiasmada que corro a mi habitación y en un abrir y cerrar de ojos me he cambiado de ropa. Me he puesto un jeans corto, una blusa mangas largas negra, y mis cómodos zapatos tenis color blanco y negro. Apenas me pongo un labial rojo y salgo de la habitación.

Sebastián y Valentina se asombran. —¡Que rápida eres! —Me dice Valentina sorprendida al verme cambiada totalmente. Yo sonrió y al poco tiempo noto que Sebastián me está observando detenidamente de pies a cabeza.

No es una mirada común, es una mirada llena de deseos, que al sentir que conectan conmigo puedo imaginar casi todo lo que puede estar pensando. Mis manos están transpirando y me recorre una sensación por todo mi pecho que hace que mi corazón se acelere.

Entramos a la casa de Sebastián y me sorprende lo bonita y arreglada que está. Su sala está muy bien amueblada, y lo más llamativo que observo es un enorme televisor de aproximadamente cuarenta pulgadas.

Un poco más adentro veo una mesa que parece estar decorada con un mantel color rojo, y sobre ella una cantidad de dulces, chocolates y una torta mediana también cubierta de chocolates y fresas... ¡Ummm, solo ver eso se me hace agua la boca!

—¡Siéntate! Quiero que te sientas tan cómoda como en tu casa. —Dice Sebastián con entusiasmo.

—Gracias Sebastián. Está muy bonita tu casa.

—Gracias. ¡Les traeré algo de tomar! ¿Valentina, mientras tanto puedes poner algo de música?

—¡Claro! —Responde Valentina.

Nos sentamos, y Valentina toma un pequeño control de una mesita que está puesta en el medio de la sala, y segundos después empieza a sonar una música electrónica que no logro reconocer pero da un mejor ambiente al lugar.

—¡Aquí sí podemos conversar mejor Sofi! Dime ¿Cómo te ha ido a ti y a Alex? —Me dice Valentina.

—¡Nos ha ido estupendo! Aunque nos has hecho mucha falta...

—Ustedes también me han hecho falta...

—¡Oh deberíamos de llamar a Alex para que venga!

—¡Sí! Quiero verlo. Anda llámalo.

Saco mi celular y le marco. Pasan unos segundos y no me contesta. —Que raro que no me atienda. —Marco otra vez y esta vez sí me atiende.

—Hola Sofi

—¡Hola Alex! Adivina con quien estoy.

—No lo sé, dime ¿Con quién estas?!

—¡Estoy con Valentina! Estamos en la casa de su primo celebrando su cumpleaños ¿Quieres venir? —Le propongo entusiasmada.

—¡Valentina! ¡Ayy! No podré ir... Mi madre tiene un resfriado y no me gustaría dejarla sola. Lo siento... Me hubiese encantado verlas a las dos...

Lo entiendo porque Alex vive solo con su madre y la aprecia tanto que nunca la dejaría sola en un mal momento. Él tiene a la madre más comprensible del mundo, por eso imagino cuanto la quiere.

—Tranquilo Alex... Lo entendemos. Espero que tu madre se recupere pronto. ¡Nos vemos! Cuelgo el teléfono.

—¿No vendrá? —Me pregunta Valentina.

—No... Su madre está enferma y no puede dejarla sola...

—Entiendo... ¡Bueno, en otra ocasión podré venir más seguido para recordar viejos tiempos!

—¡Sería magnífico!

De pronto Sebastián nos interrumpe, ha llegado con tres botellas de Smirnoff y nos da una a cada una. La botella está tan fría que rápidamente siento mis manos congelarse así que doy un

sorbo rápido y coloco la botella en la mesita central. ¡Guau me encanta el sabor de esta bebida! Nunca había tenido la oportunidad de probarla.

Me agrada tanto estar aquí ahora, simplemente con ellos dos siento que es suficiente, aunque la verdad quisiera que Alex estuviese aquí, de igual forma no puedo evitar sentirme a gusto.

Me encanta la forma en que me mira Sebastián, me encanta cuando nuestras miradas se conectan tratando de revelar algo del más allá de nuestro ser y de nuestro sentir, tratando de decir tanto con una mirada...

¡Quiero aprovechar para darles una nueva noticia! —Dice Valentina en voz alta y con un brillo repentino en sus ojos. Sebastián y yo nos miramos ambos al mismo tiempo sorprendidos y ponemos toda nuestra atención en ella.

—¡Me casaré! —Dice con emoción casi repentinamente.

—¡Oh por Dios! ¿De verdad? —Digo saltando de emoción.

—¡Mi novio me ha pedido matrimonio precisamente ayer! Y no pude esperar para decírselos.

—¡Felicidades prima! —Dice Sebastián mientras la abraza. —Te deseo lo mejor. Espero que tengas una vida plena y llena de éxitos. —Vuelve a hablar.

—¡Gracias! ¡Los quiero mucho a los dos! ¡Ay, Alex! Como haces falta aquí. —Clama Valentina. Esta tan llena de emoción... Me enaltece verla feliz, de verdad se merece todo esto y más.

Un sonido nos interrumpe, y por un momento pienso que es mi celular el que está sonando. Pongo las manos en mi bolsillo y tomo mi celular rápidamente y me doy cuenta que no es el mío. Creo que ya estoy algo traumada... Es el celular de Valentina así que lo toma rápidamente y contesta la llamada.

Ella sale de la sala y se dirige hasta afuera para oír mejor, ya que la música casi nos deja escuchar lo que hablamos en voz alta. En este momento he quedado sola con Sebastián.

Él se sienta en un lado del sofá y me hace señas de que me siente a su lado. Esto me causa una leve sensación de nervios que me recorre hasta llegar a mi garganta al punto de sentir una estenosis que me hace tragar grueso.

Dudo un poco, pero sigilosamente lo complazco y me siento de su lado. Él se observa muy relajado y a gusto con la música, que se acomoda más en el sofá, ocupando un gran espacio con sus brazos abiertos.

¡Lo siento tan cerca en este momento! Su brazo detrás de mí hace que empiece a sentir una tensión muscular sobretodo en mis muslos. Es solo un chico guapo Sofia ¡cálmate! Me grita mi subconsciente.

Estoy con mi botella aun por la mitad, así que le doy un sorbo que hace mi botella quede vacía sin darme cuenta. Ya es la segunda vez que hago lo mismo con él presente... Siento que Valentina se ha tardado, pero justo cuando estoy pensando en ella la veo entrar a la sala yendo directamente a buscar su cartera que se encuentra uno de los sofás.

—¿Por qué recoges tus cosas? —le pregunto mientras me levanto.

—Debo irme... Lo siento Sebas... Mi novio me necesita para terminar una documentación muy importante en la que yo debo firmar. Te prometo que volveré pronto aquí. —le Dice Valentina a Sebastián con seriedad.

—Tranquila prima. Ve con calma. Ya compartiste un buen momento conmigo y con Sofia, y aunque queríamos compartir más contigo... Pero de seguro otro día podremos pasar más tiempo contigo.

—¡Ay! ¡De seguro que será así! Bueno... ¡Espero que hayas pasado un feliz cumpleaños! ¡Nos vemos luego primo! —Se despide de Sebastián y le da un fuerte abrazo. Luego se dirige hacia mí,

y me abraza fuertemente por medio segundo, dejándome casi sin aire

—¡Adiós Sofi! Te llamaré luego para vernos pronto. Te quiero amiga.

—¡Adiós valen! También te quiero amiga.

Salimos al garaje y Valentina saca las llaves de su auto. Se sube y lo enciende, luego se despide con la palma de su mano y nos lanza un beso en el aire muy tiernamente e inmediatamente ambos reímos.

—Yo debo irme también. —Le digo a Sebastián.

—Quédate por favor. —Dice mientras me toma de mi mano y la acaricia delicadamente.

—Pero...

—Es temprano aun y no quiero quedarme con todo lo que preparé en la mesa. Ven, quiero compartirlo contigo.

Me quedo en silencio por un momento. Su mirada tierna me está convenciendo. La verdad deseo profundamente quedarme con él... Pero no quiero que piense algo indebido de mí.

—Bueno... Me quedaré un momento más.

Es su cumpleaños y apenas son las ocho de la noche, y ha sido muy poco lo que he estado aquí. ¿Por qué no quedarme un rato más?

Dicho esto, noto como una leve sonrisa se asoma de su rostro y sus ojos toman un brillo con intensidad. Me toma una vez más de mi mano, pero esta vez me lleva hasta la mesa. Toma un bizcocho de chocolate y les coloca unas fresas con crema por encima. Estoy realmente maravillada con lo amable que es conmigo.

—Sé que te va a gustar. Come, yo iré por otra bebida.

Definitivamente esto está muy delicioso. Mientras él no está, estoy disfrutando deliberadamente el dulce que me ha dado.

— ¿Te gusta el vino? —Me dice con un tono de voz sexy. Miro hacia delante y está él parado muy cerca de mí. ¡Ni siquiera me he dado cuenta de su regreso! Veo de su rostro una sonrisa y mirada divertida. Lo sé, es porque me ha capturado comiendo.

—¡No te rías de mí!

—¡Veo que está muy delicioso! —Me dice divertido.

—¡Sí! Mucho. —Le digo mientras doy un último bocado a mi bizcocho.

Tiene dos copas de vino en su mano y me ofrece una. Yo la tomo con cuidado y nos sentamos. Tomo un sorbo y Sebastián toma el control pequeño que está en la mesita y baja un poco el volumen de la música.

Luego él toma un sorbo de su vino, coloca la copa en la mesa y de forma imprevista me toma de las manos hasta levantarme del sofá. Se acerca sigilosamente hasta sentir su respiración cerca de mi rostro.

Me está observando de pies a cabeza con la misma mirada intensa de deseo con la que suele mirarme. Estoy sudando porque sin duda me está deseando y no puedo creer que mi cuerpo también.

¿Qué estamos haciendo?! O ¿Qué pretende hacer?! ¡Maldición, es tan difícil desistir e irme de aquí! ¿Por qué no simplemente apartarlo y largarme? Me siento hipnotizada, inmóvil y vulnerable.

¿Qué tiene este chico que tanto me atrae y no me deja huir de aquí? Me estoy haciendo demasiadas preguntas en mi cabeza mientras Sebastián se acerca mucho más y de la nada me dice en tono serio: —Debo confesar que tu belleza me atrae demasiado Sofía.

—Desde aquel primer día no paro de pensar en ti y tu belleza. —Vuelve a hablarme esta vez en mi oído. Su leve susurrar tan cerca de mi electrifica cada área de mi cuerpo.

>>Mi corazón ya ha empezado a latir muy fuerte y todos mis músculos se contraen placenteramente con un enorme deseo de liberar esta tensión. Aun no puedo creer lo que me ha dicho, es decir, nunca logré imaginarlo... Siempre lo vi tan inalcanzable para mí y ahora está aquí, confesando una atracción hacia mí.

—¿No... estas bromeando? O ¿Sí? —Digo con nerviosismo.

—Me encantas Sofía... Todo de ti me atrae. Tú forma de ser, tu hermosa sonrisa, tu cuerpo tan esbelto, tu piel... —Me responde con un tono de voz grave, pero a su vez muy dulce mientras me mira con ojos perspicaces.

>>De pronto me toma de mi cintura con una de sus manos y su otra mano la coloca en mi cuello muy cerca de mi mandíbula y la acaricia dulcemente. Mi corazón cada vez más bombea sangre muy rápida y fuertemente, siento que mis piernas no pueden más y que en cualquier momento me dejaré caer, pero me aprieta suavemente hacia él.

>>Su cuerpo esta fusionado con el mío y puedo sentir sus brazos y su cuerpo musculoso ¡Esto es verdaderamente irresistible! Es una sensación muy excitante, es inevitable contener la respiración y no soltar un gran suspiro profundo de placer.

Acaricia mi cabello hasta rozar mi columna vertebral, y siento como todos mis vellos se erizan. Su mirada sigue recorriendo todo mi cuerpo hasta conectarse con la mía. Presiento que está a punto de hacer algo más conmigo. Quiero parar, pero es imposible. Me siento placenteramente presa en sus brazos...

Sebastián no para de mirarme y acariciar cada área de mi espalda. Sube su mano hasta mi nuca, entrelazando sus dedos en mi cabello, acerca su boca más a la mía, con mis labios levemente separados y con mi respiración irregular.

Se queda inmóvil por unos segundos aún muy cerca de mí, mirando mis labios fijamente hasta que sin darme cuenta fusiona suave y profundamente sus labios con los míos. Abre ligeramente su boca y yo hago lo mismo inevitablemente, introduce su lengua dentro de mi boca buscando la mía.

Yo torpemente rozo ligeramente mi lengua con la de él. Baja sus manos hasta mis caderas las presiona con sus dedos y me aprieta más a su atlético cuerpo. Puedo sentir su erección presionando mi pelvis ahora, así que nuestro beso se intensifica cada vez más....

Mi vientre se inunda de sensaciones únicas, que hacen que se contraigan cada vez más todos mis músculos. —Quisiera descubrir cada centímetro de tu piel. —Me dice mientras me da suaves besos en el cuello. Nunca imaginé que esto fuese tan placentero... —¿Me harás daño? —Pregunto en un leve susurrar.

—Nunca haría nada que te haga daño.

Me mira y vuelve a besarme. Roza mis labios con los de él y toma mi labio inferior exquisitamente y lo muerde suave y delicadamente. No sé si esto está completamente mal, pero siento arder de pasión, y ahora quiero que haga conmigo lo que nunca nadie me ha hecho.

Estoy completamente excitada, al punto de sentir como mis bragas se humedecen. Sebastián está cada vez más intenso conmigo... Me alza levemente apoyado de mi cintura, quedando totalmente al aire y camina despacio hasta llegar a la habitación cercana a su sala.

¡¿Qué estoy a punto de hacer?! Grita mi subconsciente una vez más, porque sé que podría parar, esto es totalmente nuevo y venturoso para mí... Aff, maldición, mi cuerpo lo desea intensamente ya dentro de mí...

Me coloca ligeramente en su cama. Besa mi cuello, luego baja hasta mis pechos, mi abdomen hasta terminar en mi pelvis...

—Que bien hueles. —Añade mirándome sexy y profundo. Pasa sus manos dentro de mi blusa, por mi espalda y se desase de ella en cuestión de segundos. Estoy acostada en su cama ahora en

brassier y solo en cuestiones de minutos procede a quitarme mi pantalón corto. La vergüenza se apodera de mí, porque esta es la primera vez que dejo mostrar mi cuerpo casi desnudo a un hombre.

¿Acaso son tantas las hormonas que logran producir este enorme deseo? ¿O es la inevitable sensación que ningún hombre logró causar como lo está haciendo Sebastián? Ahora lo que más deseo es saciarme de él... Ya no logro concentrarme en nada más...

Me besa y nuevamente su lengua se fusiona con la mía, deja caer su cuerpo atlético encima del mío sin ejercer tanta presión. Se levanta un poco y vuelve a bajar hasta mi pelvis, baja mis bragas lentamente e introduce dos de sus dedos en mi vagina. Mi vientre se contrae y arde placer...

—S-Sebastián. —Lo atraigo hasta mi cuerpo mientras mis caderas se mueven al ritmo de sus dedos que solo juegan en mi clítoris, ardiente de deseo.

—Tú también estas deseándome, mírate. —Un ágil movimiento de su mano libre se posiciona sobre mis pechos, acariciando cada centímetro que separa uno de mis senos del otro, pellizca suavemente mis pezones.

Jadeo, mis gemidos son atrapados por su boca, ¡Debo parar esto! Pensé, pero no era capaz, mis piernas abiertas, mi sexo expuesto, todo mi cuerpo me pedía que me quedara, que disfrutara de este dios italiano.

Su boca experta devoro mis pechos, mis manos se hundían en su cabello revuelto, sus ojos en breves momentos me miran, y sus pupilas dilatadas gritan de deseo, deseo por mí. Sonrojada me deje hacer, lo beso nuevamente y, muerdo su labio inferior.

Lo ayudo a deshacerse de lo que le quedaba de ropa, abro los ojos, y me deleito en su cuerpo perfecto, sus abdominales marcados, su espalda ancha, sus caderas angostas... ¡DIOS! Mi respiración no se acompasa, ¡Es guapísimo y tremendo! y yo solo una mujer, deseosa...

—¿Cuándo me viste en la fiesta me deseaste, verdad? —Me dice, con una respiración irregular.

Sus labios buscan los míos mientras me atraigo hacia él para que me sienta a horcadadas sobre su virilidad. No sé de dónde saco fuerzas, o de donde surge la idea, pero una de mis manos va hasta su miembro, acariciándolo.

Me sentí satisfecha cuando sus jadeos se hicieron presentes. —Por Dios Sofía. —Toma mis caderas, y mi vagina roza con su pene. Mi piel se eriza al instante, esa sensación me encanta.

—Nunca lo pensé. —Suspiro. Lentamente siento como se abra mi carne para recibirle, me siento nerviosa, mis muslos comienzan a ponerse tensos y el dolor me invade.

—S-sebas... —Sollozo. —No puedo, para.

—¿Qué sucede? —Me mira con tierna preocupación. —No me digas... Eres virgen. — Nuestros cuerpos sudan y se mezclan nuestros aromas.

Asiento apenada, no tenía ni idea de que hacer, ¿Qué estará pensando Sebastián de mí?

—No te preocupes. —Me besa una vez más, con delicadeza me deposita sobre el colchón y se acomoda entre mis piernas para luego proceder a penetrarme suavemente. —Avísame si llego a lastimarte mucho...

Asiento nuevamente. No tengo palabras... cierro los ojos con fuerza y mis manos se aferran inconscientemente de sus hombros, cuento mentalmente los segundos que se tardó mi cuerpo a adaptarse a su presencia.

Me penetra completamente de forma lenta, quedándose quieto como unos diez segundos que parecen una eternidad.

—Sofí, por favor, dime algo, dime algo Carissima.

¡Su acento italiano me derrite por completo! Con mis ojos cristalizados lo miro. —Está bien.

Ya paso. —Suspiro.

—Que afortunado me siento. —Sus labios se posan sobre los míos, abro mi boca dándole paso a su lengua, su vaivén exquisito comenzó, oleadas de placer me inundan mientras mi sexo y mi boca compiten entre cuál de los dos estaba más húmedo, caliente... Las manos de Sebastián acarician mis muslos, aprieta mis nalgas, al momento en el que deja mi boca, sus labios llenan de besos mi cuello.

—Aahh... —Un gemido abandona mi garganta, mi espalda se arquea y sus manos aprovecharon este hecho. Su miembro sigue dando suaves pero constantes golpes dentro de mi vientre, uno, dos, tres, siento como cada músculo de mi cuerpo se contrae solo para que no saliera nunca de mi interior.

—Aahh, Sofía... —Su mano se enreda en mi cabello mientras sigue embistiéndome cada vez con más fuerza. Su mano dio un tirón, al momento no me duele, lo sentí extremadamente sexy. —De verdad... —Jadeo. —Qué mujer tan deliciosa eres.

Sus manos en mis caderas, su ritmo, aumentando al compás de mis latidos... Dentro, fuera, otra vez dentro dejando la repercusión de un terremoto en mis entrañas, y otra vez... Dentro, fuera, dentro, fuera, cada vez más apresurado, deseoso, salvaje... —Eres tan sexy —Susurra en mi oído.

Me siento pesada, mareada, mi garganta y la suya compiten con sonoros gemidos. Me deje caer por el abismo que había creado, y clavando mis uñas en su espalda las voy bajando, dejándole marcas en su blanca espalda. Gimo.

Mis ojos se cierran, y el peso de mi cuerpo lo dejo sobre el colchón, segundos después, escucho un muy sexy sonido gutural de parte de Sebastián, todo su cuerpo cae sobre el mío.

Algo caliente corre por mis piernas... Y es ahí donde comprendo la gravedad de la situación y fue cuando decidí no pensar en ello. Cierro mis ojos, y al momento quedo totalmente dormida.

* * * *

Despierto y la cabeza me da vueltas, aún sigo en la cama de Sebastián. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Una hora? ¿Dos? Me muevo dejándole dormido.

Recojo mis prendas y me visto lo más rápido que pude, ¿Qué había hecho? No es que me desagradara, al contrario, me gusto, demasiado, mucho, pero había sido una completa inconsciente.

Busco mi celular ¡ME VAN A MATAR! Dos horas había dormido en los brazos de un hombre, añadiéndole el hecho de que tuve sexo, y a eso añadido el segundo hecho de que no tuve ninguna protección y dada mi poca, más bien nula, jamás había suministrado en mi cuerpo algún anticonceptivo.

A como quede embarazada mis padres... ¡OH CIELOS! ¡Van a volverse más locos de lo que están! Había quedado media botella de vino en la mesa, le doy un largo sorbo para aclarar mi mente y salgo corriendo. Cruzo la calle y al llegar a la puerta de mi casa, allí estaba mi madre.

—¿En serio Sofía? ¿Te das cuenta de la hora? —Su mirada dice tanto. Su ceño está fruncido, sus labios apretados, sus brazos, cruzados.

—Te encanta darme mortificaciones, si me muero será tu culpa y cargaras con eso en tu conciencia. —Sus ojos se cristalizan y mi corazón inevitablemente se encoge.

—Perdón mamá... Pero estaba allá al frente, no pensé que fuera problema. —Intento transmitirle una calma que yo ni siquiera sentía. —No pasara de nuevo. —Me muerdo el labio, recordando lo que hice apenas dos horas antes, eso de “No pasara de nuevo” iba más dirigido a mí que a mi madre. —Ya puedes irte a acostar, yo haré lo mismo.

—Bien Sofía, pero espero que no intentes escaparte como la otra noche, por ello sigo muy

decepcionada.

La veo caminar hasta su habitación, y me recargo en la pared, ¿Qué hacer? Estaba claro, al día siguiente correré a una farmacia a comprar como cuatro cajas de anticonceptivos y los iba a esconder, tendría que hacerme también de una de esas “pastillas de emergencia” que yo sé que no siempre funcionan... Tres... Sin intentar volver a caer en el maravilloso hechizo de Sebastián...

Me meto a mi cuarto, me desvisto y, camino hasta el baño envuelta en una toalla, abrí la regadera y me meto bajo el agua tibia, dejo que recorra mi cuerpo aun convulsionado por la acción que había tenido, mi mente me traicionó, y con tan poco tiempo, su visión se hizo presente en mi ducha.

—*Sofía.* —Cierro los ojos, dejándome acariciar por la corriente de agua cual si fueran las manos de Sebastián.

Las gotas recorren mi cuerpo y en mi imaginación esta Sebastián... Mis manos van directamente a mis pechos. Los acaricio, recordando su boca. Suspiro... No sé en qué momento comencé a acariciar mi vagina, mis dedos sobre mi clítoris, arrancándome ligeros y suaves gemidos, mis piernas tiemblan.

Es maravilloso jugar, mis dedos simulan sus embestidas, toda mi zona sigue sensible, mi piel se eriza al contacto del agua... Me reprendo y salgo de la ducha, y poniéndome el pijama me lanzo a mi cama a dormir.

—*Me dejaste solo. Sofía, pudiste haberme explicado.*

—*No, Sebastián, no lo entenderías, además, solo somos desconocidos, que tuvieron sexo casual, en tu cumpleaños.*

—*¿Apenada por ello, Cara?*

—*Ya deja de decirme así, no lo niego, eres todo un hombre y un amante excepcional, pero tú y yo...*

Despierto sudada y agitada, como si de una pesadilla se tratase. Me dejo caer sobre las mantas de mi cama, volteo para ver el reloj de mi mesita, 7:00 am... Salgo con pesadez de mi cama, me ducho rápido para evitar el tener que masturbarme. Recojo en un bolso algunos libros, mi billetera, mi celular y mi cargador.

Con el apuro de la noche ni recordé que la batería estaba baja. Me calce mis jeans, unas zapatillas bajas, una camisa con volantes y una chaqueta de jean, ni tenía ganas de peinarme, solo desenrede mi cabello y deje que se secará así.

—*¿Ya te vas?*

—*Sí mamá, ¿Y papá?*

—*Ya se fue al trabajo. —Mi mamá me sonrío y me abraza. —Que tengas buen día cariño.*

—*Gracias mamá..*

¿Qué diablos? Mi mamá no me trataba así de lindo. Abrí la puerta de mi casa, observando de lado a lado como paranoica, al no ver la moto de Sebastián por la calle salgo.

Camino dos cuadras en rumbo a la farmacia, con algo de miedo compro lo que tenía que comprar, y en ayunas me tomo la dichosa pastilla para emergencias. Casi estuve en la tentación de tomarme otra.

Espero un autobús y al llegar el primero, subo. Y me siento en un puesto libre al lado de una ventana, conecto mis audífonos a mi MP4 y reproduzco mi playlist... Me vi en el reflejo moviendo los labios al compás de la canción.

—*Me encanta, el sabor de tus besos*

—*Me asusta, sentir que te quiero*

—*Quiero controlar mis deseos*

Pero tu aroma incita mis besos...”

—Esto no puede suceder, Sofía, tienes que graduarte, conseguir empleo, comprar un apartamento, irte, ser libre... —Me hundo en mi asiento hasta que llego mi parada. Pago y me bajo, estaba extrañamente temprano en la universidad, reviso mi celular, aun con veinte por ciento de batería, si, Miércoles, 7:30 am.

Camino hasta mi salón de clases, no había nadie aun, comenzaba en media hora más, saco mis libros y me pongo a repasar.

Pero cada que leía un párrafo tenía que volver a releerlo para entenderlo, en mi mente seguía Sebastián. Alzo la mirada al escuchar a alguien entrar, era ese chico de las gafas con el que había tropezado aquel día que iba tarde a clases, no sabía que fuera tan madrugador. —Buenos días.

—Hola. —Toma asiento junto a mí y saca su bloc de dibujo, no sabía que dibujara, tomo un lápiz de su bolso y comienza a hacer líneas, a mi parecer, sin sentido.

—Me llamo Sofía.

—Lo sé, siempre llegas tarde. —Ríe—. Lo siento. Me llamo Erick.

Rio, era increíble que me recordaran por llegar tarde. —¿Dibujas?

—Sí, como pasatiempo.

—Oye, de verdad, perdón por casi atropellarte el otro día. —Me sonrojo.

—No te preocupes, no suelen atropellarme en los pasillos con frecuencia. —Sonríe. Me perdí cinco segundos en sus ojos cafés y su piel blanca. —Ese día sí que lo necesitaba...

—¿Qué?

—un golpe que me colocará en órbita.

—En ese caso, de nada. —Sonríe.

—¿Entiendes eso? —Señalo mi libro, el párrafo marcado con algunas formas anatómicas animales.

—La verdad, justo ahora, no. No tengo cabeza para ello.

—Te puedo ayudar, si quieres, en la hora del almuerzo, te ayudo a repasar, mañana es el examen, no lo olvides.

—Gracias. —Mi teléfono suena, diez por cierto, y un mensaje de Alex. Enchufa mi teléfono al lado de mi asiento para leer el mensaje.

“No podré buscarte hoy, iré directo a la facultad”

Al que respondí con un “No te preocupes, ya llegue a la Uni”

Seguro se sorprendió al leer eso...

Volteo a ver a Erick, y noto que tiene algo, no sé qué... No entendía pero me sonroje. Volví a mi libro, poco a poco mis compañeros fueron llegando, incluyendo Alex.

La clase pasó y no tome ninguna nota de la misma, solo dibuje en mi libreta muchos “S&S”, corazones y otras cosas. Fui la última en salir del salón.

—¿Qué tienes? Cuéntame que paso anoche que estabas con Valen. —Alex rápidamente me jalo cuando cruce el umbral.

—Estuvo, divertido. —Asiento varias veces. —Hiciste falta, Valen se casará, su novio le propuso matrimonio, y también estaba el primo de Valen, ya te dije eso.

—¿Y? ¿Nada?

Miro de un lado a otro, alzo la mirada y luego me acerco al oído de Alex y le susurro.

—Tuvimos sexo.

—Guau, vas con todo. —Ríe divertido pero al ver que no reía se puso serio. —¿Es en serio Sofii?

—Sí, Alex, no sabes lo ida que ando.

—Te creía capaz de todo menos de sexo casual.

—Shhhh, baja la voz. —Le cubro la boca con mis manos. —No fue casual, no...

—¿Usaron protección? —Susurra.

Niego con la cabeza y me pongo pálida como un papel. —Error mío, pero me tome una pastilla de emergencia.

—¿Estas demente? También fue su error. ¿Pensaste las consecuencias?

—Sí, y mucho, no deja de darme vueltas la cabeza, ¡Demonios! Necesito alcohol.

—No, con alcohol las medicinas no surten su efecto, debes decirle.

—¿Qué le diré?

—Que si quedas embarazada tendrá que... No sé, no lo había pensado, no suelo dejar embarazada a las mujeres ¿Qué le pides a un hombre si te deja embarazada?

—Es grave Alex, muy grave, me mataran en casa, literal, me dirán que por eso nunca me soltaron “la cuerda”, que me protegían de hacer locuras como esta. —Abrazo a mi amigo. —De verdad que espero que no pase nada.

—Shhhh, tranquila Sofii, no pasara nada.

* * * *

Ya es la hora de almorzar, así que me siento con Alex en una mesa cerca de una ventana. Pido un café y un burrito y me los como a prisa. Me levanto dejando el pago en la mesa. —Me tengo que ir Alex. —Le doy un beso en la mejilla. —Te llamo más tarde.

—Claro, te quiero. —Él sigue devorando sus papas y su hamburguesa.

Camino a la facultad, el campus es enorme, así que la cafetería donde estaba no quedaba fuera de sus límites. Miro a mi alrededor y mi corazón da un vuelco al ver una motocicleta pasar, la reconocía, era Sebastián. Se estaciona cerca de donde estaba yo. —Me abandonaste. —Ríe al bajar de la misma. —¿Está todo bien Sofi?

—Sí... Perdón por ello, tenía que ir a casa. —Desvío mi mirada, siento vergüenza.

—Vives al frente.

—Sí, pero mi madre es... me dijo que no regresara tarde.

—¿Te parece si damos una vuelta?

—Gracias, pero no puedo... Quedé con un amigo para estudiar. Si quieres... —Digo mientras saco un pequeño papel y un lápiz y escribo mi número. —Me llamas o me mensajeas.

Extiende su mano y sus dedos rozan con los míos, la electricidad recorrió mi cuerpo y se posó justo en mi vientre... Lo estaba deseando.

—Lo haré. —Me guiña un ojo y yo siento que me derrito. Vuelve a su motocicleta y la enciende.

—Igual debemos hablar. —Digo y rápidamente me arrepiento.

—¿Sobre?

—Sebastián... es que anoche... —Mis mejillas arden. —Tuvimos... —Susurre. —Sexo

—Sí, lo sé.

—Pero no nos protegimos. ¿Ves lo grave que es? —Mi voz se oye como una súplica.

—Pensé que tomabas un anticonceptivo.

—¿Por supuesto que no! —Casi grité. —No...

Su mandíbula se desencaja, sus ojos se tornaron oscuros. —Mira Sofía, pensé que eras una adulta perfectamente capaz de tener uno que otro encuentro ocasional.

—Osea. ¿Esto fue ocasional? —Mi corazón se quebró, por extraño que fuera.

—Sí, siempre lo fue. ¿Qué no lo viste?

—¿No! —Mis ojos estaban llorosos. —No.

—Sofía, mira, si quedaste embarazada puedes abortar, tenerlo y darlo en adopción, no sé...

—¿No sientes nada por mí?

—No, solo deseo, eres una mujer hermosa, con un cuerpo espectacular. Hablaremos después de esto. —Veo como sube a su motocicleta y la enciende, alejándose del lugar. Mi cuerpo tiene ganas de desplomarse en el suelo, pero tomo fuerzas, camino al campus de forma lenta y me dirijo a mi aula, y allí está Erick con los libros abiertos sobre la mesa.

—Pensé que no llegarías.

Por mis mejillas ruedan lágrimas, mi rostro se contorsiona en tristeza y en cuanto siento que me caía al suelo unos brazos me rodearon.

—Sofía, ¿Qué sucedió?

—Lo siento... De-debo irme...

—Sofía.

Sollocé. —No puedo Erick... N-no...

—No estás bien, te acompaño a casa. ¿Dónde vives?

Niego con la cabeza. —Perdón. —Me zafé de su abrazo y corro a la salida de la facultad. Me perdería las clases esa tarde, en pocas horas de un acto a otro me sentía humillada... Y como una nena estúpida.

Tomo un taxi, doy mi dirección y me seco la cara evitando llegar con los ojos hinchados a casa. Agradecí no toparme con mamá cuando cruce la puerta y en silencio entro a mi habitación. Me acuesto en mi cama, rezando que por cualquier cosa, por lo que sea, que no haya quedado embarazada de Sebastián...

El sonido de mi celular me despierta, así que lo tomo. Es Sebastián, firmaba con ese nombre.

“Necesito verte”

Dejo mi celular a un lado y me acurruco en mi cama. Lo evitaba lo máximo posible, o hasta el punto de sentir que ya le había perdonado su desfachatez.

Y así pasaron varios días, en donde iba de muerta en vida a clases, evitaba la conversación con Alex, regresaba a casa y seguía sin contestarle a Sebastián.

Y debía terminar por saber si había algo dentro de mi o no.

* * * *

Dos semanas desde aquel momento, eran las 11:00 pm. Estoy viendo el techo raso de mi cuarto, tenía que hacerlo de una vez por todas o nunca iba a poder volver a dormir. Leo una pequeña novela que tenía a mi lado, y no recuerdo en que momento me quede dormida. Desperté a las 5:00 am. Voy al baño con la pequeña prueba de embarazo en mi mano, sigo las instrucciones de la caja y espero el tiempo como si fuera una eternidad... ¡NEGATIVO! Sonríe. Estaba a salvo, pero no volvería a hacer una locura como esa.

Al salir del baño me siento extrañamente renovada, supongo que es porque había dejado ir un peso, por consiguiente me baño, me visto con lo primero que hallo en mi closet, una falda plisada marrón y un sweater con un panda al frente. Peinada con una cola de caballo salgo a desayunar.

—Hija, te has estado levantando temprano últimamente. —Mi papá me mira mientras comía sus panqueques. —¿Sucede algo?

—No. —Sonríe. —Solo quiero compensar mi desobediencia del otro día. —Miento.

—Llegando temprano a mis clases y esforzándome para ser la mejor.

—Así me gusta, Sofía. —Mi mamá deja un beso en mi mejilla y me sirve unos panqueques que comí muy animosamente. El resto de la comida fue en silencio, me tome un café, acomode mi

bolso y al tomar mi celular salgo de casa, el corazón se me acelero. Allí estaba Sebastián, subiendo a su motocicleta, volteo y me ve. Baja de su moto y camina hasta donde yo estoy, las piernas no me responden.

—Tú y yo debemos hablar. —Su voz era fría.

—¿De? Sebastián creo que todo quedo claro.

—¿Estas embarazada o no?

—No es tu problema. —Comencé a caminar, necesitaba alejarme.

—Lo es, Sofia. Mira, desde hace días no dejo de pensar en ti, y es algo muy extraño para mí. —Camina detrás de mí hasta que su mano alcanza la mía y nuestras pieles rozan. Mi cuerpo reacciona inmediatamente así que volteo a verlo a los ojos. —Escúchame Sofia, fue un error de mi parte decirte lo que te dije, pero es que yo soy así.

—Creí que eras diferente.

—Puedo serlo. —Me sigue mirando, algo en su mirada dice que estaba a punto de besarme y es que no pude evitarlo... y me lanzo en busca de sus labios en un beso que fue correspondido, cada vez más exigente, más salvaje, nuestras lenguas juegan, muerdo su labio inferior, y lo frene, empujándolo un poco lejos. —Tengo que ir a clases. —Digo con frialdad.

—¿Estas embarazada?

—No, ¿Contento? —Sigo caminando.

—Te llevo, espera aquí, iré por mi moto.

—No, Sebastián, no.

—¿Al menos dame una oportunidad!

Suspire. —¿Para qué?

—Para demostrarte que puedo cambiar. —Me sostuvo de la cintura con sus manos, nuestros cuerpos irradiaban calor. Sonríó.

—Una oportunidad...

Devoró mis labios y al pegar su cuerpo al mío logro sentir su erección. Este Dios Italiano volvía a desearme y yo volvía a desear estar con él.

—Debo ir a clases. —Me zafó de él mordéndome el labio. —Te veré al salir ¿De acuerdo?

—Me parece perfecto Sofi. Te llamaré, espero que atiendas.

—Adiós Sebastián. —Sonríó y camino hasta la parada de autobuses para darme el beneficio de la distancia entre el deseo y la locura.

Tomo un autobús y en cuanto llego unas paradas después llego a mi facultad. Al bajar me topo con Alex. Se notaba algo enojado, ¿Y cómo no? ¡Había estado ignorándolo por dos semanas! corrí hacia donde estaba y lo tomé del brazo.

—Lo siento.

—Sofi, me ignorabas... ¿Por qué?

—Estaba asustada con todo lo que pasaba, no tenía idea de que hacer... Amigo, por favor.

—¿Tus dudas ya están aclaradas?

—Totalmente, no paso de ser un susto. —Alex me abraza. Extrañaba ese calor de familia que me hacía sentir bien.

—Te perdono enana, pero no me ignores otra vez... He tenido que decir que... No, de hecho dije que tú no querías hablar con nadie.

Lo miré con cara de quererlo matar.

—Sí, sí, sí... Por cierto, volví a verlo, esta mañana, lo besé, y quedamos de vernos en la tarde.

—Por Dios, ahora usas condones. —Reímos y mi cara enrojece. —No pienso hacer eso. —

Digo.

—Ahm, no te creo, al momento en el que te bese vas a caer redondita. Ya vas a ver.

Entramos a clase y mi vista se va al chico de lentes que estaba en el fondo con el bloc, sonrío al verlo, un aleteo recorrió mi estómago. Él alza la mirada y me sonrío saludándome con la mano, y yo hago lo mismo.

—¿Desde cuando eres amiga de ese chico?

—Eh... Solo hablamos como dos veces, pero es buena persona.

—Y el confianzudo soy yo. —Nos sentamos en nuestros asientos y vemos nuestras clases de forma normal. A la hora del almuerzo Alex se va prometiendo que me traerá comida de alguna cafetería, y yo, decido quedarme en el salón. Me acerco a Erick lentamente. —Lo siento por el drama del otro día.

—No fue nada ¿Qué paso? —Sus ojos, a pesar de estar opacados por cristales los noto brillantes, hermosos, un embriagador café ámbar.

—Solo un susto... —Me siento a su lado. —Podemos estudiar para el próximo examen, ¿Quieres?

—Claro, ¿Qué no entiendes? —Dejo a un lado su bloc y saco su libro, le pongo la página y así comenzamos a repasar. Erick es un gran maestro, y en ese momento que me distraje me di cuenta que tiene un arete en su oreja derecha, le da estilo, debía admitirlo.

—Lo siento, me perdí. ¿Repites lo que dijiste, por favor?

—Claro, fíjate, solo debes... —Y me vuelvo a perder en su voz relajante. Me hace sentir en un lugar de paz, como alguna cabaña en el bosque, o una playa en Las Bahamas. —¿Entendiste?

Asiento. —Perfectamente, gracias. Erick ¿Quieres ir por un café?

Claro, supongo. —Salimos entre risas, hablando de todo. —Dime, ¿Qué más te gusta además de los animales? Supongo que te gusta porque estudias veterinaria.

—Mmmm, déjame pensar, la música. —Reí.

—¿De verdad? ¿Cómo qué? En unas semanas hay un concierto, de Maroon 5. ¿Quieres ir?

—¿Qué? ¿De verdad? —Mis ojos brillan. —Sí, eso me gustaría. —Rápidamente pierdo todo mi entusiasmo. —Pero no sé si voy a poder, es difícil...

—Déjame adivinar, tienes un novio y es celoso.

—No, tengo padres sobreprotectores.

Caminamos en silencio hasta la cafetería y seguimos charlando. —Entonces, el otro día que llorabas ¿Eran por tu padres?

Negué. —Es complicado Erick. Pero tratare de no volverlo más complicado. —Tomamos nuestros cafés, al momento suena mi celular. “Te paso buscando en 10 minutos a tu universidad” —Me tengo que ir ahora, gracias por todo. Me encanto. —Toma. —Le escribí mi número en una servilleta. —Escríbeme, cuando puedas o si quieres.

—Sería súper que fueras al concierto.

—Trataré de ir. —Sonrío y camino de regreso al campus.

Espero unos pocos minutos y a la vuelta de la esquina estaba la motocicleta de Sebastián, se estaciona frente a mí y sin saludarlo subo a la moto. Me sostengo de su cuerpo en cuanto me puse el casco y la electricidad estalla.

Mis muslos se contraen recordando lo que había pasado entre nosotros. La ciudad paso a toda velocidad, cruzamos por el medio del tráfico hasta llegar a la casa de Sebastián. Miro a mi ventana y por suerte no están mis padres vigilando.

Al momento de que Sebastián abrió la puerta entre evitando ser vista, me siguió Sebastián. Al momento en que la pesada puerta de roble se cierra Sebastián me aprisiona contra la pared

besándome con fiereza, creí que esta visita era solo para charlar lo que había pasado, pero esto se estaba volviendo una repetición de los hechos que me habían puesto en el camino directo al desastre.

—Sebastián. —Muerdo su labio. —No...

—¿No quieres esto? —Acaricia mis muslos descubiertos por mi falda, mi piel se eriza. Seguí su beso y ahora sus manos suben a mis nalgas, me carga y su pelvis comienza a rosar la mía. Siento su erección prominente.

Gimo.

—Sí quiero, pero...

—No te preocupes. —Sus manos se entrometen a través de mis bragas comenzando a acariciar mi clítoris.

Mis piernas tiemblan y yo comienzo a desvestir a Sebastián. Su camisa negra cae al suelo, esta vez, estaba segura de que nada malo pasaría, solo debía disfrutar... Me lleva hasta el mueble de la sala, al dejarme allí abre mis piernas y quita mi ropa interior dejándome expuesta, vulnerable.

Su cara comienza a acercarse y su lengua saborea todo mi fluido vaginal de éxtasis. No pude evitar arquear mi espalda en cuanto sus dientes mordieron suavemente mis labios vaginales. Su lengua roza por mi vagina una y otra vez, llenándome de placer.

Sigue jugueteando en mí, me deshace toda con presteza mientras su boca me come. Sus dedos se unieron a la fiesta, acariciaban, apretaban y tocaban mi hinchado y rosado clítoris. Hundí mis dedos en su cabello, hundiéndolo cada vez más en el centro de mi placer.

Su lengua esponjosa le da un recorrido completo a mi vagina una y otra y otra vez. Gimo. No pude evitarlo, el gozo que siento es demasiado grande como para contenerlo en mi cuerpo.

A cada lamida que él daba me sobrevénia un gemido, apostarí a que se escuchaban en mi casa.

—Preciosa, quiero darte el orgasmo más maravilloso que hayas tenido en tu vida.

Sus palabras y su lengua me hacen explotar... El calor me envuelve, respiro agitada y mi cuerpo ahora esta bañado en sudor... En un momento liberador cierro mis ojos y gimo, mis piernas se contraen inevitablemente, y en mi mente... No estaba Sebastián, solo Erick...

Exhalo. Mi respiración hace que mi pecho suba y baje lentamente pero de forma exagerada. Así, en ese estado de casi inercia, Sebastián termina por desnudarme.

Su boca captura mis pechos excitados, muerdo mi labio, la chispa del deseo se dispara directo a mi vientre. Él termina por desnudarse y veo borrosamente como se colocaba un preservativo, lo cual agradecí.

Me alza del mueble entre besos y muerde mis labios dejándolos enrojecidos, de forma rápida me penetra. Con sus manos en mis caderas me penetra con embestidas fuertes pero mantiene el ritmo que yo no podía mantener debido a lo cansadas que están mis piernas.

Su boca está sobre mi cuello, me muerde la piel. Mis manos pasan por su espalda arañándole con fuerza cada vez que sentía una estocada fuerte en mis entrañas. Mis ojos se cristalizaron, me estaba haciendo daño su rudeza, pero no iba a decir nada esta vez.

Salió por completo de mi interior, y yo me encontraba débil por la intensidad del momento, me voltea sobre el sofá, se coloca por detrás de mí y vuelve a penetrarme. Esta vez, su voz ronca lanza jadeos que me excitan pero sus embestidas son muchas más veloces y profundas.

Sus manos toman mis pechos, mi espalda comienza a dolerme, es un momento donde mis gemidos y sus gemidos se mezclan, nuestros cuerpos chocan y nuestro sudor era uno solo, pero sabía algo... No había amor, era solo sexo; y sexo que me estaba dando placer.

Mi vagina se contrajo dándome un segundo orgasmo, solo logra dar tres embestidas más para

correrse y me deja. Caigo sobre el sofá con la respiración agitada y todo mi cuerpo dolía, en todo mi pecho habían morados, chupetones, y la espalda de Sebastián estaba totalmente arañada.

—Debo decir... —Respiro agitado. —Debo decir Sofia que eres toda una mujer...

—Lo era antes del sexo. —Me acurruque hasta el punto de querer llorar. —Dijiste que cambiarías.

—¿No era esto lo que buscabas?

Niego. —No, ¿Quién eres?

—Ya me conoces Sofia, mira, así funciona el mundo, las personas adultas pueden follar sin necesidad de mezclar el amor con ese deseo carnal, los amigos pueden tener sexo, puedes pagar por sexo, puedes hacer lo que quieras. ¿Tú no piensas así?

—No Sebastián, yo creo en el amor. Creía que cambiarías.

—Tristemente, es un desperdicio. Míralo desde mi punto de vista, nos damos amor sin hacernos promesas. Eres hermosa, y salvaje, y no quiero que todo lo que tenemos acabe solo porque eres una romántica empedernida que piensa que el amor es la base del mundo.

—Es porque lo es. —Las lágrimas comienzan a caer por mi cara. —Yo sí creo en el amor.

—¿Por qué? Desde mi punto de vista el amor solo sirve para romper corazones.

—¿Te rompieron? ¿Es eso?

—Ese no es el tema, Sofia, trata de seguir las cosas a mi ritmo, te aseguro que conmigo vas a pasarla bien, te mostrare mucho más de lo que sabes, aprenderás mucho, veras que a tu cuerpo no le disgusta tanto todo lo que puedo hacerte.

—¿Cómo qué? ¿Acaso piensas sodomizarme? ¿O es que quieres tríos? ¿Estamos hablando de una orgia?

—No, pero en mi defensa, cualquier hombre quiere un trío, Cara, por favor.

—No me digas así. —Limpio mi rostro con mis manos y lo miro fijamente a los ojos, intentando adivinar a donde se había ido el caballeroso chico que me había invitado a un café.

—De acuerdo Sofia, no te diré así.

—Entonces ¿Eso es todo? ¿Solo somos follamigos?

—Sí, creo que eso es todo, tú y yo somos amigos con derechos, solo nos juntaremos para tener sexo, así que no quisiera que me tratases como si fueras mi novia.

—¿Tienes novia?

—No, yo no tengo novia, las mujeres que comparten mi cama no son tu problema.

—¿Hay otras mujeres? Sebastián, merezco saberlo ¿No crees? ¿Y si me contagiaste alguna enfermedad? ¿No ves tu promiscuidad?

—No es ser promiscuo, es saber vivir la juventud, y ninguna de las chicas con las que comparto cama tiene enfermedades.

—Si las llevas a tu cama igual que como lo hiciste conmigo, déjame tener el beneficio de la duda. —Suspiro. —Ya me quiero ir. —Me levanto temblando y tomo mi ropa del suelo, camino hasta el baño y me visto. Intento tapar un poco las marcas de los chupetones con mi base, pero igual se notaba el tono rosáceo que había quedado en mi piel, me lave la cara, me maquillo y acomodo mi cabello... Salí del baño unos quince minutos después. —Necesito que me lleves.

—Vives al frente. —Seguía sobre el sofá, pero ya vestido y con su cabello alborotado.

—No iré a casa ahora, no en este estado. —Apreté mis labios manteniendo mi firmeza. —¿Me vas a llevar al menos?

Rueda los ojos y toma las llaves de la mesa. —Sí, ven. —Abre la puerta y caminamos a la motocicleta que estaba al frente. Miro a las ventanas de mi casa, no había nadie, me pongo el casco y subí después de Sebastián. —¿A dónde muñeca? tu dime.

—Llévame al centro comercial de la calle este.

—Como digas.

Acelero, esta vez el viento no me quitaba nada, la sensación de ser libre se había quedado lejos, muy lejos, y ahora en mis labios no quedaba el sabor, solo el de una pesadilla. Al llegar me bajo y camino sin despedirme.

Al voltear ya la moto ni Sebastián estaban, supuse que era obvio, ya había quedado claro que había entre él y yo, absolutamente nada y a la vez, todo. Mire las galerías, las tiendas, visualice los vestidos de las vitrinas, entre a un pequeño local de arte.

Los dibujos me hicieron pensar en Erick, fui al banco del mismo centro comercial, aun me quedaba dinero suficiente en mi tarjeta de débito como para darme unos cuantos gustos.

Ahora estoy corriendo como niña por las tiendas y comienzo a comprarme algunas cosas, ropa, no mucha, algunos zapatos y debía buscar el regalo para Valentina, ella iba a casarse, y quería darle algo en el día de su boda, el día que fuese.

Después de hacer compras, paso por una peluquería, miro mi cabello y me invade la tentación de hacerme un corte, pero sabía que después iba a llorar, mi mamá preguntaría porque lo hice, y quería ahorrarme el sermón, así que descarte la idea. Mire mi celular para comprobar la hora, 5:00 pm, ya era hora de regresar.

* * * *

Al llegar a casa mis padres extrañamente no están. Guardo las cosas en mi habitación y me cambio de ropa a algo mucho más cómodo, cubro mis chupetones con maquillaje y me dispuse a hacer la cena, algo ligero, algunos sándwiches, jugo, y un poquito de comida recalentada que había quedado del almuerzo.

Estoy pensando qué le diré a mi madre para yo poder ir al concierto que Erick me había dicho, y es que tengo la excusa perfecta, Valen.

Escucho que la puerta se abre. Mis padres hablaban animadamente, lo que sea que habían estado haciendo les sentó de maravilla.

—Cariño. —Mi papá me abraza. —¿Todo bien? Te veo estresada.

—Nada papi, la universidad. ¿Tienen hambre? Hice sándwiches, necesito estudiar así que quería cenar ligero.

—Sí, nos vendría bien. A tu madre le dieron una gran noticia. Era el día de su chequeo, su corazón y su presión se encuentran normales, el régimen en el que esta, al fin da sus frutos. —Mi madre sonrío al igual que mi padre.

—A pesar del susto que nos diste el otro día ¿Eh?

—Ya me disculpe. —Serví la pequeña cena que había hecho. —Tengo que decirles algo.

—Habla, te escuchamos. —Mis padres se sientan y comienzan a comer.

—Valen se casa, le propusieron matrimonio.

—Eso es perfecto. Fantástico.

—Sí... Y me pidió que la ayudara con la organización de la boda, será algo rápido y privado. —Miento.

—¿Cuándo debes verla? —Mi madre toma un poco de jugo y mi padre sigue en silencio.

—Aún no sé, les diré cuando sepa. —Miento de nuevo, y es que si quería salir con Erick al concierto debía recurrir a artimañas como estas. —Pero posiblemente deba quedarme en su casa algunas noches, los llamaré seguido ¿Puedo?

—Ayudar en una boda es mucha responsabilidad, y tú debes concluir tus clases, estas a unos dos meses de culminar tu carrera.

—Sí, y voy bien, y Valen es mi mejor amiga, no puedo fallarle, mamá, este es su día, ella ha estado para mí siempre. —Y la mentira continuaba. —Papá, di algo.

—Creo que podemos decir que sí esta vez querida. —Mi padre miro a mi madre, sentí el sabor de la victoria en mis labios, si decían que sí, podría ir al concierto, pero fingiendo que estaría con Valen.

—Piénsenlo. —Sellé con eso la conversación y terminé de comer mi sándwich para correr a mi habitación a estudiar.

Me siento en mi cama y comienzo a repasar las unidades que irían al práctico evaluativo. Tenía que sacar un 10 de ser posible, de lograrlo, mis padres darían el sí a mi mentira, y podría salir un día de noche... Aunque sea una vez.

Un sonido de “BIP” me saca de mí lectura y mis apuntes. Es mi celular, reviso, es un mensaje de Erick:

“Estudia nena, recuerda que mañana es el segundo evaluativo, el primero lo perdiste... PD: Ya tengo dos entradas V.I.P para el concierto, por si me dices que sí.

Erick”

Casi gritaba de la emoción, teclee rápidamente una respuesta.

“En eso estaba, pero me sacaste de mi libro, una pregunta, ¿Cuándo es la fecha de ese dichoso concierto?”

S.”

La respuesta no se hizo esperar.

“Dos semanas, tienes tiempo para convencer a esos sobreprotectores padres de los que me hablaste, suerte con ello.

Erick”

“Creo que ya los convencí, de todas formas, no cantemos victoria.

S.”

“Prefiero cantar Animals.

Erick”

Y allí me quede sonriendo como estúpida a la pantalla, ¿Qué diablos me sucede? Apenas conocía a Erick y ya mis hormonas estaban revolucionándose. Dos semanas para ir a un dichoso concierto, pero debo mantener mis locuras al margen si quería escapar, y debía decirle a Valen y a Alex que me cubrieran, Dios, estaba en el cielo.

Me dormí, sentí como alguien entra a mi habitación, apaga las luces y me cubría con una sábana como si fuera una niña pequeña. Me sentí protegida y a salvo de todo el torbellino que había sufrido las últimas semanas.

* * * *

—Tengo que confesarme con ustedes dos. —Mis amigos están sentados a mi lado derecho e izquierdo, Valen me miraba con cara de saberlo todo y Alex solo reía.

—Habla, te espero. —Valen comenzó a reír. —Pero antes, quiero que me digas una cosa. ¿Le mentiste a tu mamá sobre que yo te pedí ayuda para mi boda?

—Eh... sí...

—Vaya... ¡La gran Sofía acaba de mentir! —Alex ríe a carcajadas. —Cuenta.

—Pues... ha pasado mucho y no creo organizarlo todo mentalmente para contárselos, solo les diré que me invitaron a un concierto.

—¿Te gusta? ¿Quién fue? ¿Fue Sebastián?

—Este... se llama Erick, y no, con eso queda contestada la pregunta de si fue Sebastián.

—Pero pensé que te gustaba mi primo. —Valentina me mira algo apenada. —¿Qué sucedió? Los deje solos la noche de su cumpleaños.

—Pasaron... muchas cosas.

—Ah, ah. Cuentas ahora.

Mire a mis amigos ansiosos por saber el ultimo chisme, solo solté el aire y lo dije.

—La noche que me quedé con Sebastián tuve sexo con él, ¿Contentos?

La boca de Valentina se tornó en una “o” de sorpresa y Alex seguía muerto de risa. Al verlo Valentina supo que él sabía de esa aventura mía así que le dio un codazo.

—¡DETALLES! ¡QUIERO HASTA EL MAS COCHINO DETALLE! —La cara de malicia se pintó en el rostro de Valen, y la mía solo se pintaba con miedo. —Bien. Asco Valen, no contare todo. —Saque la lengua en mueca de asco. —Solo pasó y ya, bebimos mucho. Y nos acostamos, fin del cuento.

—¿Y por qué ese tal Erick y no mi primo? —Valentina vuelve a verme cada vez más confundida.

—Tu primo es un patán de primera. —Rodé los ojos. —Si te cae mal esa noticia pues lo lamento. —Mis ojos comenzaron a cristalizarse.

—Mmmm, por algo lo has de decir. —Tomo mi mano por sobre la mesa. —No llores, y si vas a escaparte es que ese tal Erick es un bombón.

Me sonroje a no más poder. —No, es un amigo de la universidad.

—Amigo el ratón del queso, y ¿Sabes qué? ¡SE LO COME! —Alex ríe. —Bueno Sofii, yo creo que te puedo ayudar a llegar a tu cita.

—No es una cita. —Me puse roja como tomate, y es que pensándolo bien, lo era.

—Sí, lo que digas, necesitas ponerte hermosa, mucho más de lo que eres.

Y me perdí... Literal, todo lo que paso después fue un complot de cómo sería mi cita, guardaría ropa en casa de Valen, Alex me iría a buscar a mi casa y me llevaría a casa de nuestra amiga. Allá ella se encargaría de hacerme lucir como reina, no lo sé, pero todo quedo armado. Recibí un mensaje de Sebastián en el momento en que ellos arreglaban toda mi vida.

“Necesito verte”

Simplemente no conteste y seguí disfrutando la tarde con mis amigos. Me dolía, me sentía usada, como un objeto, desechada...

Al llegar a casa preparo la cena, y me andaba canturreando lo que en la radio. Recordé mucho aquella tarde porque todo el ambiente era más que perfecto, lluvioso, y era Abril, aunque eso estaba por acabar.

Al llegar mis padres, cenamos, mamá y papá están radiantes de felicidad.

—No mentiste. —Mamá me sonrió. —Llame a tu amiga, y sí, me dijo que te había dicho. —Necesito armarle un altar a Valentina. —Ella me contó todo, pero dijo que aún no tenía fecha, y tú dijiste lo mismo, estoy orgullosa.

No mentir, claro. Rio en mi interior, lo iba a lograr. —Sí, hable con ella hoy, me dijo que la llamaste. Y ya me dio fecha, dos semanas, quiere una ceremonia rápida y privada.

—¿Tan pronto?

—Algo se trae tu amiga, Sofia.

—No papá, si piensan que está embarazada, no. Quiere que todo sea rápido para dedicarse a su clínica veterinaria. —Mentiras sobre mentiras, necesito decirle esto a Valentina, por si a mi madre le da por preguntar.

—En ese caso, si la vas a ayudar...

—¿Dirán que sí? —Mis ojos brillaron, tenía esperanzas.

—Sí, pero nos avisas donde están, que han visto...

Eso sería un problema. —Pero por supuesto que sí, te mostraremos todo, la decoración, el vestido, los colores... —Recordare ir a confesarme. Después.

—Entonces puedes.

¡NO CABIA EN MÍ! Casi grité, pero me contuve, y solo abrace a mis padres. —Gracias.

—Pero ya saben, tampoco abusos de la libertad que te ofrecemos.

Casi dije “La que me dan por haber aprendido a mentir en colectivo” —Sí, ahora debe estudiar, exámenes, son los últimos para acabar la carrera. —Corrí a mi habitación y tras cerrar la puerta salte como una niña, estoy emocionada. Tomo el teléfono y textee rápido a Erick

“Adivina quién va al concierto.

S”

Sonríó antes de darle enviar, pero la emoción pudo más y apreté el botón, me lance sobre la cama y grite en contra de mis almohadones. Ni siquiera escuché cuando el mensaje de Erick llegó.

“No lo sé, ¿Adam Levine?

Erick”

—Tonto. —Digo como si el pudiera escucharme tras la pantalla, me vi mucha más tonta, teclee rápido la respuesta.

“La verdad, él tiene que estar, no sería un concierto de Maroon 5 sin Adam, pero además de él.

S”

“Déjame adivinar nena... ¿Vas?...”

Erick”

Y es que cada vez que escribe “nena” yo siento como una caricia, hace un mes me hubieran dicho que yo iba a sentirme así, yo hubiera dicho que era una locura.

“Acertaste ;) Dormiré o explotare de la emoción, te veo mañana en la facultad.

S.”

“Descansa nena...”

Erick”

Abrazo mi celular. La lluvia seguía cayendo afuera a torrentes, pero yo sentí como si limpiara mi vida y los recientes errores. Dormí como había dicho, quien me viera hubiera jurado que mi rostro sonreía. Y es que hasta yo lo hubiera jurado, pero esta vez, hubo más, pasiones nocturnas reveladas en mi mente... Algo que temía, pasara.

Y es que siendo honesta conmigo misma, Sebastián aun seguía siendo muy atractivo para mí, lo que tenía de guapo lo tenía de idiota, temía que lo mismo pasara con Erick.

* * * *

—Elige.

—Sabes que puedes decidir por tu cuenta, no sigas ordenes que te aten. —Miro a Erick y mi respiración se acelera. Apreté los muslos, miro a Sebastián, quien alza la ceja de una forma seductora. ¿Quería correr el peligro para tener algo con él? ¿O debía dejarme llevar por la deliciosa corriente de Erick?

—Elige Sofía. —Sebastián volvió a mirarme, se acerca y me besa de forma posesiva, su lengua y la mía se encuentran en una añorada batalla. Unas segundas manos recorren toda mi piel. Siento otra lengua recorrer toda mi espalda y llegar hasta mi cuello, rápidamente lo echo para atrás, dándole acceso a Sebastián para que mordiera mis clavículas ligeramente, mientras que una segunda boca me mordió suavemente el lóbulo de la oreja derecha.

—Estoy aquí contigo. —Ahora es Erick quien se posesiona de mis labios, pasa la lengua por mi labio inferior para que abriera mi boca y él pueda explorarla.

—Elige ya, Sofía, elige...

—No puedo...-Susurro y mis manos acercan más a Erick a mí. Un calor se expande por mi piel mientras sus manos acarician mis caderas.

—¿A quién eliges? —Las manos de Sebastián aprietan mis pechos desde mi espalda, dejé escapar un gemido. Siento como mi labio inferior es mordido, y es que la escena que estaba viviendo era más que sensual, era un momento de placer absoluto.

—Lo siento, Sebastián. —Mis manos recorrieron el torso de Erick. Sebastián desapareció y Erick vuelve a atrapar mis labios en un jugoso beso, sus manos bajan de mis caderas a mis nalgas, acariciándolas con suavidad, y yo me siento más atrevida. Mi lengua pasa por todo su mentón hasta llegar a su oreja.

—¿Entonces soy yo?

Asiento y sentí como la boca de Erick atrapaba mis pechos. Sus manos ahora viajan a mi vagina y sus dedos comienzan a entrar en mí, lento, el vientre se me deshizo con sus caricias. —Ay nena. Me estas robando el corazón.

—¿S-sí? —Jadeo, Erick me alza y me besa, nuestros sexos quedan juntos. Siento su virilidad contra mí, y la deseo más...

—Sí, nena, eres una niña mala. —Sonreímos y nos recorremos todo el cuerpo con las manos.

Siento como si cayera por un abismo. Contra una pared y con gotas cayendo sobre nuestros cuerpos que se juntaban con nuestro sudor, Erick entra entre mis piernas. Siento como mi carne se abre para recibirlo... sus manos aprietan mis muslos, las mías, rodeaban su cuello, comienza su vaivén, volviéndome literalmente loca, era una tortura que fuera tan lento.

Siento su respiración cerca de la mía, sus manos van subiendo de forma lenta por mis costillas, sus embestidas siguen, jadeo... Exijo sus labios con fiereza. Se aprovechaba del agua sobre nuestros cuerpos para hacer sus caricias más placenteras, mis piernas lo rodearon, está atrapado dentro de mí.

Es una petición directa a que aumentara su ritmo, orden que entiendo porque sus estocadas lentas se volvieron firmes, rápidas, gemíamos, pero nos callábamos a besos. No recuerdo cuanto pasó, pero mi corazón se aceleró y sentí como el suyo se amoldaba a mi ritmo, mis ojos ya ven borroso, los tengo llorosos.

Mis músculos se tensaban para luego desatarse en el éxtasis, y dos gemidos al unísono. Respiro por la boca, mi cabeza descansa sobre el hombro de Erick, sus brazos me sostienen aun. Sé por sus latidos que estaba cansado, pero sabía por cada beso que dejaba en mi frente que nunca me dejaría caer.

—Descansa nena. —Dice en un susurro.

Respiro por la boca al despertar de ese fantástico sueño... Mis bragas están mojadas, todo mi sexo late, se siente muy caliente. Me deshice de mi ropa quedándome desnuda.

Mi cuerpo lo pedía, y necesitaba recordar un poco de lo que había sentido en mi sueño, me deje llevar por esa influencia que ejercía sobre mí, pellizque mis pezones, mi cuerpo tembló, algo, no sé qué, me hizo llevar mis manos sobre mi vagina. Mis dedos entran y salen de mí, juegan con mi clítoris.

Cierro mis ojos y muerdo mi labio inferior, no dure mucho, mi cuerpo esta electrificante. Mis muslos inconscientes se aprietan alrededor de mi mano al momento en que un pequeño orgasmo me invade.

Trato de acompañar mi acelerado corazón. Me levanto temblando de mi cama, sudada, me

dirijo al baño de mi cuarto y abro la regadera, el agua tibia recorre mi cuerpo y recuerdo el sueño que había tenido, recordé a Erick.

Me seco con delicadeza, el mismo roce de la toalla me hacía suspirar, y debía admitir que tenía por mí, ¿Caería si hubiera una oportunidad?

* * * *

Vuelvo a dormir con ropa limpia, esta vez, sin sueños eróticos que encendieran mis llamas, le avise por mensaje a Alex que viniera por mí, tenía la pereza de caminar una cuadra a la parada de autobuses, y además, no quería toparme con Sebastián... Todo menos eso, si bien es muy guapo pero terrible, aunque un amante excepcional.

Pero no deseaba verle, y sus mensajes de “Necesito verte”, seguían llegando sin falta. Me maquillo un poco y me pongo unos jeans algo ajustados junto a unas botas de tacón alto, la camisa azul que escogí se me ceñía al cuerpo resaltando mis pechos.

Tomo mis cosas y salgo de casa sin comer, no tenía hambre... Espero en la puerta de mi casa, varias veces Sebastián salió de su casa, me veía y volvía a entrar, sabía que yo estaba enojada, se me acercó caminando y mi sangre hirvió.

—¿Por qué no contestas mis mensajes?

—Creo que puedo permitirme esa libertad. —Conteste mirando a otro lado.

—Por favor Sofía, eso es infantil ¿No crees que podríamos disfrutar mucho?

Me mordí el labio tan fuerte que casi lo hago sangrar. —Sí, ¿Te digo la verdad? Sí disfrutaríamos, pero ya con dos veces me di cuenta que contigo, aunque me des todo el placer del mundo, siempre acabare llorando, y no quiero.

Sus manos en sus caderas, miran al cielo. —Eres como las otras mujeres.

—Ya déjame en paz. —El auto de Alex se estaciono, me subí ignorando la mirada de Sebastián. —Vámonos.

—¿Qué quiere ese tipo? —Alex mira en dirección a la acera. —¿Le doy un cachazo?

—No, ya vámonos. Solo quería molestar. —Alex puso el auto en marcha y lo agradecí, quería salir de allí. —¿Qué más cuentas?

Me sonrojo. Me acorde del sueño que había tenido. Todo mi vientre se contrajo al instante.

—¿Tienes algo que contar! —Alex me pellizco una mejilla. —Dime

—Mmmm, solo son mucho más frecuentes los sueños eróticos. —Lo solté, a riesgo de que mi mejor amigo estallara en risas. Me quede esperando que se riera, pero no sucedió.

—Es algo normal Sofii... —Me Sonríe. —Eso no tiene nada de malo. ¿Afortunado? —Y aquí estuvo la risa que nos faltaba. —Adivino. ¿Sebastián?

—No. —Hasta yo estalle en risas. —Erick.

—Ahhh ¿Te gusta?

—No lo sé Alex, lo averiguaré. —Enciendo la radio del auto, cantamos como locos la canción que sonó, a Alex y a mí nos gustaba una gran variedad de géneros musicales, solo unos pocos no entraban en la lista porque sí son un verdadero asco.

Llegamos a la facultad, hoy debemos ir de pasantes a una de las veterinarias más prestigiosa de la ciudad, me emociona estar tan cerca de la profesión que ejercería toda mi vida. Paso rápido el tiempo, de reojo veo a Erick, jale del brazo a Alex y me acerque a él.

—Hola Erick, te presento a Alex, mi mejor amigo. —Sonríe. Alex tendió su mano y Erick la correspondió.

—Es un gusto. Alex.

—Erick. —Ríe—. Curioso, llevamos todo el último año estudiando juntos y ahora que vamos

a graduarnos es que nos presentamos.

—El salir de esta cárcel no debe ser motivo para no ser amigos. —Ambos ríen, y el gusto me llena por completo, esa sensación de que nada te puede salir mal me invadió.

—Claro que no.

—Almuerza con nosotros. —Rápidamente solté y miro a Alex.

—Sí, ven...

—Me encantaría, pero quede de estudiar a la hora del almuerzo. —Casi me siento decepcionada. —Pero... —Saco su celular y tecleo algo. —Arreglado nena. —Me guiña un ojo y me sonrojo, y más porque Alex mira toda la escena.

Agradezco que se hubiera quedado callado, pero yo lo conocía tan bien que sabía que en el fondo se estaba riendo.

Las horas siguieron pasando y los tres nos fuimos a una cafetería, comimos, eran demasiadas las risas, supe que Erick era huérfano por lo que vivía con su abuela, y ella le daba cierta libertad, decidió volverse veterinario porque amaba los animales, creía que eran angelitos con cuerpos peludos, algunos... Alex y yo nos fuimos mientras Erick se dirigía de nuevo a la facultad, me pico la curiosidad por saber a quién le estaba ayudando a estudiar.

El tiempo pasó y cada vez estaba más cerca el concierto, con ayuda de mis amigos decidí que ropa usar. Una camisa brillante y unos pantalones de cuero súper ajustados, unos tacones vertiginosos, decidí que llevaría ballerinas porque no me creía capaz de soportar todo el concierto en tacones. Toda mi ropa en casa de Valen, y lo único que debía hacer era esperar el día... En unos días más.

* * * *

Despierto con mucha más energía de lo usual, ya era sábado, el sábado del concierto, ya todo el plan estaba trazado. Debo irme temprano a casa de Valen, para allá vestirme y maquillarme. Después de desayunar y prometerle a mi madre que la mantendría al tanto de todo tomo un taxi directo a casa de Valentina.

Y comenzó mi día de belleza. Con Valentina tuve sesión de spa, manicure, peluquería, ella secó mi cabello en ondas, me hizo un facial con ingredientes naturales y ya cayendo la tarde, me vestí, ya eran las 8:00 pm cuando Erick llegó a la casa de Valen. Abrí la puerta y por todos los cielos, llegaba a ser muchísimo más sexy que el mismo Sebastián.

—Hola. —Reprimo las ganas de mordirme el labio. Llevaba unos jeans gastados, una camisa de botones con dos de estos abiertos, dejándome ver parte de su pecho, encima lleva una chaqueta de cuero negra, sus lentes, su arete... Era perfecto. —Te ves muy bien. —Logre articular después de estudiarlo de pies a cabeza.

Sonríe de lado. Me derrito por completo... siento las ganas de lanzarme sobre él y besarlo y cancelar la salida solo para devorármelo. —Tú también te ves muy bien. —Siento su vista directamente sobre el escote de mi camisa, pero a diferencia de mí, el sí no logro reprimir mordirse el labio.

Y es que yo estoy hecha una diosa, mis pantalones me definen las piernas, se me ven largas pero carnosas. Mi camisa tiene un pronunciado escote en "V" dejando ver la línea de mis senos, mi cabello ondulado y mis labios, rojo carmesí... Además de los tacones negros, con ellos, casi llego a su altura.

—Te presento a Valentina. —Mi amiga se asoma a la puerta y se queda impactada al ver al chico que había llegado por mí. Su cara lo decía todo, pensaba tanto como yo que era súper sexy.

—Es un gusto.

—Mío ser el gusto. —Valentina tartamudea. —Digo, el gusto es mío. Espero se diviertan. Ya lárguense. —Ríe y me saca a empujones de la casa dejándome a centímetros de Erick, inhalo y puedo reconocer su fragancia, “Hugo Boss”, casi me sentí desmayar.

—Llegaste temprano.

—Sí, algo. —Ríe y camina al lado mío. —Pensaba llevarte a comer algo, tenemos hasta las 10:00 pm, ¿Qué te gustaría?

Sexo... —Mataría por un perrito caliente. —Rio. Mi mente había pensado otra cosa al decir esas palabras.

—Entonces, perritos calientes. —Su mano toma la mía, y la electricidad se dispara en mi cuerpo, sabía que en el suyo igual.

Su mano tiembla al sostener la mía. Es cálida, me pego a su brazo y dejo reposar mi cabeza sobre su hombro. Fuimos hasta el primer puesto de perritos calientes que encontramos. Comimos, un poco de salsa había quedado en su mejilla, así que extendo mi pulgar quitándosela.

En el momento en el que casi me chupo mi dedo lleno de salsa, él tomó mi mano y la acerco a su boca lamiendo mis dedos y al final mi pulgar. Me sonrojo. La sensación fue mucho más erótica de lo que creía... Ese solo contacto hizo que se mojaran mis bragas, no creía soportar toda la noche con las bragas en esa condición y menos con este hombre.

Fuimos a un centro comercial antes de irnos definitivamente a donde sería el concierto. Corro al baño y no evitándolo me desvisto en uno de los cubículos, me saque mis bragas mojadas y vuelvo a ponerme el pantalón.

Guardo mi secreto en mi bolsito, en donde iban mis flats en caso de que no aguantase los tacones. Salí del baño y tome la mano de Erick en cuanto lo encontré, mi vientre se contrajo en cuanto su brazo pasó por mis hombros y caminamos así, tomamos un taxi y en pocos minutos ya habíamos llegado.

El ruido era extremo, las luces contrastaban con la iluminación de la ciudad, ya había demasiada gente aglomerada, y por lo que vi, estábamos cerca de una playa, todo el escenario era una maravilla, la música estaba tan alta que era imposible hablar sin gritar con quien tenías al lado, en mi caso, Erick. El público gritaba...

Estamos súper cerca del escenario, canturreamos Maps, Sugar, nos movemos al ritmo de Love Somebody, y al momento en que Animals comenzó a sonar me lanzo sobre sus labios y los beso con fiereza.

Mi beso fue correspondido, su lengua invade mi boca, casi grito contra su boca cuando sus manos bajaron a mi trasero, recordé que no traía mis bragas, no le di importancia y me apreté contra su cuerpo.

Quizás efecto de la música, las luces o del deseo, pero no duro mucho para que saliéramos corriendo de aquel lugar atestado de gente bailando. Saco mis tacones para correr más aprisa, me subo a la espalda de Erick quien sigue corriendo conmigo a cuestas, paramos el primer taxi que paso y nos vamos directo a su casa.

La puerta se cierra tras nosotros, y volvemos a besarnos, sus manos se entrelazaron con las mías, sus labios paran directamente a mi cuello, dando castos besos.

—Esto es raro nena. —Escucho su respiración entrecortada. —No es correcto. —Nos miramos unos segundos a los ojos, mi boca traviesa muerde su labio y nos volvimos a besar.

—Erick, también es extraño... —Casi quedo sin aliento. —¿Por qué está pasando?

—No lo sé. La música. —Dio un beso en el escote de mis pechos. —Tu sexy atuendo... Tus labios rojos. —Me carga dejando mis caderas a su altura. —No podemos seguir.

—¿Por qué no? —Su erección se hacía notar. —Por favor Erick, necesito esto tanto como tú.

—Me gustas nena. —Su chaqueta cae al suelo junto con mi camisa. —No quiero tenerte así.

—¿Te gusto? —Mi corazón se aceleró. —¿No bromeas?

—No, jamás. —Mi frente y la suya quedaron pegadas y nuestras narices rozándose. —Me gustas, y esa es la verdad.

—¿Desde cuándo? —Bese sus labios como si con ello pudiera saber la respuesta.

—Desde que te vi al comenzar el año. —Va desabrochando mi brassier lentamente, y al dejar mis senos expuestos los muerde suavemente.

—También me gustas. —Jadeo. —Y te quiero esta noche Erick. —Por mi mente no paso ni el recuerdo de Sebastián, éramos solo Erick y yo.

—No así nena, es muy pronto... —Nuestros labios se encuentran una vez más, sus manos aprietan mis caderas, y la sangre me corre por todo el cuerpo de forma rápida, sudaba, lo deseo, y él decía que no. —No así, déjame cortejarte.

—Eres todo un caballero. —Sonreí. —Pero por favor. —Intento explotar todo el deseo de su cuerpo acariciando su entrepierna, él tiembla. No hay más palabras, solo besos y caricias. —Eres más intensa de lo que pensaba. —Sus dedos exploran mi vagina entre mis gemidos y mis ganas de sentir toda su virilidad dentro. —Mejor que cualquiera de mis sueños.

—¿Su-sueñas conmigo? —Jadeo y arqueo mi espalda. —Y-yo también. —Tartamudeo, nuestros cuerpos desnudos se funden de pasión sobre la cama de Erick.

—Siempre. —Jugueteo con su lengua. El roce de las mismas me causa espasmos, casi me siento al borde del orgasmo solo con ese contacto. —jamás pensé en tenerte así.

Nuestros ojos vuelven a mirarse. Cuando no tiene los lentes el marrón de los mismos resaltaba más, me derrito de ternura, él va a esperar por mí, estamos desnudos, en la misma cama, excitados pero él espera por mí.

—Te deseo Erick, mucho. —Casi lloro al decir esas palabras. —Y es que... cometí errores. —Pensé en Sebastián, alguien que no me amaba, y aunque no estaba segura de cuanto me quería Erick, estaba segura de que no me iba a usar. —Cometí errores.

—Cualquiera los comete. —Acaricia mi mentón. —No te culpes.

—Cometí errores que siento que ya no existen contigo aquí. —Acaricio su cabello. Hundo mis dedos sintiendo la suavidad del mismo. —Te quiero aquí...

—¿Aunque te diga que es una mala idea? —Sonríe y vuelve a besarme. —¿Aunque te diga que no quiero presionarte?

Río. —Creo que es al revés. Me tienes aquí y ahora, no esperes más Erick.

—Ni siquiera tengo preservativos. —Reímos de nuevo. —Ahora no podemos.

—Si podemos. —Nuestras manos se juntan y nuestros dedos se entrelazan. —De verdad podemos. —Lo beso de nuevo y lo empujó hacia mí, y abrazo sus caderas con mis piernas.

De forma lenta comienzo a introducirlo en mi interior, sus manos me sujetan de la cintura y su cara expresa todo lo que debe estar sintiendo en ese momento, una mezcla de deseo, sorpresa, amor... Muevo mis caderas de forma ascendente y descendente, su boca atrapa mis senos. Gimo.

Su pene sale y entra de mí, y la sensación que me invade cada vez que entra es indescriptible. Mi vientre se deshace, y sus manos recorren mi espalda. De verdad la canción que comenzó esto se parecía mucho a nosotros, nos asechamos, y ahora nos devoramos. Nuestro sudor se mezcla y mi cuerpo se aprieta contra él. Nuestra respiración estaba sobrecargada, boca con boca. —Es mejor que los sueños.

—La realidad siempre es mejor. —Al momento en el que me volteo, sus embestidas se hicieron cada vez más profundas, mis gemidos eran atrapados por su boca, mi cuerpo sentía calor, cada vez más intenso, mis piernas rodearon a Erick, su vaivén estaba volviéndome loca, lento, ya

habíamos cruzado el límite entre la locura y la cordura, y el deseo...

Mis labios vaginales atrapaban su pene cada vez que se introducía en mi interior, el cosquilleo se hacía intenso, al momento en que nuestro orgasmo llegó nos envolvimos en las sábanas y dormimos abrazados...

Y es que no siempre es lo que crees que será para tu vida lo que es correcto, a pesar de que siempre vivía atrapada en casa, este momento con Erick fue mi liberación absoluta, hace un mes habría pensado totalmente diferente, habría creído que mi vida necesitaba un escape enorme, una ida de ciudad, un nuevo departamento, una vida sola, pero mi gran escape estuvo con Erick, y no sólo eso, mi gran compañero, que siempre estuvo allí esperando por mí, pero yo sólo me deje atrapar por error. Pero gracias a ese error aprendí, que no todo es como se ve. Porque en este viaje cada quien tiene algo que aprender....

Dos meses más tarde, estoy en mi acto de graduación. Totalmente emocionada porque al fin logro tener el mérito de decir que todo lo hice con gran esfuerzo y que a pesar de todo, sí se puede. Alex está a mi lado y es inevitable no sentir ganas de llorar, pero de emoción. Lo abrazo fuerte y siento como mis lágrimas caen sobre mis mejillas. —¡Estoy orgullosa de ti Alex!

—¡Y yo de ti mi Sofí!

A mi otro lado se encuentra Erick, también lleno de emoción, se le nota hasta más que a todos por su gran sonrisa deslumbrante, así que no puedo evitar abrazarlo fuertemente y sentir como la emoción nos invade cada vez más.

Al terminar la entrega del diploma echo la mirada al público y ahí está, mi madre y mi padre, consternados de emoción. Lo que siempre soñé... Algún día llenarlos de orgullo... No hay nada que me haga sentir más satisfecha...

Salvavidas

Romance y Segunda Oportunidad para la Madre Soltera

I

—No te oigo muy bien, Silvi, hay un montón de ruido en la oficina.

Murmuré una ristra de improperios entre dientes mientras sujetaba el móvil con el hombro y terminaba de preparar el bocadillo de mi hijo y envolverlo. Mi ex siempre ha sabido cómo escabullirse de todas las situaciones que no le gustan.

Así fue cómo desapareció de mi vida en cuanto se dio cuenta de que un bebé daba trabajo y no era el juguete para pasearlo delante de sus amigos que había supuesto al principio, así era como llevaba siglos sin pagar un céntimo para ayudar a criarlo y así era como estaba intentando escaparse de aquella llamada telefónica.

Llevaba meses intentando tener una conversación seria con él, pero a todas horas le venía mal, o la cobertura fallaba, o directamente no me cogía el teléfono. Respiré hondo dispuesta a cantarle las cuarenta, pero una mirada rápida al reloj me dijo que iba justa de tiempo, como siempre.

Colgué sin decir nada, llena de amargura y me lavé las manos con cuidado de no abrir demasiado el grifo: hacía semanas que tenía una fuga y pensaba retrasar la visita (y la factura) del fontanero lo máximo posible.

Corrí a la habitación de mi hijo para ayudarle a terminar de vestirse para ir al colegio. Cuando entré y le vi, con los ojos aún medio cerrados de sueño, el pelo negro y rizado alborotado y preparando la mochila, no pude evitar que mi rabia se evaporara.

Mi hijo Daniel tenía ocho años, pero ya había aprendido a ayudarme con pequeños gestos, siempre dispuesto a aprender, casi siempre responsable.

Yo intentaba mantenerle al margen de mi cansancio, de los problemas de dinero y la indiferencia de su padre, pero al final es cierto lo que dicen: los niños siempre saben lo que pasa en casa y Dani percibía parte de todo aquello que yo intentaba llevarme a la cama en secreto cada día, las preocupaciones, las angustias...

—¿Listo? —pregunté tendiéndole el bocadillo. Él bostezó y asintió, encajándolo entre libretas en la mochila—. Te has vestido muy rápido —dije dándole aquellos tironcitos de madre a su jersey para ponerlo derecho que odiaba que mi madre me diera cuando era pequeña.

—¿Estabas hablando por teléfono?

—Con Lena —dije mesándole el pelo. Tenía unos rizos rebeldes y oscuros como su padre, pero su rostro era más fino y delicado, como el mío.

—¿Puedo ir con el tito Lucas a recogerte hoy al trabajo?

—Si él tiene tiempo, claro —sonreí cogiendo las llaves y empujándole suavemente hacia la puerta.

Mencionar a Lena siempre era una buena idea. Mi amiga y compañera de mi trabajo de entresemana, Lena, tenía una energía inagotable y era una sobornadora profesional de niños, lo que la había convertido en la adulta favorita mi hijo y la mayoría de los críos del pueblo.

Venir a por mí al trabajo casi siempre resultaba en que Lena dejara caer algún que otro dulce —. Pero tienes que decírselo temprano al tito para que se organice con su trabajo y lo sepa con

tiempo, ¿vale?

Dani me aseguró que así lo haría, notablemente más despierto y entusiasmado que hacía unos minutos. Yo eché una última mirada al piso antes de salir y cerrar la puerta, evitando mirar la pequeña pila de facturas en la encimera. Me prometí a mí misma que les echaría un vistazo por la noche y cerré la puerta con llave.

Llevar a Dani al colegio cada mañana era uno de los pocos momentos del día que disfrutaba. Aunque iba con el tiempo justo y hacía mucho que dormía mal con la presión del estrés y el cansancio ahogándome por las noches, aquellos diez minutos que caminaba con él, con su mano pequeña y cálida en la mía, atravesando el pequeño pueblo en el que siempre habíamos vivido y que tan bien conocíamos con el mar de fondo y rostros conocidos a nuestro alrededor, eran casi un bálsamo para mi nervios.

A mediados de mayo incluso a aquella hora de la mañana hacía una temperatura agradable y el pueblo había empezado a llenarse de turistas y gente que sólo veíamos de verano en verano, pero aún no había empezado la temporada alta y reinaba la paz matutina del olor a sal y los comercios abriendo sus puertas.

Pero aquello sólo duraba diez minutos. En la puerta del colegio besuqué a Dani tanto como me dejó antes de que empezara a quejarse, me quedé hasta que le vi desaparecer dentro del edificio y luego corrí a toda prisa hacia el trabajo, donde pasaría el día entero.

Cuando saliera por la noche Dani ya habría tenido todas sus clases, mi hermano lo habría recogido del colegio y se lo habría llevado a su piso desde donde trabajaba como traductor y habría pasado la tarde jugando solo. Mi hijo tenía más juguetes en casa de su tío Lucas que en la nuestra y aquello me rompía el corazón, pero las facturas seguían amontonándose en la encimera.

Mi único consuelo era que si algún día, y rezaba para que no tuviera que verlo nunca, Dani tenía algún accidente o emergencia, yo estaba a apenas unos minutos. Pero era un magro consuelo cuando, entre mis dos trabajos, el único momento que tenía para estar con lo más importante que había en mi vida, lo único por lo que mi motor seguía funcionando a duras penas, eran unas horas los domingos por la tarde.

Mi trabajo de lunes a viernes era el que menos me gustaba de los dos, aunque sin duda alguna era el que me hundiría si perdía. Trabajaba en lo que muchos en el pueblo llamaban un supermercado, aunque era una antigua tienda de comestibles rehabilitada y renovada hasta la saciedad que había conseguido mantenerse a flote a lo largo de los años.

No era tan grande como un supermercado de verdad, pero lo bastante como para darle problemas a sólo tres empleadas, que éramos lo que el dueño estaba dispuesto a gastar en personal de lunes a viernes. Cuando llegué mis compañeras Lena y Amelia ya estaban dentro, como de costumbre. La primera que vi fue a Lena, que estaba trasteando con la caja y levantó la vista al verme llegar, enviándome una sonrisa radiante y un guiño.

—Buenos días, ¿qué tal la mañana?

Me recogí el pelo en una coleta, porque el dueño aparecía de vez en cuando sin avisar para recordarnos que nos echaría si nos veía con el pelo suelto, entre otras lindezas:

—Como todas las mañanas, supongo —dije devolviéndole la sonrisa, aunque sospechaba que la mía era menos brillante.

Lena era la clase de persona de la que te dabas cuenta después de varios años de amistad de que no sabías absolutamente nada. Llegaba cada día con la sonrisa puesta, una fuente inagotable de energía y carisma que nunca dejaba ver lo que había más allá.

La había conocido con el pelo largo, pero desde que el jefe nos dejó claro la obsesión que tenía con que nos recogiéramos el pelo, Lena se lo había cortado y ahora llevaba mechones

castaños y puntiagudos despuntando en todas direcciones. Así técnicamente no me lo puedo recoger, me había dicho el primer día que la vi con aquel corte de pelo.

Yo no sabía muy bien si aquel gesto era una rebelión o le había dado la razón al jefe sin darse cuenta, pero desde luego aquel estilo le iba que ni pintado a su rostro infantil y su cuerpo delgado y ligero, como una adolescente pasando una época rebelde.

—Mejor que otras mañanas, diría yo. Todavía no hemos abierto y Amelia ya ha tenido un accidente —alzó la mano como si brindara—. Salud.

Amelia apreció por el pasillo con la fregona en una mano, un cartón de leche roto en la otra y cara de pocos amigos. Aunque para ser completamente justa, Amelia casi siempre tenía cara de pocos amigos, y su palidez fantasmal, el cabello negro y su forma espigada no ayudaban.

Lena siempre decía que parecía una vampira de las películas antiguas de terror. Lo decía delante de Amelia, que no parecía demasiado molesta por el comentario. Era difícil saberlo, la verdad. Amelia odiaba aquel trabajo, así que la cara de hastío le duraba antes, durante y después de los comentarios de Lena.

—No hace falta que te recojas el pelo —me dijo pasando a mi lado para guardar la fregona—. Ese cabrón perezoso vino ayer a espiarnos, así que no va a venir hoy otra vez.

Razón no le faltaba, nuestro jefe no se distinguía por ser extremadamente trabajador. Eso sí, pensaba que tres personas podían hacer el trabajo de cinco sin problemas, siempre y cuando él no fuera una de esas tres personas. Aún así me terminé de recoger el pelo, por si acaso.

No podía arriesgarme a perder el trabajo por una tontería. Amelia se lo dejó suelto. Ella había adoptado otra forma de protesta silenciosa con el asunto del pelo y cada vez lo llevaba más largo. A mí todo aquello me parecía más divertido que otra cosa, pero suponía que si algo tenía que convertirse en un feudo con el jefe, mejor aquella obsesión que otra cosa más seria.

—Un día se va a levantar del sofá y te va a dar un susto —canturreó Lena.

—Que se lo follen —se escuchó desde el cuartillo de la limpieza-, si lo único que hago es fregar y apilar latas...

—¿Almacén o caja, cielo? Tienen que venir con pedido hoy —me preguntó Lena.

—Caja —murmuré, cansada.

Por alguna razón me había levantado más abatida que de costumbre y el choque de personalidades de Lena y Amelia, que normalmente me entretenía, sólo me estaba erosionando más. Todavía no había llegado la temporada alta y el pueblo no estaba lleno de turistas, así que la mañana debería ser relativamente tranquila en caja hasta mediodía.

—Necesitas descansar.

—Descansaré hasta que vengan los clientes.

—No, descansar de verdad. Pasar unos días con tu gremlin, dormir, ver la tele, perder esas ojeras...

—Ya sabes que no puedo hacer eso.

—Ya sé que la situación es complicada pero... mira, sólo digo que me preocupo por ti, ¿vale? Si hay algo que pueda hacer...

—Lo sé.

—La semana que viene hay un día de fiesta, ¿me prometes que te vas a quedar en casa, en vez de dejar que el gremlin te arrastre de juerga al parque o al cine?

—Te prometo que haré lo que pueda, y eso es lo máximo que voy a hacer.

—Es justo, es justo...

—Cuando tengas tu propio gremlin lo entenderás.

—No me pillarán viva.

—No es que yo lo planeara... —murmuré.

—En serio, si quieres pasármelo la semana que viene puedo llevármelo por ahí y te garantizo que volverá casi entero. Pero bromas aparte, todavía no tengo planes para ese día, así que aprovecha si quieres pedírmelo, porque me tienes preocupada.

—Que sí, no te preocupes —le sonreí, pero en el fondo sabía que llevaba razón.

Llevaba demasiado tiempo forzándome a vivir a un ritmo que estaba destrozándome poco a poco. Aunque sabía que podría estar peor, que había trabajos más horribles que los que yo tenía, o peor, que podría no tener trabajo.

Me pasaba seis días y medio a la semana de pie, atendiendo clientes, cargando cajas, haciendo inventario, reponiendo estanterías, haciendo cuentas. De noche dormía mal, me despertaba con el pecho encogido y los nervios sacudiéndome el sueño. La angustia estaba devorándome la salud.

Sabía que no podía seguir con ese ritmo mucho más. ¿Y qué pasaría si caía enferma? ¿Si perdía un trabajo? Mi única familia era mi hermano Lucas, mi hermano pequeño al que yo misma había mantenido tras la muerte prematura de nuestros padres y que se había independizado en cuanto había podido para no causarme más problemas.

Lucas no podía mantenerme a mí, ni a mi hijo, ya tenía bastante con haberse responsabilizado de sus gastos siendo tan joven. Sentía que estaba en la cuerda floja y sin red, y que cualquier cosa que saliera mal significaría que caería en picado y arrastraría a mi hijo conmigo, el tesoro máspreciado de mi vida. No podía permitirlo, pero tampoco podía parar de trabajar a todas horas para buscar una solución. La única salida era apretar los dientes y seguir adelante.

Las primeras horas de la mañana siempre eran las más lentas del día. Los clientes entraban poco a poco, deambulaban despacio entre las estanterías. Siempre había algún adolescente que debería estar en clase y que entraba a comprar el desayuno o un refresco, o algún que otro turista que había llegado pronto este año y ya estaba familiarizándose con la zona. Por lo general eran rostros conocidos, aunque muchos sin nombre, que veía cada semana o incluso cada día en la calle.

Alrededor de las diez y media de la mañana, cuando la tienda estaba más vacía y acababa de despachar a dos clientes, bostecé discretamente antes de sentir que me agarraban de la camisa y me sacudían.

—¿Le has visto entrar? —susurró Lena dándome otra sacudida.

—¡No, no le he visto entrar!

No me hacía falta ni preguntar.

Hacía algo menos de tres semanas que un desconocido (ni Lena, ni Amelia, ni yo le conocíamos, así que inmediatamente habíamos supuesto que era un turista que acababa de llegar al pueblo) pasaba por la tienda varias veces a la semana.

Un par de veces se había llevado una compra más voluminosa, aunque bastante espartana, pero lo que plantaba junto a la caja cada dos o tres días era una caja de cereales de desayuno, siempre del mismo tipo, y una bandeja de filetes de pollo. Lena le llamaba el hombre misterioso y siempre que entraba a la tienda perdía los papeles.

El hombre misterioso rara vez decía más que un par de palabras, aunque Lena se había esforzado por darle conversación para intentar averiguar algo sobre su procedencia. Se había convertido en su pasatiempo favorito: el enigma del hombre misterioso.

También ayudaba el hecho de que el hombre misterioso era un auténtico regalo para la vista.

—¡Está aquí, le he visto en las neveras!

—Estará cogiendo el pollo.

—Maldita seas, te he cedido la caja un día de hombre misterioso.

—¡Pues ven y siéntate tú!

—Calla, que viene por ahí. Haz lo que yo haría. Sácale información, ¡como una espía! ¡Mueve las pestañas! —dijo desapareciendo entre las estanterías mientras yo suspiraba y me masajaba el puente de la nariz un momento.

Pero llevaba razón, segundos después de que Lena desapareciera a toda prisa, el hombre misterioso emergió de uno de los pasillos y se acercó a la caja con gesto abstraído. Intenté no mirarle y después me di cuenta de que tenía que mirarle a la fuerza, porque era un cliente.

Maldecí a Lena en silencio por ponerme nerviosa con sus tonterías y levanté la vista. Los vaqueros desgastados y la camisa blanca que llevaba contrastaban fuertemente con su piel morena, tostada como si pasara largas horas bajo el sol. Era alto y atlético, con el tipo de músculos largos que no sólo auguran fuerza, sino también flexibilidad y potencia.

Parecía distraído, pero su expresión seria daba una sensación más ausente que severa a su rostro anguloso y masculino, siempre afeitado con la pulcritud del hábito, de ojos oscuros y nariz recta. El pelo negro le caía hasta el cuello, dándole un aire ligeramente rebelde.

En conjunto no podía negar que era la clase de hombre de los que se ven pocos. En aquel momento pensé que me habría encantado verlo sonreír, segura de que tendría una sonrisa preciosa que habría iluminado su rostro. Pero continuó tan serio como siempre y puso la caja de cereales y la bandeja de filetes de pollo junto a la caja.

—Buenos días —dije suavemente.

—Hola.

Hice como que no sabía ya de sobra cuánto sumaban aquellos dos artículos juntos y trasteé con la caja registradora antes de decirle el precio. Él se limitó a meterse la mano en el bolsillo y tenderme un billete. Y entonces, mientras sacaba el cambio de la caja, por alguna extraña razón dije sin pararme a pensar:

—Tenemos unas bandejas de verduras variadas en oferta. Podrían hacer buena guarnición para el pollo, y muy sana.

Y lo hacíamos a menudo, sobre todo con los vecinos y conocidos, recomendar ofertas, animarles a comprar algo más. Es lo que una hace cuando se pasa diez horas en la caja. Pero aquello sonó atropellado, sonó extraño y me retumbó en los oídos como si acaba de decir la tontería más grande del mundo, como si estuviera diciéndole a un desconocido que se comiera la verdura y dejara de engullir cereales de trigo y miel.

Vi que una de sus cejas se arqueaba un poco. Ahí estaba. Él pensaba lo mismo. La cajera le estaba dando consejos de nutrición como a un niño de cinco años. ¿Por qué había dicho nada? ¿Estaba tan cansada que ya no sabía lo que decía? ¿Había sido culpa de Lena, animándome a entretenerle y sacarle información? No lo sabía, pero sabía que había sido un desastre.

—No, gracias —dijo por fin, tras un momento que se me hizo eterno. Cogió el cambio y la bolsa con su dieta desequilibrada y se marchó con un adiós más murmurado que otra cosa.

El resto del día lo pasé recordándole a Lena que nunca más iba a escucharla cuando me pidiera alguna de sus tonterías con el hombre misterioso, reviviendo el momento del horror una y otra vez hasta que me resigné a aceptar el ridículo y deseando que llegara la hora de cierre.

Cuando salí borré el recuerdo del desastroso encuentro con el misterioso fan de los cereales y me dirigí a casa de mi hermano para recoger a Dani. Lucas vivía en el primer piso de un edificio pequeño poblado mayormente por estudiantes y turistas de alquiler.

Su piso era muy modesto y estaba lleno de libros y pequeñas figuritas que coleccionaba con pasión. Hacía años que traducía libros de rol, lo cual era un concepto que yo aún no dominaba del todo pero que parecía tener la suficiente demanda como para tenerlo trabajando la mayor parte del

tiempo.

Aunque Lucas se parecía bastante a mí y los dos teníamos el cabello rubio, hacía mucho que el suyo estaba teñido de azul, a juego con sus ojos, lo cual fascinaba a Dani.

—Lo siento, no hemos podido ir a por ti —dijo Lucas cuando me abrió la puerta con una sonrisa mientras yo estrujaba a Dani—. Aunque él lo ha intentado.

—¿Mucho lío?

—Cambios de última hora, trabajando a toda leche.

—Cariño, recoge, vamos a dejar que el tito trabaje, ¿vale?

Dani asintió y se fue a guardar sus dinosaurios y sus coches de carrera, que por lo que yo había observado en sus juegos de los domingos, normalmente acababan chocando unos contra otros (acompañados por un ruido de explosión, por supuesto). Lucas se sentó en el sofá con su portátil y bajó la voz:

—Creo que tengo que avisarte por si no lo sabes, Dani ha decidido que ya sabe lo que quiere por Navidad.

—Pero si es mayo.

—Bueno, así te da tiempo a prepararte.

Me eché a sudar.

—¿Caro...?

—Una bici.

—Nunca me ha dicho que quiera una bici —murmuré, pero me di cuenta enseguida de que Dani nunca pedía cosas caras ni demasiados juguetes ni caprichos. Iba a pedírselo a los Reyes, claro, que no tenían que pagar facturas y no tenían dos trabajos. Suspiré.

—Si en diciembre te ves muy mal, te echo una mano —dijo Lucas por lo bajo.

No pude contestarle, porque escuchamos los pasos de Dani corriendo por el pasillo. Cuando apareció con su mochila al hombro y sus rizos negros, con aquella cara de hombrecito responsable, no pude contenerme y le di varios besos en la cabeza. Él ni siquiera intentó zafarse y aprovechó la tesitura para preguntar si al día siguiente podían ir a recogerme. Todo un hombre de negocios.

Después de llegar a casa, de que los dos nos ducháramos, cenáramos, preparásemos la mochila del día siguiente y de que Dani se fuera a la cama, me quedé en el salón revisando facturas y deudas que no podía pagar.

Las ordené por la más urgente a las más absolutamente urgente, lloré un rato contra un cojín lo más silenciosamente que pude y me fui a la cama tan exhausta como me había levantado.

II

Me había prometido a mí mismo que no iba a desayunar cereales aquella mañana, pero allí estaba, metiéndome un tazón enorme entre pecho y espalda en la mesa de la cocina con una cuchara sopera. Llevaba meses diciéndome a mí mismo que aquel no era un desayuno sano, pero todas las mañanas me iba a la cocina y agarraba los cereales como por inercia, y si no había salía a buscarlos.

Eran parte de la rutina y la rutina se había convertido en una compañera que no apreciaba demasiado, pero que había estado a mi lado mucho tiempo y en cierto modo llenaba mi vida.

Quizás habría valido la pena romperla en mil pedazos y ver qué pasaba, pero no estaba preparado o no me importaba lo suficiente, así que de vez en cuando me decía que dejaría de comer aquella porquería por las mañanas, pero cada mañana me llenaba un tazón hasta arriba y me lo comía solo en la cocina, en una mesa demasiado grande para una persona.

Cuando regresé al pueblo natal de mi madre hacía unas semanas y compré la casa en la que vivimos unos años cuando era niño, me sorprendí al encontrar lo distintos que eran la realidad y mis recuerdos. La casa era más antigua, grande y aparatosa de lo que recordaba, y necesitaba muchos pequeños arreglos.

Nada grave, principalmente el jardín, que el antiguo dueño había dejado crecer hasta formar una maraña informe en algunas zonas y morir en otras. La fachada necesitaba una mano de pintura y algunas ventanas refuerzos. Por dentro estaba algo vacía y desangelada, pero cada rincón tenía una memoria esperándome y seguía siendo recia y acogedora.

Además, desde las ventanas de la cocina, del dormitorio principal y del salón se podía ver el mar, y ese era todo el lujo que un hombre como yo necesitaba para vivir. Mientras inspeccionaba las habitaciones me pregunté, como seguía haciendo de cuando en cuando, si no habría cometido una locura.

Pero ya he cometido muchas en la vida y estoy acostumbrado a vivir con la sombra de la duda. ¿Qué clase de hombre abandona una prometedor carrera para convertirse en vigilante de la playa? ¿Quién deja atrás su hogar en la ciudad para rescatar los restos de la casa de su infancia en un pueblo de costa perdido en el mapa sin pensárselo dos veces?

Pues ese soy yo. Y aunque a veces me pregunto qué habría pasado si hubiera tomado decisiones distintas, intento no arrepentirme de las que ya he tomado, así que el día que llegué deshice el poco equipaje que traía y me hundí en la misma rutina que tenía en la ciudad. No había dejado nada importante atrás.

Y allí estaba casi un mes después, terminándome el desayuno y preparándome para salir a correr, como todos los días, justo cuando el sol comenzaba a despuntar.

Salí por el garaje, atestado de cacharros que olían a viejo y recuerdos del pasado: una pelota de fútbol mugrienta que yo solía maltratar a lo largo y ancho del jardín, varias latas de gasolina y algunas de pintura medio vacías, bultos bajo sábanas polvorientas que tendría que inspeccionar y seguramente enviar a la basura, una pila de los volúmenes de una enciclopedia que llevaban décadas desfasadas... Gruñí y estiré los músculos antes de salir a la calle. Respiré hondo. El olor a sal me llenó de vida. Empecé a correr suavemente con los ojos en el horizonte azul.

En las pocas semanas que llevaba aquí me había sorprendido la cantidad de gente que había a aquellas horas en la calle los fines de semana, aunque el ambiente era mucho más silencioso y limpio.

Era la clase de cosas que un niño no percibía, la clase de cosas que no recordaba de aquel

lugar y de los años que había vivido allí antes de que mis padres se separaran y mi madre me enviara a la ciudad a la estudiar, esperando que me labrara un futuro mejor que el suyo.

No podía sentir rencor hacia ella, que había intentado darme lo mejor, pero mi futuro no había sido mejor. Había sido miserable estudiando cosas que aborrecía mientras ella me ocultaba primero que había perdido la casa, y luego que su salud estaba deteriorándose a pasos agigantados.

Cuando me enteré de todo apenas tuve unas semanas para estar con ella antes de que me dejara solo y rabioso por no haberme dado cuenta antes de la situación. Y con la rabia llegó una especie de liberación autodestructiva que había destrozado todas mis amistades y todas mis relaciones, todos mis contratos laborales, mis exámenes.

Se quedó sola todos esos años para darme una vida mejor y lo tiré todo por la borda en cuanto ella murió, cegado por la culpa. Es una oscuridad que me engulló y aún me hunde en la incertidumbre, una oscuridad que sólo el mar me calma. Pero no hay mal que por bien no venga, supongo. La rabia es tan buen combustible como cualquier otro, y arde con el doble de fuerza. Diez kilómetros al día cada mañana, para empezar.

Y a través de toda esa rabia, mientras aún trabajaba en la gran ciudad como socorrista, tras haberlo abandonado todo, llegó la gran sorpresa: la muerte de mi padre, al que no veía desde que hacía años se había marchado para establecerse con su nueva mujer.

Una muerte de la que jamás me habría enterado si no se me hubiese notificado que era el único heredero de sus bienes. Pensé en rechazar el dinero, asqueado de recibir dinero de un hombre que jamás se había preocupado de mí como hijo, pero decidí hacer algo mejor.

Usarlo para reconstruir lo que su indiferencia había destruido: el antiguo hogar de mi madre, donde fui feliz, aprendí a amar el mar y a valorar los sacrificios de mi madre para darme todo lo mejor siempre que le era posible.

Pensando en el pasado hice mi recorrido habitual, que había trazado cuidadosamente para que se acercara a los diez kilómetros y empezara y acabara en el mismo lateral de la casa.

No estaba preparado para acercarme al otro lado aún, donde el antiguo negocio de mi madre seguía en pie, ahora con otro dueño pero con el mismo nombre y el mismo aspecto que recordaba, una pequeña floristería. Pasaba tan lejos como podía.

Era tan sólo una imagen de apenas unos segundos en la que intentaba no fijarme antes de girar y acercarme al garaje para subir a la casa y darme una ducha antes de bajar a la playa. Pero aquella mañana fue diferente. Aquella mañana había un niño delante del escaparate recortando las hojas de las flores que estaban expuestas junto a la entrada.

Me detuve, sudoroso y jadeante de la carrera, con el ceño fruncido. Era como si el pasado me hubiese golpeado de repente. Aquel niño podría haber sido yo.

Había pasado horas y horas en aquella floristería, ayudando a mi madre con el trabajo, llenándome las manos de espinas, arrastrando una caja amarilla que había sido de semillas de un lado para otro para subirme y alcanzar las zonas más altas de las estanterías del almacén.

Sin pensar en lo que estaba haciendo crucé la calle y me acerqué. De cerca no se parecía demasiado a mí. Yo había sido un niño alto y enclenque, y aquel niño tenía las formas rechonchas de los que se pasan hasta la adolescencia con aspecto de ser más pequeños de lo que en realidad son. El aspecto infantil cobraba fuerza gracias a los espesos rizos negros y la mirada viva que me dirigió en cuanto me acerqué:

—Aún no estamos abiertos —dijo solemnemente.

—¿Trabajas aquí?

—Sí, soy ayudante.

—¿No eres un poco joven para ser ayudante?

—Sé los nombres de todas las flores —dijo él, ofendido.

—Bueno, en ese caso... ¿Puedo pasar y hablar con tu superior?

Él pareció pensárselo un momento antes de asentir y entrar. En su expresión pude ver que le había gustado aquello del superior. Le seguí, echando un vistazo alrededor.

Estaba tal y como la recordaba. Habían hecho pequeños cambios, pero apenas se notaba que había cambiado de dueño. Incluso el mostrador era el mismo que el de hacía tantos años, un armatoste de madera maciza imposible de mover cómodamente, aunque lo habían pintado y barnizado.

Había algunas plantas con las que mi madre no había comerciado nunca: un par de pequeños bonsáis y macetas de bambú, que por aquel entonces no eran tan populares. Semillas y herramientas de jardinería por doquier: el pueblo aún estaba lleno de gente que se ocupaba de sus propios jardines con orgullo.

Una floristería pequeña pero llena de encanto y variedad, tal y como la recordaba. Detrás del mostrador había una mujer atándose un delantal negro. El cabello rubio y fino, recogido con prisas, se le escapaba y caía sobre el cuello. Tenía pinta de llevar una mala semana, pero en sus ojos azules brillaba la misma mirada viva que en los del niño.

—Mamá, un señor quiere hablar contigo —anunció el joven ayudante antes de desaparecer hacia la trastienda.

Ella se volvió hacia mí y me miró con sorpresa. Se sonrojó y se recogió el pelo de prisa, apartándose los mechones rebeldes del cuello:

—Oh, es usted.

—¿Nos conocemos?

—No... bueno, me llamo Silvia, trabajo en la tienda donde compra sus cereales... y otras cosas, claro. Nos vimos hace unos días por última vez, yo estaba en la caja ese día... —dijo torpemente.

La verdad es que no la recordaba. La compra era una de esas cosas que hacía de forma mecánica, que formaba parte de mi rutina diaria y ejecutaba sin pensar. Hacía un par de compras sustanciosas al mes y luego sobrevivía a base de arroz, filetes y sopas de sobre.

Aunque hubiera llevado meses atendiéndome, estaba seguro de que no la habría reconocido. Ella parecía algo avergonzada y me sentí mal por no recordarla, cambiando de tema para que dejara de parecer una colegiala azorada:

—Ah... —murmuré, lo que podía haber significado cualquier cosa, y esperé que se lo tomara como que la había recordado—. ¿Trabajas aquí también?

—Sólo los fines de semana. No es mucho, pero llevo muchos años haciéndolo. Es un buen trabajo y un dinero extra —dijo con un tono alegre que chocaba con su apariencia abatida. Parecía que no había dormido bien y la tensión en sus hombros hablaba de nervios y estrés.

—¿Muchos años? —pregunté observándola con curiosidad.

Ahora que me fijaba en ella había algo familiar en su rostro, aunque no podía precisar qué. Estaba seguro de que no nos habíamos visto antes. Sin contar, claro, las veces que me había atendido como cliente. Pero era algo más. Algo familiar que no conseguía definir.

—Desde que era una cría, prácticamente.

—¿Antes de que cambiara de dueño?

Ella dejó escapar una pequeña sonrisa:

—Pues sí, ya trabajaba aquí con la anterior dueña. Pensaba que eras de fuera.

—Hace mucho que no vengo por aquí —dije secamente—. Soy el hijo de Ana, estoy viviendo

en aquí al lado.

—¿Eres Juan? —Su rostro se iluminó, lleno de sorpresa, y noté cómo sus ojos recorrían mi rostro buscando vestigios de los rasgos que había conocido en mi madre—. ¡No puedo creerlo! Ana me hablaba muchísimo de ti. Hace mucho que no sé nada de ella, desde que vendió la floristería y se fue del pueblo.

—Falleció.

Era consciente de lo tajante que sonaba, pero no podía evitarlo. De repente quería salir de allí y volver a mi rutina asfixiante pero conocida. Sentí sus dedos delgados sobre mi brazo: estaban helados y apenas apretaron un instante mientras me decía:

—Lo siento mucho.

Desde que mi madre había muerto había recibido un sinfín de pésames, la mayoría adornados con palabras que la gente creía que me harían sentir mejor: hombre y mujeres que apenas la conocían y me decían lo maravillosa que había sido y lo mucho que la echarían de menos, el colmo de los rituales sociales huecos.

Yo me había acostumbrado a recibir aquellas palabras vacías con frialdad, porque sabía que muchos pensaban que eran necesarias, que me hacían un favor pronunciándolas. Y sin embargo, en aquel simple ‘lo siento’ encontré más sentimiento que en todos ellos.

Sin artificio y sin palabras superficiales, dándome un pequeño apretón en el brazo con aquella mano pequeña y fría, que parecía tan falta de energía como el resto de su persona, pero que aún así estaba dispuesta a intentar transmitirme algo de calor y sinceridad.

—Gracias —dije, y me sorprendí respetándola más de lo que había respetado a un desconocido en mucho tiempo.

—Aún no hemos abierto, pero dime lo que necesitas.

—No, no, en realidad sólo me he acercado a ver si la tienda seguía como la recordaba. Siento la molestia.

—Pásate cuando quieras, no es ninguna molestia —dijo con aquella sonrisa cálida pero cansada, como el eco de una más brillante-, ha sido un placer conocerte.

Asentí y me despedí con un gesto vago y un intento de sonrisa cordial que no llegó a suceder, y salí de la floristería con paso brusco. Normalmente a aquella hora ya había terminado de ducharme y estaba de camino a la playa. Podía sentir la grieta en la rutina como una cicatriz y aligeré el paso.

Mi madre había comprado el local de la floristería prácticamente pegado a la casa, por lo que en apenas dos minutos estaba en mi habitación arrancándome la ropa como si me estuviera deshaciendo de aquellos minutos extraños que se habían colado en mi mañana.

Cuando me metí en la ducha pensé que no era para tanto. Había salido a correr, estaba en la ducha y en un momento iría a la playa, como siempre. Pero en el fondo sabía que me costaría olvidar aquellos escasos minutos que había pasado en la floristería.

Mientras el agua caliente caía sobre mi piel no podía dejar de pensar en los ojos sinceros de aquella mujer mientras tocaba mi brazo apenas un instante, gélida, en aquella habitación que siempre olía demasiado dulce, a flores recién cortadas.

No podía dejar de pensar en sus dos trabajos y en el niño que ponía flores en el escaparate, y en qué era aquello que me resultaba tan familiar en la cara de su madre. Porque aquella sería su madre, ¿verdad? Respiré hondo. ¿Qué más daba? No iba a volver a la floristería.

En apenas unos minutos salí de la ducha, me sequé y me vestí para ir a playa, y todo desapareció de mi mente tan pronto como crucé el umbral de la puerta. Tan sólo quedamos el mar y yo, y cada nervio de mi cuerpo despierto y alerta.

III

Sí, aquella semana había un día de fiesta. Sí, obviamente Dani quería salir de casa. Y sí, Lena se había ofrecido a llevarse a Dani para que yo descansara. Nada me apetecía más que dormir el día entero. Nada excepto pasar el día entero con Dani, un lujo que rara vez podía permitirme. Y sabía que no iba a dormir bien de todos modos. Probablemente.

Vale, sí, echaba un poquito de menos la posibilidad de intentar pegarme una siesta de diez horas, pero sólo un poquito. Lo cierto es que cuando Dani me despertó aquella mañana lanzándose en plancha en mi cama y me di cuenta de que no tenía que llevarlo al colegio ni desayunar a toda prisa para ir al trabajo, suspiré con una sonrisa.

Me sentía tan satisfecha con aquel día que decidí tomarme un descanso en la lucha contra las facturas. Llevaba toda la semana ideando formas de ponerme al día con los pagos, dedicándole al asunto todo el tiempo que podía cuando Dani estaba en su cuarto haciendo los deberes o dormido.

Había intentado llamar a mi ex varias veces más, pero sin demasiado éxito. Pero aquel día iba a ser un día de descanso. Aunque no pudiera echarme la siesta que tanto necesitaba, al menos iba a darle a mi mente un respiro. Mañana habría tiempo de seguir recorriendo aquel laberinto sin salida en el que se había convertido mi vida.

Desayuné con Dani y dejé que subiera su dinosaurio favorito a la mesa, y a dos voces (el dinosaurio colaboró, claro) me contó todas las historias del colegio que no había podido contarme hasta ahora.

Había una sospechosa cantidad de bicicletas en muchas de las historias y me di cuenta de que el problema era que casi todos sus amigos tenían una, y como el pueblo era pequeño y apenas tenía tráfico, no era extraño que los niños salieran a jugar desde pequeños, y muchos ya estaban haciendo sus pinitos con las bicis.

Aquel interés repentino había sido fruto de sentirse, digamos, fuera de la manada. Deseé poder comprarle una bicicleta de inmediato, pero en vez de eso le pregunté qué quería hacer. Mi hijo y su dinosaurio tuvieron un breve cónclave y decidieron que íbamos a pasar el día en la playa.

Sinceramente, para haberle dado rienda suelta a un niño de ocho años podría haber sido mucho peor. Afortunadamente aún estaba en la edad en la que la playa era toda una aventura, sobre todo teniendo en cuenta que aunque la teníamos al lado pocas veces podía llevarle yo misma.

Antes de salir, y por petición de Dani, tuvimos que llamar al tito Lucas para invitarle, un gesto bastante considerado teniendo en cuenta que seguramente mi hermano le había llevado a la playa bastantes más veces que yo. Lucas me dijo que seguía ocupado y le prometió a Dani que la próxima vez nos acompañaría sin falta.

Y así fue como acabamos preparándonos para un día de playa, en mi caso el primero desde hacía mucho, mucho tiempo. Más del que calculé al principio, y no me di cuenta hasta que me metí en mi bañador favorito y me miré al espejo. Todas las curvas suaves que recordaba en mi reflejo se habían esfumado.

Mi ritmo de vida y el estrés no sólo estaban devorándome el sueño, sino que me habían dejado en los huesos. Suspiré y me alejé del espejo. Sinceramente, aunque me resultaba algo amargo, era la menor de mis preocupaciones.

Otro momento en el que me di cuenta de lo mucho que las cosas habían cambiado hasta en los detalles más ridículos fue cuando me acerqué a la estantería para coger una de las muchas novelas que tenía sin empezar. Había sido una ávida lectora cuando era joven, pero en los últimos años no

había empezado ninguno de los libros que había comprado, hasta que había dejado de ir a la librería.

Mientras intentaba decidir cuál llevarme me di cuenta de que, fuera cual fuera, nunca lo terminaría. Acabé rebuscando entre la pila de revistas viejas del salón hasta que encontré una de pasatiempos para cuando mi hijo cayera rendido al lado de la toalla.

Llegamos a la playa poco antes de mediodía. El sol pegaba con fuerza y corría una brisa fresca perfecta, pero aún se podía disfrutar de la falta de turistas: apenas había algunas sombrillas aquí y allí, algunos niños bañándose y la pareja ocasional paseando cerca de la orilla.

Después de retener a Dani el tiempo suficiente para embadurnarlo en protección solar, intenté seguirle el ritmo tanto tiempo como me fue posible y disfruté de su energía y su sonrisa, que tanto me hacían falta.

Pero después de un par de horas tuve que pedir tiempo muerto y tirarme yo en la toalla con los pasatiempos mientras le vigilaba y me acercaba de vez en cuando a recordarle la retahíla entera de reglas que mi madre me recitaba a mí y que tan poco me gustaban cuando era niña: no te alejes de mí, no nades hacia el fondo, ten cuidado si no haces pie... Al final es inevitable, te sale solo.

Estaba mordisqueando el lápiz y planteándome recoger las cosas y volver a casa (incluso Dani había empezado a aminorar la marcha y se había tirado a la arena a construir un castillo), cuando miré por encima de la revista y le vi. Allí estaba otra vez, caminando lentamente junto a la orilla, el hombre misterioso.

Aunque claro, ya no era tan misterioso. Juan, que había aparecido de repente el fin de semana en mi otro trabajo, sudoroso y despeinado, para presentarse y marcharse sin más.

Me había dado la sensación de que estaba tan confuso como yo con aquella repentina visita, pero al menos me había quedado claro que no me recordaba del supermercado (aunque había intentado disimularlo), así que a lo mejor no había hecho el ridículo tanto como había creído con aquella sugerencia de la bandeja de verduras.

Había parecido algo más cercano el fin de semana, pero la forma en la que se había ido, con los músculos tensos y zancadas largas, me hacía sospechar que todavía había algo de él que no comprendía y que le mantenía alejado del resto de la gente.

En cualquier caso no quería ponerle en un compromiso y fingí que no le había visto, aunque no tardé en bajar la revista unos centímetros para asomarme. Llamémoslo curiosidad, o llamémoslo que cuando pasé la mirada por los músculos bronceados de su espalda sentí una tirantez en el estómago que hacía muchos años que no sentía.

Aunque no tuve mucho tiempo de disfrutarlo, porque en ese preciso instante vi a Dani acercarse a él con una enorme sonrisa y de repente una revista de pasatiempos no era lo bastante grande para esconderse.

Los vi hablar un momento, Dani señaló hacia mí y Juan se volvió para mirarme. Sonreí débilmente y me acordé de lo mal que me quedaba el bañador y de todas aquellas maravillosas curvas que había perdido en los últimos años. Me levanté mientras Dani corría hacia mí y Juan le seguía con paso lento y seguro. Mi hijo se lanzó contra mí, abrazándome la cintura:

—¿Podemos ver el puesto de los vigilantes de la playa, mamá? ¿Por favor, por favor?

Juan se acercó, sonriendo fugazmente por primera vez desde que le conocía. Tal y como sospechaba, tenía una sonrisa preciosa que desapareció demasiado deprisa.

—¿De qué va todo esto? —pregunté nerviosamente, intentando ocultar con una sonrisa que aquel encuentro se me estaba yendo de las manos, y eso que acababa de empezar.

—Lo siento, ha sido mi culpa —dijo Juan levantando la mano y enseñándome la camiseta que llevaba cogida, con los colores y el título de vigilante.

—¡Es vigilante y salva gente, mamá! —dijo Dani lleno de excitación. Estaba en esa época en la que los bomberos y los policías eran superhéroes para él, y sospechaba que los socorristas acababan de entrar en la lista.

—En realidad no empiezo hasta el mes que viene, cuando haya más movimiento —dijo Juan-, pero me gusta venir a diario y familiarizarme con mis compañeros y con el sitio.

Había algo distinto en la forma en la que se movía allí, en cómo miraba hacia el mar de vez en cuando, de forma casi casual pero llena de atención. Todo su cuerpo estaba alerta, muy diferente al aspecto solitario y huidizo con que le había relacionado hasta entonces.

—¿Podemos ir, mamá? ¿Podemos ir con los vigilantes?

—Eh... —miré a Juan, sin saber muy bien qué decir. ¿Le había ofrecido a mi hijo una visita guiada o era aquello una emboscada de mi pequeño estafador para ponerle en un aprieto?

—En realidad no trabajo allí aún —dijo él mirando a Dani-, pero si a tu madre le parece bien, te lo puedo enseñar cuando vengas el mes que viene.

—Sí, claro que sí —dije rápidamente. No se me ocurrían muchos sitios más seguros que el puesto de los vigilantes y quería darle a Dani aquella garantía antes de que su entusiasmo se desinflara demasiado—. Si no es molestia, por supuesto.

—Para nada, el puesto no está cerrado al público —dijo él. Todavía no sonreía abiertamente, pero parecía más relajado y los pequeños cambios en su rostro me llenaron de satisfacción. Me habría encantado saber más de él para intentar arrancarle una sonrisa y aliviar la carga que siempre parecía llevar consigo, pero me contenté con aquel diminuto progreso.

—¿Y me podré sentar en la silla alta de vigía? —preguntó Dani.

—Buscaremos la forma —prometió él poniéndose la camiseta—. No te dan miedo las alturas, ¿verdad?

Mi hijo prometió por activa y por pasiva que era demasiado valiente para tenerle miedo a las alturas. Hacía tiempo que no le veía tan entusiasmado. Aunque era un chico educado y carecía de la timidez que tenían muchos niños de su edad, pocas veces le había visto entablar amistad con un adulto tan deprisa.

Ni siquiera se despegó de él cuando le insinué que era hora de volver a casa, así que dejé que mi hijo cosiera a Juan a preguntas sobre la heroica vida del socorrista mientras yo recogía toda la parafernalia que conllevaba un día en la playa.

Y aunque Dani es normalmente obediente, estaba tan emocionado oyendo historias de lanchas, rescates y entrenamientos que cuando le dije que todo estaba listo y era hora de irse y darle un descanso a su nuevo amigo, mi hijo me miró con cara de cordero degollado y se quejó, rogando diez minutos más.

Yo miré a Juan con una sonrisita que estaba entre la disculpa y la vergüenza. Él no me devolvió la sonrisa, pero miró un momento hacia la orilla y dijo con aquella mirada seria y solemne a la que estaba empezando a acostumbrarme:

—Yo también estaba pensando en volver ya. ¿Puedo acompañaros hasta casa?

Aunque sabía que lo hacía por Dani, lo dije mirándome a mí, pidiendo permiso con una delicadeza que no esperaba. Me aclaré la garganta, sintiéndome como aquel día que le atendí en el trabajo y rogando que aquel calor en las mejillas no fuera demasiado evidente.

—Si no es molestia... —dije poniendo una mano en el pelo de Dani y dándole un toquecito cariñoso—. Pero después tienes que dejar que Juan se vaya sin pedir nada más, ¿eh?

Dani asintió y sentí que daba varios saltitos emocionados. La verdad es que yo estaba cerca de darlos también, pero el placer de la compañía de Juan venía acompañado por una buena dosis de nervios y timidez.

Al final emprendimos juntos el camino, Dani apenas conteniendo la emoción, yo aferrada discretamente a mi revista de pasatiempos e intentando no mirarle demasiado, y Juan serio pero atento, respondiendo el aluvión de preguntas con una paciencia celestial con su camiseta oficial de vigilante.

—¿Cuánto tiempo tienes que estudiar para ser socorrista? —preguntó Dani con los ojos muy abiertos—. ¿Puedo hacerlo yo?

—Antes tienes que crecer y ponerte en forma —dijo Juan. Aunque su expresión seguía siendo seria, había cierta suavidad en sus palabras—. Hacer caso a tu profesor de educación física y tomártelo en serio.

—¿Y cuando ya no tenga profesor, como tú? —dijo mi hijo, el detective.

—Entonces puedes salir a correr, nadar...

—¿Y también ir en bici? —preguntó ansiosamente, y a mí se me encogió el estómago.

Mientras caminábamos me di cuenta de que de vez en cuando un rostro conocido se volvía hacia nosotros un momento. Conociendo la vida del pueblo como la conocía empecé a sospechar que en un par de días habría rumores bastante fantasiosos. Pero era inevitable. Desaparecerían después de unos días del mismo modo que habían surgido.

—Claro que sí. Puedes darte una vuelta con la bicicleta de vez en cuando para empezar.

—Todavía no tengo, pero pediré una en navidad.

—En navidad, ¿eh? —dijo Juan lanzándome una mirada fugaz e indescifrable. Se metió las manos en los bolsillos del bañador—. Aún queda bastante para navidad. Mientras tanto hay una bici en mi garaje, más para alguien de tu tamaño que para el mío. Está bastante usada, pero podrías tenerla hasta que tengas una nueva...

Dani no se atrevió a responder. Se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos y a mí se me rompió el corazón por lo que iba a decirle a Juan:

—Lo siento, no podemos aceptar un regalo así —dije mirando como Dani suspiraba en silencio.

No puso cara de estar disgustado, sino que sencillamente bajó la mirada, como si hubiera sabido que aquella oferta no iba a ninguna parte. Quizás era demasiado estricta con respecto a aquel asunto, pero no estaba dispuesta a aceptar caridad de los demás, sobre todo de un hombre que prácticamente acababa de conocer, aunque llevara muchos años sabiendo de su existencia.

No quería que Dani dependiera de los regalos de otros, que le vieran como a un joven sin recursos. Dani tendría su bicicleta nueva por navidad, sin necesidad de tener que endeudarse con extraños, por muy bienintencionados que fueran.

Juan me miró un segundo en silencio. Apenas dudó un instante antes de decir con aquella voz profunda y calmada:

—Ah, lo siento, creo que no me he explicado bien. No pretendo dársela como regalo. El jardín de mi casa necesita una reforma completa y he oído que Dani es un gran asistente de jardinería, que sabe los nombres de todas las flores, ¿no es así? Estoy ofreciéndole la bicicleta en pago por ayudarme a arreglarlo.

Yo le devolví la mirada. Ahora ya no cabía duda de que Juan había ofrecido aquella bici porque sospechaba que yo no podía permitirme comprar una, y seguro que había notado mi reticencia a aceptar la generosidad ajena.

Pero a la vez no podía objetar a aquella lógica que le enseñaría a Dani que las cosas que se desean cuestan esfuerzo. Juan me tenía bien pillada y no pude evitar agradecer, en el fondo de mi corazón, que hubiese encontrado la forma de presentar aquel asunto como si Dani le estuviera haciendo un favor a él.

—¿Puedo, mamá? —preguntó mi hijo, débilmente pero con los ojos llenos de esperanza al darse cuenta de que no rechazaba la oferta de inmediato.

—Podemos hacerlo el fin de semana, cuando tengas tiempo después del trabajo. O puedes dejar a Dani conmigo mientras trabajas en la floristería. Puedes ver mi jardín desde allí, lo tendrás vigilado todo el tiempo —propuso Juan con tono neutral.

—Está bien —dije por fin. Y añadí quedamente —Muchas gracias, Juan.

Dani saltó, correteó y le dio las gracias mil veces, con los ojos brillantes de emoción. Estaba avergonzada de que Juan se hubiera dado cuenta de lo precaria que era mi situación económica, pero quizás no había sido tan malo. Ver a Dani feliz era lo más importante. El resto, mi vergüenza incluida, era secundario.

IV

—¿Nada más?

Negué con la cabeza mientras la cajera me cobraba la caja de helados con aire hostil. ¿La había visto antes? Me daba la sensación de que me acordaría de aquel pelo negro tan largo y el rostro pálido y arrogante, pero no había recordado a Silvia, que tenía unos rasgos igual de distintivos, aunque mucho más agradables.

Desde que la había conocido intentaba fijarme un poco más en la gente que me atendía cuando entraba en una tienda, aunque en aquel pueblo no había demasiada variedad y siempre acababa viendo las mismas caras. Aquella chica era una novedad y esperaba no encontrarla demasiado a menudo. A juzgar por la forma en la que casi me tiró el cambio, el sentimiento era mutuo.

Mientras llegaba a casa y metía los helados en el congelador me cuestioné si aquella oferta que le había hecho al hijo de Silvia había sido una buena idea. No había podido evitarlo. Lo había dicho sin pensar, sabiendo que podía hacerle feliz con aquella bici vieja del garaje que nadie iba a usar.

No acostumbraba a hacer las cosas sin pensar y me había arrepentido enseguida, pensando que podría ofender a su madre. Después de todo, yo era prácticamente un desconocido y acababa de intentar hacerle un regalo a su hijo sin consultarle primero.

Pero la cosa iba por otro lado. El rechazo parecía más una cuestión de orgullo que de confianza. Y aunque acababa de arrepentirme de abrir la boca sin pensar antes, lo volví a hacer como un idiota y le ofrecí la bici a cambio de ayudarme con el jardín.

Quería hacer feliz a aquel niño que tanto me recordaba a mí, y por alguna razón también quería hacer feliz a su madre. Había algo en ella, algo que todavía seguía dándome vueltas en la mente y que no conseguía precisar, que me despertaba los sentidos cuando estaba a su lado.

Pero no era el momento de pensar en aquello. Era el momento de preguntarme cómo demonios iba a pasar varias horas entreteniéndolo a un crío de... ¿cuántos años? Hacía siglos que no trataba con niños. Sabía lo necesario para calmarlos después de un rescate, pero no tenía ni idea de cómo tenerlos en casa.

¿Qué hacía un niño de esa edad? ¿De qué se le hablaba? Suspiré y miré el reloj. Tenía algo menos de media hora hasta que su tío lo trajera. Bajé al jardín para idear un plan de trabajo.

Iba a hacerlo yo casi todo, claro, aunque no estaría mal tener a alguien por allí mientras tanto. Había mucho que hacer y era un trabajo tedioso: arrancar setos muertos y plantar otros nuevos, podar los que pudieran salvarse, cortar el césped, barrer hojas muertas...

Nada más salir al jardín, casi sin querer, miré sobre la verja hacia la floristería. Silvia debía haber estado pendiente de cualquier movimiento, porque enseguida la vi saludándome con la mano. Le devolví el gesto, lo cual sólo me llenó de más inquietud.

En serio, ¿qué hacían los niños pequeños por las tardes? ¿Hablar de... dibujitos? ¿De fútbol? Supuse que en el peor de los casos, si le veía muy aburrido, podría hablarle de la vida de socorrista, que parecía haberle entusiasmado cuando nos encontramos en la playa hacía unos días.

Barrí con el pie un puñado de hojas secas, que crujieron patéticamente. Quién coño me mandaría a mí meterme en esos líos. Pero era tarde para echarse atrás y quería darle aquella bicicleta, así que pasé el poco tiempo que me quedaba rebuscando herramientas de jardinería en el garaje y asegurándome de que la bici estaba en tan buen estado como recordaba haberla visto la última vez que había ido a investigar lo que se escondía bajo todas aquellas sábanas viejas.

Mi ayudante llegó diez minutos antes de lo previsto. Su tío era más joven de lo que había esperado, un chico que parecía recién llegado a la veintena, espigado y de rasgos delicados como los de su hermana.

Llevaba el pelo teñido de un estridente color azul, unas gafas de sol, unos vaqueros y una camiseta negra con un dibujo de una rana pinchando discos, lo que le daba todavía más aspecto de jovencito.

Cuando abrí la verja del jardín para recibirles me tendió la mano con una sonrisa afable, pero no tardó en dejar caer casualmente que vivía muy cerca y tenía una vista excelente de mi jardín desde su salón.

Me resultaba casi cómico que aquel crío estuviera intentado intimidarme, pero en el fondo admiraba su instinto protector. Yo entendía aquel instinto muy bien y estreché su mano con fuerza, diciéndole que lo entendía perfectamente y que no tenía nada de qué preocuparse.

Y al parecer yo tampoco tenía que preocuparme, porque en cuanto su tío se marchó me quedó claro que Dani no tenía los mismos problemas que yo para imaginar cómo íbamos a pasar el tiempo. Para empezar me pidió que le enseñara la bicicleta, lo que nos tuvo entretenidos un buen rato.

A pesar de ser muy, muy antigua y mostrar señales de haber sido usada, la bicicleta le fascinó. Se pasó más tiempo del que yo había creído posible admirando cada esquina, cerrando los puños sobre los manillares y tocando el timbre con una alegría apenas contenida. Por fin se volvió hacia mí, serio:

—¿Cuál va a ser mi trabajo? —preguntó con solemnidad. Estaba claro que pensaba esforzarse al máximo para llevarse aquella vieja bicicleta a casa y estuve a punto de dejar escapar una sonrisa.

—Vamos a empezar por barrer las hojas secas y luego ya veremos.

Al final, como tenía previsto, yo hice la mayor parte del trabajo. Dani le ponía voluntad, pero todavía tenía las manos pálidas y regordetas de los niños que prefieren jugar tranquilos en casa y temía darle más tarea de la que pudiese desempeñar.

Cuando llegaba la hora de arrancar setos muertos o cargar herramientas pesadas le preguntaba a Dani qué clase de plantas podrían ponerse en el jardín para mantenerlo distraído y que sintiera que estaba colaborando en el proyecto.

No había mentido aquel día ante el escaparate de la floristería: Dani conocía bien el mundo de las plantas, mucho más de lo que había esperado de un niño tan pequeño. Una vez más volvió a recordarme a mí mismo a su edad mientras parloteaba sobre las mejores plantas para mi jardín, esforzándose por considerar la temperatura y el espacio como un pequeño profesional.

Yo de vez en cuando miraba sobre la verja y le hacía un gesto a Silvia para que supiera que todo iba bien. Ella estaba atenta y siempre me devolvía el gesto y una sonrisa cansada. Cada vez que la veía parecía más exhausta y frágil, sobre todo con aquel delantal negro que se ceñía a su cuerpo delgado y que contrastaba fuertemente con su cabello rubio recogido de forma desordenada y su piel pálida.

Cuando no quedaba mucho para la hora de cierre de la floristería decidí que la sesión diaria de restauración ya podía acabar. Dani sonrió de oreja a oreja y me dijo que ni siquiera estaba cansado, aunque los dos estábamos sudando de pasar la tarde bajo el sol.

—Todavía tenemos tiempo hasta que venga mamá —dijo él, voluntarioso.

—¿Por qué no nos sentamos un rato? También es importante descansar después del trabajo duro —respondí yo.

Apenas podía creer que aquellas palabras hubieran salido de mi boca, después de llevar años

sin querer dejar de trabajar ni un instante para mantener la mente ocupada.

Quizás esa era una de las razones por la que tanta gente disfruta alrededor de los niños, que encuentras partes de ti mismo, partes responsables y calmadas, en las que nunca se te ocurriría pensar si estuvieras solo—. ¿Quieres un helado mientras la esperamos?

Dani aceptó de inmediato y me siguió hasta la cocina para curiosear. Esa era otra cosa única de estar con un crío: que hacía más o menos lo que le daba la gana a no ser que se lo prohibieras tajantemente.

Lejos de la cuidadosa amabilidad de los adultos, Dani no escondía su curiosidad y me di cuenta de que no me importaba en absoluto que se portara como si la casa fuera suya, asomándose a mi nevera y arrugando la nariz cuando la abrí. Al final volvimos al jardín para sentarnos en los escalones que subían hasta la puerta, cada uno con un helado en la mano.

—Tengo que decir que estoy bastante impresionado. No sabía si creerte cuando me dijiste que sabías los nombres de todas las plantas, pero ahora veo que eres todo un experto.

Él pareció hincharse de orgullo antes de decir:

—Tengo una planta carnívora en mi cuarto. Son muy difíciles de cuidar.

—¿Esas son tus favoritas?

—Me gustan muchas —dijo chupándose un dedo sobre el que estaba goteando el helado, y sin inmutarse ni un ápice añadió—. Algunos niños en el colegio dicen que eso es de maricas, pero me da igual.

Tuve que echarme a reír, por primera vez en mucho tiempo:

—Te da igual, ¿eh? Es una buena filosofía.

—Sí, porque mi tito Lucas me dijo que él era marica, así que no me importa que me lo digan. Mi tito es el mejor, tiene una estantería llena de cómics y me compró un traje de Spiderman.

—Eso está bien... pero si se meten mucho contigo, tienes que decírselo a un profesor. Seguramente están celosos, porque ya eres un todo un hombre, ayudando a tu madre en el trabajo, ¿eh?

—Hmm... —murmuró pensativo, repentinamente silencioso.

—Mamá trabaja mucho, ¿no?

—Sí —dijo, cauto—. Es porque papá ya no está en casa.

Me di cuenta de que había tocado un tema delicado e intenté distraerlo rápidamente:

—Bueno, ¿qué piensas hacer con tu bicicleta nueva?

La táctica funcionó a las mil maravillas. Dani se animó de inmediato, parlotando sobre todos los sitios a los que quería ir con su bicicleta. Yo, sin embargo, no podía parar de pensar en Silvia y su situación, que cada vez se descubría un poco más y sonaba más y más familiar.

Madre soltera, dos trabajos, aquellos ojos cansados... La historia se contaba prácticamente sola y no pude dejar de preguntarme hasta qué punto estaría Silvia en aquel punto de desesperación y fuerza de voluntad que tanto había sentido en mi madre cuando era pequeño.

Dani parecía haberse olvidado pronto del asunto, pero estaba claro que al igual que yo, él se había dado cuenta de lo precarias que podían estar las cosas en casa.

Aún seguía sin hablar, tan solo escuchando a mi pequeño asistente de jardinería, cuando oí que alguien le daba una pequeña sacudida a la verja. Me levanté y vi a Silvia llevarse una mano a la boca y encoger los hombros ligeramente. Sonreí y me levanté:

—Ha llegado tu madre, campeón. Vamos a dejarla entrar.

—¡Lo siento! —dijo Silvia al ver que nos acercábamos—. Pensaba que estaba abierta...

—No es nada, pasa a menudo —dije apartándome para dejarla entrar al jardín—. Y desde luego no se va a romper con un toquecito como ese.

Ella arqueó una ceja, reprimiendo una sonrisa:

—Estoy más fuerte de lo que parece, me paso el día levantando cajas.

Levanté las manos con las palmas hacia ella en gesto de rendición y sentí que la sonrisa se me ensanchaba en el rostro:

—No te llevaré la contraria, por si acaso.

Ella me devolvió la sonrisa mientras se agachaba para abrazar a Dani, que se enganchó a ella. Nunca me había fijado en la complicidad que había en su sonrisa, o quizás era la primera vez que sonreía así para mí, pero por primera vez pensé en lo mucho que su rostro cambiaba cuando sonreía. Había una luz en ella que aún luchaba por brillar, debajo de los ojos cansados y los gestos apagados.

—¿Habéis trabajado mucho? —nos preguntó. Dani la cogió de la mano y tiró de ella hacia el garaje.

—¡Sí! ¡Ven a ver mi bici, es roja!

Silvia se dejó arrastrar hacia el garaje y admiró la bicicleta tanto como pedía el entusiasmo de su hijo. Pasó la mano por el manillar y vi que su piel pálida estaba cubierta de pequeños arañazos, la maldición del floristero.

Después de prestar cuidadosa atención a todas las explicaciones de Dani, Silvia dejó que su hijo sacara la bicicleta del garaje y los acompañé hasta la puerta. Mientras Dani esperaba en la acera maltratando el timbre del manillar y los oídos de los vecinos, Silvia se volvió hacia mí y me dijo en voz baja:

—Muchas gracias por todo. Por cuidar de Dani esta tarde, y por la bicicleta...

—No sé a qué te refieres, ha sido una transacción de negocios —dije yo seriamente, en su mismo tono conspiratorio. Eso me ganó otra sonrisa, pero torció la cabeza ligeramente, como pidiéndome que no bromeara:

—De verdad, te lo agradezco de corazón. No va a hablar de otra cosa en todo el fin de semana y seguro que cuida esa bici más que cualquier otra cosa, ahora que siente que se la ha ganado. En serio, no sé cómo darte las gracias.

La miré a los ojos un momento y de repente me di cuenta de por qué había estado días pensando que había algo familiar en ella. No, no nos habíamos conocido antes. No era ningún rasgo de su rostro.

Era el cansancio y la angustia que había en sus ojos incluso cuando sonreía, la mirada de los que necesitan que los arrastren a la orilla. Pero en su sonrisa había fuerza. Apenas me di cuenta de que estaba hablando cuando escuché mi voz:

—No hace falta que me las des. Si necesitas que me quede alguna tarde más con él, este mes no tengo nada que hacer, hasta que empiece con mi trabajo —ofrecí sin pensarlo—. Si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que pedírmelo.

—Oh, no, es decir, eres muy amable, pero...

—Por favor. Si quieres darme las gracias, acuérdate de mí cuando necesites algo, ¿vale?

Ella se sonrojó un poco antes de darme las gracias de nuevo y marcharse, lanzándome una mirada azorada por encima del hombro mientras se alejaba con las manos sobre los hombros de Dani. Yo me quedé junto a la verja, viendo cómo se alejaban y preguntándome cuándo la volvería a ver.

V

—No puedo arreglar esto.

—Venga ya, si me arreglaste la tele.

—La tele es una cosa y esto es otra. ¿Quieres que te inunde la casa? No tengo ni idea de qué tengo que hacer ahí abajo.

Suspiré mientras mi hermano miraba el grifo de mi cocina con aire hostil. Le había llamado cuando el grifo había pasado por fin a mejor vida: era imposible abrir la llave sin que un chorro de agua saliera disparado de la cañería de debajo del fregadero.

Lucas era bastante bueno arreglando cosas y me había ahorrado muchas facturas que no podía permitirme, por eso le había llamado la misma noche que el grifo había decidido rendirse del todo. Aunque tenía que confesar que no había sido el primero en el que había pensado...

Hacía una semana que Juan le había dado su bicicleta a Dani y me había dicho, con rostro serio y una voz profunda que me había hecho temblar las rodillas, que pensara en él si alguna vez necesitaba ayuda. Por supuesto, estaba segura de que lo había dicho por ser educado.

Y aunque hubiese sido completamente sincero, la ayuda que había ofrecido seguramente era más del tipo quedarse a Dani en el jardín un par de horas y menos del tipo arreglarme las cañerías de la cocina. Aún así, en cuanto me di cuenta de que no podía arreglarlo sola, su rostro fue el primero en el que pensé, y en cómo me había sonreído apoyado en la verja con gesto casual.

Me pasé dos días atando trapos alrededor del grifo y la cañería, preguntándome si debía claudicar y llamar a un fontanero mientras les preguntaba a todas mis amigas si conocían a alguien que pudiera hacerme el favor de echarle un vistazo. La idea de llamar a Juan seguía flotando en mi mente, pero me resistía.

Me debatía entre lo mucho que me seducía la idea de verle de nuevo y el miedo que me daba la sensación que empezaba a llenarme cuando pensaba en él. Sabía que lo último que necesitaba era un hombre que me complicara la vida, pero cada vez que pensaba en cómo me había sonreído, cómo empezaba a salir de aquella sobriedad que le rodeaba cuando hablé con él por primera vez, su voz al ofrecerme ayuda, los pensamientos se me nublaban.

Quizás por eso sentí que me ruborizaba en cuanto le vi entrar al supermercado aquella mañana, avergonzada al recordar lo mucho que le había tenido en mis pensamientos. Como estaba en caja, sólo pude reposicionarme en mi silla nerviosamente al verle acercarse. Puso la eterna caja de cereales sobre el mostrador, y la eterna bandeja de filetes de pollo, pero esta vez traía algunas verduras.

—¿Ampliando horizontes? —dije intentando parecer profesional y calmada.

—Por recomendación de una amiga —dijo mirándome con una pequeña sonrisa. Parecía casi tímido al decirlo con aquel mechón de pelo negro cayéndole sobre la frente, lo cual hizo que se me derritiera el corazón, acostumbrada a su aura de fiera determinación y fuerza—. ¿Qué tal va esa bicicleta?

—Muy bien, Dani está encantado. No puedo decir lo mismo de mi hermano. Antes Dani no pedía salir de casa demasiado, ahora está todo el día pidiendo que lo lleve a aprender a montar.

—Dale mis condolencias y mis disculpas cuando lo veas —dijo echándose a reír brevemente.

Gracias a Dios era temprano y no había otros clientes alrededor para ser testigos de la cara de idiota que se me quedó cuando escuché su risa por primera vez. No sólo tenía una risa honesta y contagiosa, sino que pensar que yo la había provocado me causó un cosquilleo en el estómago.

Fue en ese momento de debilidad cuando me miré las manos, avergonzada, y dije impulsivamente:

—Sé que llevas poco tiempo aquí, pero como me comentaste que tu casa necesitaba reformas y eso... no conocerás a nadie que pueda echarle un vistazo a una cañería un poco rebelde que tengo en mi cocina, y darme un presupuesto razonable, ¿verdad?

—Lo siento, yo estoy haciendo casi todas las reformas. No son gran cosa, así que de momento no he tenido que contratar a nadie.

—Ya...

—Si el problema no es muy grave a lo mejor puedo echarle una mano.

—No tienes que molestarte —dije débilmente. Me sentía mal pidiéndole algo así. No quería aprovecharme de su generosidad, y pedir ayuda siempre me había resultado complicado, quizás porque en mi vida había tenido que hacerlo a menudo.

—Ya te lo dije, no me importa echarle una mano cuando lo necesites. Ahora tengo tiempo libre y hay herramientas de sobra en casa para arreglar lo que haga falta si está dentro de mis capacidades.

—Eres muy amable, pero...

—Eh —levanté la mirada y había vuelto la expresión solemne a su rostro, pero era diferente a las de los primeros días; había dulzura en sus ojos—. No tienes que hacerlo todo sola, Silvia.

Volví a mirar hacia abajo para parpadear varias veces, esperando que no se me notara que estaba al borde de las lágrimas. Sí, llevaba demasiado tiempo haciéndolo todo sola.

Pedir ayuda siempre había sido como admitir una derrota para mí, como admitir que había fallado en algo, que no había sabido cuidar de las vidas de mi hijo y la mía con tanta eficacia como quería. Con la excepción de Lucas, todos los gestos ajenos de generosidad me incomodaban.

Me hacían pensar que los demás me veían débil, que no creían que pudiese seguir luchando por Dani sola. Lo peor era que a veces yo también lo creía. Y aunque esos pensamientos sólo me llenaban de fuerza, cada vez era más y más difícil para mi orgullo tomar una mano cuando me la tendían.

No tienes que hacerlo todo sola, me dijo, y aquellas palabras se clavaron directamente en mi pecho, donde más dolía.

—Gracias —dije, rogando que no se me notara la emoción en la voz—. Si pudieras al menos echarle un vistazo te lo agradecería.

—No se hable más —dijo él suavemente—. ¿Cuándo quieres que me pase?

—Llego a casa un poco tarde. Hoy, quizás, que no me toca cerrar. A las nueve debería estar en casa.

—¿Puedo pasarme a las nueve y media?

—Claro, sí, gracias —repetí, abrumada por su caballerosidad simple y directa.

Él asintió con una sonrisa, cogió su bolsa y se marchó. Cuando le vi salir a la calle y pasarse los dedos por el pelo hacia atrás sentí que los míos se crispaban ligeramente, como si mi cuerpo deseara que aquellos dedos fueran los míos. Cerré los ojos y respiré hondo para calmarme, pero una voz aguda retumbó cerca de mi oído:

—¿Qué ha sido eso? —Lena me agarró del hombro y su voz subió un par de octavas—. ¿Qué ha sido eso?

Suspiré. Aquello sí que no había manera de esquivarlo.

Me pasé el día escuchando los gritos excitados de Lena, que cada vez que podía se acercaba a la caja a sacarme más detalles sobre mi amistad con Juan. Amelia se pasaba de vez en cuando para recordarle que sus mugidos podían oírse por toda la tienda, palabras textuales.

Yo intenté quitarle hierro al asunto, diciéndole que apenas habían sido unos encuentros

fortuitos. Omití que le había regalado una bicicleta a mi hijo y que cada vez que le veía el corazón me latía en el pecho con una fuerza que en los últimos años casi había olvidado.

Si hubiera dado más detalles Lena no me habría dejado salir de la tienda hasta hacerme firmar por triplicado un recuento completo de todas las conversaciones que había tenido con Juan en los últimos días.

Juan llegó con diez minutos de retraso que yo me pasé escondiendo facturas y lamentándome de no tener tiempo para adecentar el piso. Desgraciadamente hay un límite de orden para las casas en las que viven niños de ocho años.

Por mucho que insistas en que recoja sus juguetes siempre encuentras cosas fuera de lugar y los objetos más insólitos aparecen donde menos te los esperas. En vez de eso decidí adecentarme yo, dándome una ducha rápida y cambiándome de ropa. Dani ya estaba en su cama medio dormido cuando fui a darle un beso de buenas noches.

Cuando abrí la puerta Juan me lanzó una breve sonrisa y levantó un poco la caja de herramientas que traía en la mano.

Llevaba unos vaqueros y la camiseta blanca de manga corta que le había visto aquel primer día que hablamos mientras yo le atendía en la caja. Tuve que luchar para no quedarme mirando cómo aquella tela blanca se ajustaba al contorno de sus hombros anchos y sus brazos fuertes de piel morena.

—Muchas gracias por venir. Con esta ya te debo dos.

—Tienes más fé en mis habilidades con la fontanería que yo. Esperemos que no sea nada demasiado grave —se asomó para mirar hacia el salón—. De camino aquí contaba con una bienvenida mucho más escandalosa.

—Dani ya está acostado —dije con una sonrisa—. Si estuviera despierto te garantizo que no te dejaría acercarte al grifo antes de enseñarte su colección de coches de juguete.

—Y su planta carnívora —apuntó él.

—Y su planta carnívora —confirmé.

De repente me di cuenta de que no tenía ni idea de lo que mi hijo podría haberle contado. Esperé que nada demasiado comprometido o vergonzoso. ¿Había hablado de algo que había alertado a Juan de nuestra situación económica? ¿De mi situación romántica? ¿Era eso por lo que se mostraba tan atento y generoso? ¿Por pena, quizás...? No quería pensar en ello. No quería ser un acto de caridad para nadie, y me di cuenta de que especialmente no quería serlo para Juan.

Intentando apartar esas ideas de mi mente, le guíé hasta la cocina y tendí la mano hacia el grifo:

—El culpable. Antes salpicaba un poco cuando abría la llave demasiado, pero ahora es imposible usarlo. Sale agua por arriba y por la cañería de abajo.

—Vamos a echar un vistazo —dijo poniendo la caja de herramientas sobre la mesa y abriendo la llave del agua fría con una delicadeza que me sorprendió. Sus dedos largos parecían más adecuados para un instrumento que para obras de fontanería y arreglos caseros.

—¿Quieres algo de beber? —murmuré huyendo hacia el frigorífico para no quedarme mirándole fijamente.

—No, gracias —dijo él, concentrado—. A lo mejor luego.

Sin saber qué hacer me senté en la vieja silla de la cocina, justo detrás de él, y buscando un tema de conversación para llenar el silencio. Pero Juan se volvió antes de que pudiera encontrar uno:

—No es nada. Es sólo que es antiguo y se ha soltado un poco. Puedo arreglarlo ahora mismo, intentaré no hacer mucho ruido.

Suspiré aliviada:

—Menos mal. Dani ha empezado a encontrar divertido que el grifo dispare agua por toda la cocina cada vez que lo abre.

—Tiene mucha energía —dijo de espaldas a mí, rebuscando en la caja de herramientas, pero casi podía oír la sonrisa en sus labios.

—Demasiada. Su tío me jura que no le da azúcar, pero cuando empieza a dar saltos en el sofá y a corretear por todos lados para no comerse la verdura me pregunto si es verdad...

—Me alegra saber que no soy el único al que intentas darle verdura —dijo agachándose bajo el fregadero. Había un tono bromista en su voz y no pude evitar sonreír:

—Una dieta de cereales no parece muy equilibrada.

—Eh, también como sopas de sobre.

—Y filetes de pollo.

Él se volvió para mirarme y me señaló con una llave inglesa:

—Que sepas que sé cocinar, pero no me apetece la mayoría del tiempo.

—Es decir, que es como si no supieras —dije yo echándome a reír.

Me sentía como una adolescente delante del chico más guapo de la clase. Cada vez que me sonreía sentía mariposas en el estómago y cada frase que decía con una sonrisa me daba ganas de echarme a reír.

Había una química entre nosotros que me resultaba difícil de definir, sobre todo porque me daba la sensación de que le conocía mucho mejor de lo que era lógico teniendo en cuenta que nuestra amistad apenas se había formado con un puñado de encuentros fortuitos. Pero la química estaba allí, sin duda. Y no sabía si me hacía feliz o me daba miedo.

—¿Si me paso el día cocinando de dónde voy a sacar tiempo para arreglarle los grifos a mujeres como tú?

—Así que no soy la única a la que le arreglas los grifos... —bromeé.

—Esos otros grifos no significan nada para mí, lo juro —dijo volviendo a meter las manos bajo el fregadero, que hizo un débil ruido metálico. Yo volví a echarme a reír, pero el corazón me dio un vuelco. Sólo es una broma, me repetí. No significa que tú signifiqués algo...

Tras unos minutos de contienda debajo y encima del fregadero, Juan se levantó y se sacudió los vaqueros, devolviendo las herramientas a su caja. Abrió la llave del agua fría y un chorro fluyó mansamente, sin salpicaduras. Yo me levanté de la silla para presenciar el milagro, viendo el agua desaparecer por el desagüe llevándose con ella mi angustia ante una posible factura más.

—Misión cumplida —dijo con aire satisfecho, lavándose las manos.

—Más que cumplida. ¿Ves? Sabía que iba a deberte dos. No lo he dudado en ningún momento —respondí con una sonrisa—. En serio, ¿puedo ponerte algo de beber? Siento que estoy siendo una mala anfitriona.

Juan se acercó a mí, apoyó la cadera en la encimera y se apartó el pelo de la frente:

—Me tomo algo si tú te lo tomas conmigo —dijo con voz ronca. Era tan alto y estaba tan cerca que tenía que mirar hacia arriba para mirarle a los ojos, pero su enorme presencia no resultaba amenazante, sino que se integraba en mi espacio con una facilidad y una calidez que me dejaba sin aliento.

—No sé si... —empecé en voz baja, dándome cuenta enseguida de que mi tono sonaba demasiado íntimo para aquella situación, pero de repente oímos una voz somnolienta acercándose desde el pasillo.

—Mamá, ¿ha venido el tito Lucas?

Salvada por la campana.

Dani apareció en la puerta de la cocina descalzo, con el pijama torcido y el pelo de punta. Traía los ojos casi cerrados, pero los abrió de par en par al ver a Juan y se lanzó hacia él, con la torpeza del sueño pero lleno de emoción. El momento se había esfumado y yo me debatía entre el alivio y la sensación de que algo muy importante se me había escapado entre los dedos.

Dani, por supuesto, se negó a volver a la cama hasta que Juan no se marchó, y antes de eso le puso al día de sus aventuras ciclistas, que en su mente formaban parte de su entrenamiento para ser socorrista en cuanto fuera posible. Juan se marchó tras escuchar todas las historias de Dani y después de que yo le diera las gracias una vez más.

Antes de irse con la caja de herramientas en una mano, se inclinó para darme dos besos y me sonrió sin decir nada. Había algo nuevo en sus ojos y en su sonrisa, rincones de Juan que iban apareciendo poco a poco a medida que nos acercábamos el uno al otro.

Quizás la esencia del momento no se había escapado del todo.

IV

Una mañana, mientras me duchaba, me encontré sonriendo mientras me enjuagaba el pelo, pensando en Silvia. Había pasado por la tienda todos los días desde que la noche en la que había arreglado el grifo de su cocina, a veces sólo para comprar algo que no necesitaba y hablar con ella unos minutos.

Su presencia, aunque tan sólo fueran unos minutos al día, se había convertido en parte de mi rutina diaria. Aunque a decir verdad, casi no reconocía la rutina que me había acompañado tanto tiempo, aunque no había cambiado tanto. Seguía levantándome temprano, iba a correr, me duchaba y me iba a la playa.

Pero un par de frases intercambiadas con Silvia por la mañana hacían que el día entero tuviese otra luz. Mis futuros compañeros socorristas no paraban de hacer bromas sobre lo mucho que sonreía últimamente, diciéndome que ya casi no daba miedo.

Antes me habría molestado, pero ahora reía con ellos y les devolvía las bromas. Parecía mentira, pero la promesa de aquella conexión que había entre nosotros y que me había tomado por sorpresa estaba cambiándolo todo. O al menos me estaba cambiando a mí.

Llevaba casi una semana así, robándole minutos en el trabajo por la mañana y nadando en el mar por las tardes, quemando una energía que hacía mucho que no sentía.

Era como si mi cuerpo y mi mente se estuvieran despertando de un largo letargo, y tras meses aislado de conocidos y amigos, no sabía a quién hablarle sobre ello o cómo lidiar con la situación. La única solución, al menos de momento, era lanzarme al mar para sentir que había cosas mucho más grandes que yo y que todo saldría bien.

Aún así, aquel día era diferente. El abrazo del mar no me calmó, sino que me llenó la mente de pensamientos. Sobre Silvia, sobre mí, sobre lo que podíamos ser juntos. Por mucho que nadara más deprisa, casi sin darme cuenta, no podía dejarlos atrás.

Su mirada nerviosa y dulce cuando le había pedido que bebiera conmigo, su sonrisa cansada, sus ojos llenos de vida, y la forma en la que encogía los hombros ligeramente cuando se reía... Cuando finalmente me dirigí a la orilla y salí del agua con el pelo goteándome sobre los ojos y jadeando del esfuerzo estaba más energizado que cuando había empezado.

Sabía que nada me quitaría aquellos pensamientos de la cabeza y cuando caminaba de vuelta a casa decidí rendirme ante lo inevitable mientras pasaba cerca de la tienda donde Silvia trabajaba. Tras dudar un instante, entré.

En la caja estaba la chica que normalmente no terciaba palabra mientras te atendía y masticaba chicle con expresión apática. En cuanto me vio se levantó y puso los ojos en blanco, dejando el mostrador desatendido.

Comprendí que me había visto aquella mañana y de algún modo sabía por qué estaba allí, y no era precisamente para hacer una compra de emergencia. Aún así me adentré entre las filas de estanterías, buscando algo que comprar para no parecer demasiado evidente en el motivo de mi visita.

Había más gente de la que solía encontrar allí por las mañanas y algunos me lanzaron las miradas curiosas que engendran los forasteros en los pueblos pequeños. Al final cogí una caja de cereales, porque sabía que iba a venir a por una pronto de todos modos.

Después deambulé por los pasillos intentando encontrarme con Silvia y sólo conseguí otra mirada hostil de la chica del pelo largo mientras desaparecía hacia la puerta del almacén y una

sonrisa de la tercera trabajadora, una mujer bajita con el cabello despuntando en todas direcciones:

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No hace falta, eh... —entorné los ojos, intentando recordar su nombre. Tenía la sensación de que lo había oído antes, pero al final ella me sacó del apuro con buen talante:

—Lena.

—Lena. Gracias, pero ya iba a pagar.

—Buena idea. Silvita está en caja —me dijo con un guiño antes de marcharse, metiéndose un papel y un bolígrafo en el bolsillo de la camisa.

Yo tuve que luchar para no sonreír. No sabía si mandar a Silvia a la caja en cuanto yo había llegado había sido cosa de Lena, o aún mejor, Silvia les había pedido que la avisaran cuando me vieran en la tienda.

Un hombre puede soñar, ¿no? En cualquier caso aquel pequeño gesto decía mucho para mí. La idea me hacía ridículamente feliz y me pasé la mano por el pelo mojado para adecentarlo un poco antes de volver al mostrador de la entrada.

Como aquella mujer tenía el poder de convertirme en un crío nervioso de quince años cuando se trataba de mis sentimientos, me entretuve dando vueltas unos minutos hasta que un par de clientes que estaban pagando fueron atendidos y se marcharon. Los pocos minutos de su tiempo que pudiera disfrutar los quería para mí, sin testigos y sin prisas. Cuando por fin me acerqué me sonrió.

—¿Qué tal el grifo? —pregunté a modo de saludo, y me arrepentí al instante. Aquel saludo estaba por encima, pero por muy poco, de empezar una conversación hablando del tiempo.

—Funciona perfectamente, eres todo un manitas -noté que sus ojos se desviaban hacia mi cuello, donde mi pelo todavía estaba húmedo. —¿Se acabó el día de playa? —dijo con voz cordial, algo más fría que cuando estaba fuera del trabajo. Pero en sus ojos había una chispa juguetona.

—Tenía una compra importante que hacer —dije poniendo los cereales sobre el mostrador.

—¿Se te han olvidado esta mañana cuando viniste a comprar? —dijo en un tono de voz que parecía estar retándome a confesar que había venido a verla, aunque los dos sabíamos que era así sin necesidad de palabras.

—Últimamente no sé dónde tengo la cabeza...

—Ya —dijo ella ruborizándose un poco, aunque su tono de voz seguía dejando entrever una pizca de sarcasmo. Me tendió una bolsa de plástico para la caja de cereales:

—Para una compra aleatoria podrías haber escogido algo más sano —me dijo arqueando una ceja.

Allí estaba, el intento directo de hacerme confesar. Consideré devolverle un comentario suave y marcharme sin declarar en voz alta que sí, que había ido sólo para ver su rostro cálido y descubrir un poco más de aquel brillo que iba llenándola a medida que nos conocíamos mejor.

Pero dicen que la mejor defensa es una ofensa, así que me incliné un poco hacia el mostrador y le lancé mi mejor sonrisa:

—Siempre tan preocupada por mi nutrición... ¿Qué te parece si cenamos un día juntos? Prometo portarme bien e incluir verdura en el menú.

Silvia irguió la espalda casi imperceptiblemente y su rostro adquirió un tinte entre la sorpresa y el rechazo.

Temí haber sido demasiado directo. Sabía de sobra que aunque nos hubiésemos acercado más en los últimos días, Silvia seguía mostrándose reticente a la hora de hablar de sí misma o aceptar

mi ayuda, e incluso mis palabras amables. Tenía la guardia alta y mantenía las distancias en todo momento aunque su sonrisa y su mirada fueran sinceras.

—No sé qué decir —murmuró por fin—. No sé si deberíamos... es decir, si yo debería... Ya sabes que no tengo mucho tiempo...

—Podemos cenar temprano, cuando salgas del trabajo —dije suavemente, intentado no sonar demasiado asertivo. Estaba dispuesto a convencerla, pero no quería que se sintiera forzada a decir que sí.

—Tengo que levantarme temprano todos los días y no hay muchos sitios para cenar tranquilos por aquí cerca...

—Podríamos hacerlo en mi casa. Ya te advertí de que sabía cocinar. Podemos poner una mesa en el jardín, si quieres. Ahora se está bien por las noches y se puede ver a la gente pasear por la playa.

No tenemos que encerrarnos en mi casa, era lo que intentaba decirle. Podemos cenar donde todo el mundo nos vea, no tienes que hacer nada que te haga sentir incómoda. Ella debió captar mi intención y pareció reflexionar un momento. Quería alargar la mano y tocar aquella piel sonrojada de sus mejillas, pero sólo cerré los dedos con fuerza alrededor del asa de la bolsa.

—Está bien —aventuró con una sonrisa—. La verdad es que me encantaría cenar contigo, Juan.

Me limité a asentir, intentando contener la sensación de felicidad que se extendía dentro de mi pecho:

—¿El viernes te parece bien?

—Allí estaré.

Salí de la tienda con la euforia quemándome la piel. Cada vez me sentía menos como el Juan en el que me había convertido en los últimos años y más como el que había dejado atrás, un hombre lleno de sueños y de fuerza que se habían ido marchitando con cada nueva decepción y cada nueva pérdida.

No sabía por qué la había invitado a cenar sin pensar, ni que oscuro resorte me lanzaba hacia ella una y otra vez. No sabía qué me impulsaba ahora, cuando nada había conseguido emocionarme o llenarme de energía desde hacía años. Pero había algo que sabía, y es que por primera vez desde hacía mucho, mucho tiempo, algo me empujaba hacia adelante.

Por primera vez desde que empecé a caer en una espiral de rutina y aislamiento deseaba esforzarme para conseguir algo más que hacer bien mi trabajo, casi en contra de mis instintos deseaba algo de nuevo: la sonrisa de Silvia.

VII

Llamé a mi hermano durante mi descanso para almorzar. Lucas descolgó el teléfono y escuché su voz clara y energética al otro lado. Había música de fondo, demasiado cañera para mi gusto, pero que siempre le había ayudado a trabajar deprisa y no venirse abajo tras largas horas en el ordenador.

—Lucas al habla, especifique su nombre completo e intenciones.

—Payaso, sabes que soy yo.

—Razón de más para preguntarte por tus intenciones —bromeó con una carcajada. Lucas era una criatura de energía pura, que parecía no quedarse nunca sin sonrisas—. En serio, ¿qué necesitas?

—¿Cómo sabes que necesito algo?

—Nos vimos ayer y vamos a vernos esta noche, alguna tripa se te habrá roto si no puede esperar.

—Sólo quería pedirte que cuidaras a Dani el viernes por la noche —dije, y enseguida me di cuenta de que sonó sospechoso, sobre todo para alguien que me conocía tanto como Lucas. Hacía años que no salía de noche ni tenía una cita. Añadí rápidamente, intentando cubrir el rastro del crimen—. Ya sabes, que vinieras a casa para asegurarte de que se acuesta a una hora decente y que cena en condiciones. Sólo quería asegurarme de que te avisaba con tiempo, por si tienes planes. Perdona por ser una buena hermana y no soltarte la bomba en el último minuto.

—¿Vas a salir por la noche? —dijo Lucas con retintín. Mierda. No se había dejado distraer.

—Sí, a cenar —dije casualmente.

—¿A cenar con una amiga?

—Con un amigo.

—¿Con un amigo heterosexual?

—Hmm.

—¿Con un amigo heterosexual atractivo?

Aquella llamada me estaba haciendo sentir como una quinceañera nerviosa y me recordé que yo era mayor que mi hermano y no tenía que aguantar aquello, pero Lucas era imparable.

Él no necesitaba interrogatorios, siempre me había contado sus citas y sus problemas románticos sin tener que pedírselo. Yo siempre había sido más reservada, pero mi hermanito tenía un don para hacerme hablar y los dos lo sabíamos. Aún así no estaba dispuesta a amilanarme.

—Capullo, deja de sacarme información.

—Es el socorrista. Pff, te descubres tú sola.

—¿Qué? ¡Pero si no he dicho nada de él! ¿Quién te lo ha dicho?

—Tú, ahora mismo. ¿Ves cómo te descubres tú sola?

Le di un mordisco a mi bocado con cara de pocos amigos mientras Lucas se partía de risa al otro lado del teléfono.

—Bueno, ya vale, ¿puedes quedarte con Dani, sí o no?

—Claro, sin problema. ¿Qué tienes planeado? ¿Vamos a darle un beso de buenas noches o es demasiado pronto en la primera cita?

—¿Vamos? ¿Qué tienes que ver tú en todo esto?

—Yo tengo que saberlo todo. Está buenísimo, déjame vivir este momento contigo. Tienes que darme todos los detalles cuando vuelvas. Todos. ¿Vais a ir a la capital a cenar?

—Voy a cenar en su casa —dije entre dientes.

Lucas hizo un ruido no demasiado diferente a la sirena de una ambulancia, fingiendo estar escandalizado.

—¡Ya vale! —dije yo—. ¡A las ocho y media el viernes!

La voz de Lucas sonó repentinamente calmada, como si hubiera pasado a un tema de absoluta seriedad:

—A las ocho, que a saber lo que te pones. No voy a dejar que vayas a esa cita en vaqueros.

—Te espero a las ocho y media.

—A las ocho, entendido. Me voy, que tengo que recoger al enano. ¡Te veo luego! —dijo alegremente, y colgó sin darme tiempo a decir nada.

Desgraciadamente Lucas no era el único con el que tenía que lidiar. Le había pedido a Lena que se ocupara del cierre el viernes y me había sacado información hasta que había confesado que iba a cenar con Juan.

Después de sacudirme por los hombros y demostrarme que estaba casi más emocionada que yo con la cita se pasó el resto de la semana regalándome los oídos con consejos para mi cita porque “debes estar un poco oxidada después de tanto tiempo.”

Entre Lena y Lucas apenas tenía tiempo de preocuparme por mis propios nervios y las muchas veces que estuve tentada de disculparme ante Juan y cancelar la cita. No paraba de preguntarme si estaba haciendo lo correcto, si todo aquel asunto, por mucho que me tentara, no estaría distrayéndome de mis obligaciones, que eran muchas y no podía descuidar.

Pero siempre acaba diciéndome que una noche no me haría daño. Una noche de descanso, con un hombre encantador y atractivo que parecía sentirse tan interesado en mí como yo en él. Una oportunidad así no se podía desperdiciar, aunque sólo fuera durante una cena, ¿verdad?

VIII

—Él simplemente... —Silvia se encogió de hombros sentada en la mesa de mi cocina —Se cansó de Dani. Al principio estaba encantado. Cuando le dije que estaba embarazada se lo contaba a todo el mundo con una sonrisa enorme.

>>Los primeros meses se pasaba el día invitando a sus amigos, con Dani en los brazos. Entonces estaba encantada pero ahora no sé si lo que le gustaba de todo aquello era la atención que él recibía. Se cansó deprisa.

>>Presumía delante de todo el mundo de que el bebé había hecho esto o aquello, pero cuando estábamos en casa apenas le hacía caso. Al final... bueno, ya sabes. Terminó diciendo que aquello no era para él y se marchó. Ahora vive en la capital, aunque tengo pocas noticias suyas. O ninguna, en realidad. Es difícil comunicarse con él...

La buena noticia era que al final no me había hecho falta poner una mesa en el jardín. La mala era que hasta el momento en el que empezó a hablar del padre de Dani se había mostrado nerviosa y reticente. Yo había hecho todo lo posible por sacarle una sonrisa y verla relajarse, pero había sido imposible.

Cuando apareció en mi puerta, puntual y radiante con una sencilla camisa azul y una falda negra que se ajustaba a la forma de sus caderas, yo no había podido evitar sentirme optimista. ¿Qué podía ir mal?

Siempre que habíamos hablado había existido entre nosotros una química excepcional, como si nos conociéramos desde mucho antes y en vez de dando los primeros pasos de una relación incierta estuviésemos recuperando sentimientos que yacían dormidos.

Había evitado la tienda los últimos días, pensando que sería extraño vernos antes de nuestra cita, y verla de nuevo había sido como un bálsamo para mis pensamientos y mis emociones. Pero apenas tuve que saludarla y escuchar su voz para darme cuenta de que Silvia no estaba en su mejor momento.

—¿Podemos esperar un poco antes de cenar? —me dijo cuando le propuse que nos sentáramos a la mesa.

Le aseguré que no me importaba y nos sentamos de todos modos, pero a tomar una copa de vino. Y dos horas más tarde seguíamos allí, intercambiando historias torpemente hiladas, con el mantel y los platos vacíos entre nosotros.

Por primera vez nuestra conversación no fluía, sino que avanzaba a trompicones. Tan sólo la vi relajarse cuando la conversación desembocó en su ex-pareja, la calma de la decepción y la amargura prolongada.

—Es una lástima —dije de corazón—. Dani es un buen chico.

Ella asintió, alargando la mano para echarse un poco más de vino. Tenía las mejillas encendidas. Yo me aclaré la garganta.

Había pensado esperar hasta que se encontrara cómoda para sacar un tema que llevaba tiempo queriendo compartir con ella, pero me rendí ante la evidencia de que aquella cita no estaba siendo lo que yo había planeado y decidí poner las cartas sobre la mesa:

—Hablando de Dani, ¿cómo pensáis pasar el domingo?

—¿El domingo? —ella pareció confundida—. Como siempre, supongo. Por la mañana estará conmigo en la floristería y...

—¿No has hablado con tu jefe esta semana?

—No —bebió nerviosamente—. ¿Qué pasa, que tiene que ver mi jefe con todo esto?
—Hablé con él hace unos días y me dijo que iba a darte la mañana del domingo libre.
—¿Por qué has hablado con mi jefe?

Me acomodé en el sofá, intentando ocultar mis nervios. Había esperado que su jefe la hubiese llamado ya. Aquello complicaba las cosas, aunque supuse que iba a darle una sorpresa de todos modos. Esperé que no fuera una desagradable.

—Bueno, después de aquella mañana cuando entré a ver la floristería, eh... cuando hablamos por primera vez... empecé a pensar en comprarla.

—¿Comprarla? ¿La floristería entera? —dijo Silvia torpemente, y me pregunté si era la sorpresa o había tomado más vino de la cuenta.

—Sí, el negocio. Ya sabes. Por la memoria de mi madre y eso. Es un negocio que conozco y respeto. No voy a trabajar allí, claro, pero pensé que sería una buena inversión.

>>El dueño es un hombre bastante mayor y me ha asegurado que su mujer y él estarían dispuestos a hacerlo, ya no pueden cuidar de la tienda como antes y no pueden permitirse emplear a nadie entre semana.

—Pero... —cerró los ojos, como si necesitara concentrarse—. Eres... socorrista, ¿no? Es decir... no quiero asumir nada, pero, ¿cómo te vas a permitir...?

—Sí, también quería hablarte de eso hoy... —carraspeé, y no añadí que había esperado hacerlo cuando se encontrara más receptiva—. La verdad es que sólo soy socorrista porque es lo que me llena y me apasiona.

>>Mi madre quería que estudiara una carrera respetable, pero los años que pasé lejos de aquí y estudiando cosas que detestaba sólo me enseñaron amargura. Volví a ser socorrista, aunque ya habían pasado cosas que... bueno, ya era tarde para volver atrás.

>>Desde luego no podría haberme permitido regresar y comprar esta casa entonces, pero me llegó algo del dinero familiar —dije, evitando mencionar a mi padre. Eso era una conversación para otro rato—. No soy un hombre que lleva un tren de vida descabellado.

>>Lo que recibí me basta para vivir de momento, aunque no quisiera trabajar. No durará para siempre, claro. Por eso he pensado que la floristería sería una buena opción de cara al futuro. Ahora mismo tengo suficiente para hacerle una buena oferta al dueño actual.

Silvia me miraba con el ceño ligeramente fruncido, como si intentara procesar lo que estaba diciendo. Miré de reojo la botella de vino y estaba más vacía de lo que esperaba. Definitivamente el vino se le estaba subiendo a la cabeza.

—Tú... la floristería... ¿me vas a echar?

—No, claro que no. Incluso podrías trabajar toda la semana, porque la tienda necesitará una dependienta a tiempo completo. ¡Pero no estoy haciéndote una oferta de trabajo!

>>Puedes hacerlo si quieres, o quedarte los fines de semana como ahora. Es decir... —noté que me echaba a sudar, intentando buscar las palabras adecuadas—. No hago esto para que estés en deuda conmigo, ni nada parecido, pero la oferta está ahí, si quieres cogerla.

Silvia se levantó del sofá y la vi tambalearse un poco. Me levanté y la sujeté del brazo tan suavemente como me fue posible:

—¿Estás bien?

—¿Por qué eres...? ¿Por qué eres así? Quiero irme a casa... —dijo levantando el rostro para mirarme a la cara.

Se inclinó hacia mí y vi como sus ojos bajaban hasta mis labios. Me quedé paralizado, sintiendo el calor de su respiración en la boca, con su cuerpo pegado al mío mientras la veía acercarse más y más.

En aquel momento no sabía si estaba más confuso o excitado, pero Silvia me puso una mano en el pecho y me empujó hacia atrás con escasa fuerza, pasándose las manos por el pelo con gesto miserable:

—Tengo que irme... —murmuró con la lengua torpe del alcohol—. No... esto ha sido un error. Lo siento, no tenía que haber venido. Quiero... me voy...

—Deja que al menos te acompañe a casa —dije mientras sentía un dolor agudo en las entrañas.

No sabía qué había ido mal, no sabía qué había pasado ni lo que había pensado desde la última vez que la vi hasta aquel momento, pero me acababa de decir que todo era un error. Que no debería haber venido. Me pregunté si ya se sentiría así al llegar. Quizás esa había sido la causa de su extraño comportamiento y por lo que había bebido de más.

—No —dijo cogiendo su bolso y levantando una mano hacia mí como si quisiera pararme—. No... no, quédate...

La vi caminar hasta la puerta con paso indeciso, apoyarse en la pared un momento y ponerse una mano sobre la boca. Cuando la vi salir por la puerta corrí tras ella. A la mitad del camino iba apoyada en mí con los ojos casi cerrados y tuve que subirla a su piso en brazos, donde se la confié a su hermano.

De vuelta a casa di un rodeo para acercarme a la playa y contemplar el mar en silencio. No podía volver a hablar con Silvia. No después de aquella noche. Quizás me había equivocado y ella no había sentido aquella química. Quizás la había obligado con mi insistencia a aceptar una cita que no quería tener.

En cualquier caso no podía insistir más. Tendría que ser ella la que se acercara a mí si en algún momento me necesitaba. Suspiré y volví a casa. Encima de la mesa estaban los platos, vacíos e impolutos, la evidencia del desastre que había sido aquella noche. Los aparté de mala gana y los metí en su armario. No tenía corazón para verlos allí por la mañana.

IX

Cuando me desperté me invadió el olor a café recién hecho, seguido de la horrible sensación de levantarme con la boca seca y el sabor del alcohol en el aliento. Tardé unos segundos en preguntarme quién estaba haciendo el café y unos segundos más en recordar la noche anterior.

Gemí patéticamente, recordando poco a poco los detalles. Bueno, parte de ellos. Cómo no había comido nada en todo el día, nerviosa y debatiéndome entre la euforia y la culpabilidad por sentir que no tenía tiempo para aquella cita. Cómo había bebido de más, intentando anestésiar mis nervios, y lo mal que me había caído en el estómago vacío.

Cómo había escuchado la historia de Juan y su intención de comprar la floristería, causándome un rechazo absoluto nacido del pánico y el alcohol, y la imposibilidad de pensar que aquello lo hacía de buena fe. Cómo había estado a punto de besarle, y cómo sus ojos se habían llenado de deseo y de ternura. Y cómo le había empujado y me había marchado... Y nada más.

No recordaba cómo había llegado a casa, ni cómo me había metido en la cama. Me levanté de un salto y cogí el reloj de la mesita de noche. Hacía media hora que tenía que haber abierto la floristería. Corrí a la cocina, dándome cuenta vagamente de que llevaba una camiseta vieja y la ropa interior de la noche anterior. Allí estaba mi hermano, sorbiendo café con aspecto relajado.

—Buenos días —dijo mirándome con el pelo azul de punta de haber salido de la cama sin mesárselo y ataviado únicamente con unos calzoncillos de ranas verdes y amarillas—. No chillas. Dani está dormido.

—Oh, Dios mío —me llevé las manos a la cabeza—. ¿Dani vio...?

—¿A su madre tambalearse hasta su cama y llorar media hora antes de quedarse dormida? No. Por cierto, me debes una... dos... vamos a dejarlo en diez, por desvestirte y ponerte esa camiseta.

>>Es la primera vez que toco un sujetador. Deja de poner esa cara, he llamado esta mañana y he dicho que estabas enferma y no podías ir al trabajo. Se lo han tomado bien, me han dicho que van a cerrar mañana de todos modos.

—¿Qué? ¿Por qué? Tenías que haberme despertado y...

—Cállate —dijo poniéndome una taza de café en la mano—. Parece que acabas de salir de una zanja, ¿cómo vas a ir a trabajar así? Además, tenemos que hablar. Ahora siéntate.

Obedecí sintiéndome miserable y acunando la taza de café entre mis manos. Quería volver a la cama, echarme la sábana por encima de la cabeza y no salir en una semana entera. Pero sabía que Dani se levantaría en menos de una hora y tenía que estar entera y compuesta para él.

Que yo fuera un desastre con mi vida emocional no quería decir que mi hijo tuviera que enterarse o ver los daños colaterales. Aquel día libre inesperado por el que ya estaba empezando a sentirme culpable no podía dedicarlo a cultivar aquella sensación de fracaso y vergüenza; tenía que dedicarlo a recuperar horas con Dani, porque los dos las necesitábamos.

—¿Recuerdas algo de anoche? —preguntó Lucas cruzando un brazo sobre el que sostenía el café.

—Algo —murmuré.

—¿Recuerdas cómo llegaste aquí? —Negué con la cabeza—. Juan tuvo que subirte en brazos por las escaleras mientras tú balbuceabas que querías que se marchara.

>>Después empezaste a llorar porque decías que habías perdido las llaves y Juan bajó las escaleras y llegó hasta la calle buscándolas con la luz del móvil. Se pasó veinte minutos así hasta que las encontró tiradas en el rellano del primer piso mientras yo intentaba que bebieras agua.

>>Y déjame que te diga una cosa, ese hombre vale su peso en oro. Sabes que te quiero pero yo no habría hecho eso por ti si hubiese tenido que arrastrarte hasta casa mientras me decías que querías perderme de vista.

—Oh, no... —puse el brazo sobre la mesa y me derrumbé sobre él, escondiendo el rostro contra el hueco del codo. La vergüenza me quemaba dentro del estómago. O a lo mejor era la resaca.

—Oh, sí. ¿En qué coño estabas pensando? ¡Vas a su casa y te...! —Lucas cerró los ojos y respiró profundamente—. No. No, no voy a regañarte por las mierdas que has hecho. Voy a regañarte por lo que no vas a hacer. No vas a llamarlo y a arreglar las cosas con él, ¿verdad? Estás demasiado acojonada como para plantearte que las cosas pueden ir a mejor y que a veces no hay trampa.

—Lucas, no sabes nada...

—Sí que lo sé. Soy tu hermano, te conozco. ¿Y sabes que más soy? Un tío gay en un pueblo enano en el que todo el mundo habla de tu vida y en el que hay sólo dos maricas más con los que ya me he liado y se ha ido todo al traste.

>>Créeme, sé reconocer una oportunidad cuando la veo porque tengo que agarrarlas al vuelo. Y tú, porque no tienes valor de reconocer que existe un tío macizo y legal que está colado por tus huesos y que adora a tu hijo, vas a estropearlo todo. Sé que lo vas a hacer.

>>Lo vas a hacer y le vas a romper el corazón a ese hombre. Un hombre que aguantó todas tus gilipolleces anoche y se marchó arrastrando los pies. ¡Y lo peor es que te gusta! Cómo para no gustarte...

—Por favor, deja de hablar como si quisieras acostarte con él... —dije sonriendo a mi pesar.

—¡Es que quiero! ¡Si tú no lo quieres me tiño de rubio y lo intento!

—Te tiñes de... ¿Para parecerte a mí? Puaj, joder, Lucas...

Él se echó a reír, pero su rostro se puso serio enseguida:

—En serio, Silvi, no la cagues con esto. Sin bromas, ¿vale? No tires esta oportunidad a la basura. Si sale mal, sale mal. Pero dale una oportunidad. No quiera solucionar problemas del futuro que aún no existen.

Miré la taza de café sin responder. Lucas tenía razón. Tenía miedo. Tenía mucho miedo. No quería volver a pasar por aquello que me había hecho mi ex. La confianza rota, el sentimiento de abandono.

Juan era demasiado bueno para ser verdad. Tenía miedo de que la vida me volviese a romper cuando me confiara y dejara que la felicidad que me causaba estar al lado de Juan me invadiera sin ponerle límites.

—Ya veremos —dije quedamente. Lucas suspiró y negó con la cabeza, volviendo a su café.

El rayo de luz del día fue la expresión de pura felicidad de Dani cuando le dije que no tendría que ir a trabajar en todo el fin de semana. Yo estaba dispuesta a llevarlo a donde me pidiera, pero antes de irse Lucas le dijo:

—Mamá está cansada, ¿vale? Hoy tienes que dejar que descanse un poco.

Dani se puso muy serio y asintió, aceptando la misión de inmediato. Le prometí que iríamos a donde él quisiera el domingo, y que más tarde iríamos a comprar helados para luego ver juntos una película. Él me aseguró que podía escoger la película que más me gustara.

Pasamos el día en casa. Dani estaba acostumbrado a entretenerse solo y después de pegarse a mí un par de horas se fue a buscar sus dinosaurios para jugar a mi lado. A pesar de que aún me sentía algo nerviosa por no haber ido al trabajo, tuve que reconocer que pasar el día en casa me estaba ayudando a relajarme y pensar las cosas con calma.

Mientras Dani paseaba un triceratops de plástico por encima de mis pies y yo me hundía en el sofá me obligué a recordar lo que había sucedido la noche anterior y pensar en la situación. Me había portado como una cría durante mi cita con Juan... Cita. Sólo con pensar en esa palabra se me encogía el estómago. No estaba preparada para una cita.

¿Cómo iba a estarlo, con el trabajo, con Dani, con las facturas...? Quizás Lucas llevaba razón. Quizás sólo estaba buscando excusas porque tenía miedo. Pero también tenía que ser responsable, ¿no? Con mi vida tal y como estaba no podía salir con Juan sólo porque quería hacerlo, tenía muchas otras cosas que considerar.

Después de darle vueltas a la cabeza varias horas decidí despejarme y me acerqué con Dani a la tienda a comprar los helados prometidos al mediodía. Lena estaba en caja y en cuanto me vio sonrió ampliamente. Después de llenarle los bolsillos de caramelos a mi hijo y enviarlo a explorar en busca de helados, apoyó los codos en el mostrador y me preguntó por mi cita.

A medida que le iba contando una versión ligeramente menos desastrosa de la noche (omitiendo que Juan había tenido que llevarme a casa y todo lo de después), su sonrisa iba desapareciendo. Cuando terminé me miró un segundo antes de levantarse y mirar entre las estanterías. Me giré y me di cuenta de que se acercaba un cliente. Lena alzó la voz:

—Amelia, cielo, ¿te puedes quedar un segundo en la caja?

Escuché un pequeño ‘ugh’ antes de que Amelia se acercara. Seguí a Lena hasta la puerta del almacén, donde me dijo en voz baja:

—Sabía que la ibas a liar. Y encima te quejabas de los consejos que te he estado dando...

—Gracias por el voto de confianza.

—¿Qué piensas hacer?

—Pues... no lo sé. En algún momento tendré que hablar con él, claro, aunque sea para pedirle disculpas...

—¿Es que no lo has hecho aún? En serio, parece que estás intentando sabotear tu propia vida sentimental.

—Vale, primero, no tengo vida sentimental. Y segundo, aunque la tuviera dudo que pudiese arreglar esto con una disculpa a la mañana siguiente. Le dije que no quería verle.

—Pero quieres verle.

—Sí, bueno... no... ¡No lo sé!

Una voz aburrida dijo:

—Por favor, has estado salivando todo el mes cada vez que entraba por la puerta.

Nos dimos la vuelta para ver a Amelia mirándonos con los brazos cruzados y expresión aburrida. Al fondo, junto al mostrador, se habían congregado un par de clientes esperando a ser atendidos. Lena murmuró por lo bajo y salió disparada hacia allí.

—En serio —dijo Amelia—, no sé qué ha pasado. Ah, ah, ah... —levantó una mano cuando intenté hablar—. No sé qué ha pasado y no me interesa. Los tíos son unos cerdos de todos modos, así que si no quieres hablarle más y decirle que deje de darte el coñazo me parece bien, pero si quieres que siga dándote el coñazo, díselo y no hagas como que no habéis estado haciendo ojitos cada vez que venía. Ha sido muy desagradable, por cierto, pero a cada cual lo suyo, supongo.

—¡Mamá! —Dani corrió hacia mí sujetando una caja de helados sobre la cabeza. Sonrió a Amelia, sin aliento —¡Hola!

Por un momento pensé que Amelia iba a ignorarle. No era precisamente maternal. Pero le devolvió la sonrisa, una visión tan única y difícil de presenciar como la aurora boreal, le puso una mano a Dani sobre los espesos rizos negros y se marchó hacia el almacén. Me di cuenta con horror de que los consejos de Lucas y Lena no me habían hecho demasiado efecto, aparte de

complicar aún más mis pensamientos, pero las palabras de Amelia habían calado.

Quizás porque a diferencia de Lucas y Lena, Amelia nunca me mentiría, porque sencillamente no le importaba mi vida. No me diría nada por mi bien, ni intentaría pintar la situación a mi favor. En resumidas cuentas, la opinión de Amelia era perfectamente neutral y brutalmente honesta.

Llevé a Dani hasta el mostrador, donde Lena estaba terminando de atender a los clientes.

—Bueno, ¿vas a ir a disculparte, por lo menos? —dijo metiendo los helados en una bolsa—. Es lo mínimo, ¿no?

—Sí. Llevas razón. Es lo mínimo —murmuré, pensativa. Miré la bolsa con los helados, volviendo a la realidad—. Tengo que comprar algo más.

Lena alzó las manos al cielo mientras yo volvía al interior de la tienda. Mientras rumiaba mis opciones y me alejaba entre las estanterías escuché a Dani prometiéndole a Lena que un día le llevaría flores para darle las gracias por los caramelos. Suspiré. Mi hijo de ocho años tenía mejor etiqueta social que yo.

X

El domingo por la tarde me encontré sentado cerca de la orilla, con un sentimiento de insatisfacción en el pecho del que no conseguía librarme. Había pasado la mañana con el dueño de la floristería, un hombre con la sonrisa fácil y un poblado bigote gris que prácticamente me había rogado que le comprara el negocio.

Si otra clase de persona se hubiese visto en mi situación se habría aprovechado y me contuve para no decirle que no debería ser tan confiado. En vez de eso opté por no quitarle la sonrisa e intenté ofrecerle un precio justo. A falta de consultar con abogados y lidiar con la burocracia la floristería ya era mía.

Sin embargo había estado el día entero sumido en un estado de ánimo ambiguo y agri dulce. Me recordaba a mí mismo que por fin había conseguido lo que había planeado tanto tiempo, recuperar aquel trocito de infancia en el lugar que me había hecho tan feliz y el negocio que mi madre había amado y que se había visto obligada a vender.

Sentía que una era se cerraba, que había completado un periodo de mi vida. Pero a la vez, una parte nueva y desconocida había quedado vacía.

Volví a casa antes de lo que había previsto, pero había descubierto con desazón que el vacío que sentía no se calmaba con el movimiento de las olas del mar, que hasta ahora había aplacado todas mis preocupaciones. La huella de la decepción aún está fresca, me dije, mejorará con el tiempo.

Pero a la vez, caminando hacia casa con las manos en los bolsillos, me preguntaba si sería tan fácil. No era tan mezquino como para retirar mi oferta de darle trabajo en la floristería a Silvia si era lo que ella quería.

¿Se disculparía y rechazaría la oferta para no tener que verme tan a menudo? ¿La aceptaría y me pasaría meses tratando con ella, convenciéndome de que aquella mujer no me hacía más feliz de lo que me había sentido en años?

Estaba tan sumido en mis pensamientos que sólo me di cuenta de que había alguien junto a la verja del jardín cuando estuve a escasos pasos. Era ella, Silvia, sujetando una bolsa, vestida con un vestido blanco que no terminaba de ceñirse a su cuerpo y el cabello rubio recogido en una trenza.

Miraba al suelo, seria y pensativa. Me acerqué con pasos lentos, intentando mantener una expresión neutral mientras un dolor incierto me atenazaba el pecho. Querría haberle dicho lo bien que le sentaba aquel peinado y lo mucho que parecía brillar bajo el sol, pero tan sólo asentí torpemente con la cabeza:

—Buenas tardes.

Ella levantó el rostro con una mirada sobresaltada, como un estudiante que se da cuenta de que ha llegado la hora del examen y no ha estudiado lo suficiente:

—Hola —respondió, y pareció quedarse sin palabras.

¿Estaba allí para disculparse tras escuchar de Lucas cómo había tenido que llevarla hasta su casa? Había esperado una disculpa educada y fría, como un punto final tras un párrafo, pero no la había esperado tan deprisa.

—¿Quieres pasar? —ofrecí al ver que no se arrancaba.

—Gracias —dijo asintiendo.

Intenté pensar en algo que decir mientras cruzábamos el jardín y la dejaba pasar dentro de

casa, pero decidí que nada de lo que dijera tendría importancia.

Dejaría que ella estableciera el tono de la conversación, ya que no estaba seguro de cómo querría plantear las cosas. Mientras cerraba la puerta me dispuse a ofrecerle asiento y algo de beber, que era lo mínimo que establecía la educación, pero ella se me adelantó.

—Espero que no te importe que haya venido... —empezó, visiblemente tensa.

—Para nada.

—Siento no haber llamado ayer. Lucas me contó lo que pasó cuando me llevaste a casa. Yo... no recuerdo mucho. No sé lo que me pasó, no suelo beber tanto. Estaba nerviosa, no había comido mucho ese día... Se me subió a la cabeza.

—No pasa nada —dije con voz conciliadora—. No fue para tanto.

—Pero sí que lo fue. Fue vergonzoso e infantil, primero porque no supe cuando parar y segundo porque tenía que haberme disculpado lo antes posible.

—Ya había notado que estabas nerviosa, pero me di cuenta demasiado tarde de cómo estabas bebiendo. Si hubiese estado más atento te habría ofrecido acompañarte a casa mucho antes.

>>No creas que no sé que tengo parte de la culpa. Me di cuenta en el supermercado de que tenías reservas con respecto a aceptar una cita conmigo y aún así insistí hasta que dijiste que sí. Ese fue el primer error, supongo.

—No... bueno, sí, tenía reservas, pero no es culpa tuya. Pero no quiero desviarme del tema. La cosa es que lo siento mucho, Juan. Eres un buen hombre y no te merecías una escena así. Lo siento.

Asentí despacio. Allí estaba la disculpa que había esperado. Silvia estaba me miraba, tensa, con ojos tristes. Quería abrazarla y decirle que no me importaba nada de todo aquello, que sólo había sentido preocupación mientras la llevaba a casa, que sentía haberla puesto en una situación complicada. Pero mantuve las distancias y dejé que hablara mi corazón por primera vez en muchos años:

—No hay nada que perdonar. Sinceramente, lo único que deseo ahora mismo es volver a insistir, volver a convencerte de que hay algo con mucho potencial entre nosotros... pero así empezó todo esto, ¿no? No voy a insistir.

>>Te respeto, Silvia, y entiendo que debería haber sido más paciente. Entiendo que mi error puede no tener arreglo, o que no había nada que arreglar desde el principio y te has dado cuenta de que no me ves de ese modo. Y si es así, lo acepto sin reservas.

>>Sólo quiero que sepas que si nos vemos por la calle, o en el trabajo, todavía eres una persona importante para mí. Si necesitas ayuda te la daré, si necesitas a alguien con quien hablar, estaré ahí para ti. Sin peros, ni presiones, y sin intentar convencerte de nada. Tienes mi palabra.

Silvia cerró los ojos. Vi que apretaba los labios como si intentara contener un sollozo y sus dedos se cerraron sobre el asa de la bolsa de plástico que sujetaba con ambas manos. Tras unos segundos que se me hicieron eternos temiendo que se echara a llorar, dijo con voz estrangulada, como si tuviera miedo de no poder pronunciar aquellas palabras:

—Por favor... convénceme.

Sentí que el corazón se me desbocaba en el pecho. Aquel era el momento. El momento de arrastrarnos juntos a la orilla, el momento de darlo todo.

—Silvia... —titubeé un segundo, ordenando mis sentimientos—. Ya sé que nos precipitamos, que yo me precipité. Creo que fuimos a esa cita con demasiadas expectativas, demasiado deprisa.

>>Aunque parezca mentira, aunque me cueste creerlo cuando pienso en cómo me siento cuando estoy contigo, hace poco que nos conocemos. Nos lanzamos demasiado rápido cuando aún teníamos mucho que arreglar, porque los dos tenemos mucho sin resolver en nuestras vidas.

>>>Pero hay algo entre nosotros y es fuerte. Tanto como para hacernos salir de nuestro aislamiento y habernos acercado, a pesar de todo. Y sinceramente creo que desde que te conozco he cambiado para mejor.

Ella asintió y se llevó una mano al pecho, apretando con fuerza. Supe que sentía lo mismo, lo que me impulsó para continuar:

—No necesitamos hacer esto sólo porque estamos solos, o porque sea una oportunidad para retomar nuestra vida sentimental. Piensa que podemos avanzar poco a poco. Podemos hacerlo por quienes somos cuando estamos juntos. ¿No crees que podríamos intentarlo y darnos una oportunidad? Y averiguar hasta dónde podemos llegar, y quienes podemos llegar a ser.

Esperé con el corazón en vilo. Aunque no estaba llorando, los ojos de Silvia brillaban con la humedad de la emoción contenida. Finalmente me sonrió:

—Eres bastante persuasivo.

Levantó las manos, pensé que para tocarme la cara, y la bolsa que llevaba sonó al moverla:

—¡Ah! —dijo bajando las manos—. Casi se me olvida que la llevaba en la mano...

—¿Quieres dejarla en algún sitio?

—No, en realidad es para ti —dijo metiendo la mano en la bolsa y sacando una caja de cereales. Me eché a reír de buena gana, notando como la tensión que me había acompañado los dos últimos días se desvanecía:

—¿Me has traído cereales como regalo de disculpa?

—Es que... bueno, sé que te gustan las flores, pero la floristería está cerrada y me acordé de que no habías pasado por la tienda en unos cuantos días... —explicó, empezando a reírse también y pasando los dedos para secarse las lágrimas que no habían caído—. Lo siento, no sabía qué más te podía gustar.

—Los acepto, llevo dos días desayunando cosas muy tristes.

—Tendrás que decirme qué cosas más te gustan, para la próxima vez que tenga que comprarte algo. A lo mejor podemos tomar un café luego y conocernos mejor...

—Hecho —dije, incapaz de parar de sonreír.

Silvia puso su mano en la mía, dándome la bolsa, y se inclinó hacia mí poniéndose de puntillas. Cerré los ojos y sentí sus labios cálidos sobre los míos, pasando un brazo alrededor de su cintura. El olor salado del mar se colaba por la ventana y yo me pregunté cómo era posible sentir con tanta fuerza.

XI

La verja del jardín de Juan estaba abierta y Dani corrió a recibirme. Estaba cubierto de tierra hasta las rodillas y los codos. Al fondo Juan colocaba tierra húmeda alrededor de un seto, apretando alrededor de la raíz con aquellas manos grandes y bronceadas que adoraba. Sonreí al verle, llena de ternura.

Hacía cinco meses que Juan y yo habíamos arreglado nuestras diferencias tras nuestra catastrófica primera cita, y aunque habíamos prometido tomarnos las cosas con calma, deshacernos del miedo nos había impulsado juntos con fuerza, trenzando nuestras vidas sin esfuerzo.

La noticia había sacudido el pueblo durante unos días para después desaparecer silenciosamente, como todos los cotilleos. A mí sólo me había importado la ilusión de Dani cuando le conté que Juan y yo nos veríamos más a menudo, las felicitaciones de Lena, las condolencias de Amelia y cómo Lucas se había llevado una mano al pecho fingiendo sentirse traicionado antes de prometerme que se vengaría por haberme quedado con el hombre más guapo del pueblo.

Yo había dejado mi trabajo en la tienda y trabajaba en la floristería a tiempo completo, con un día y medio libre a la semana, lo que había hecho maravillas con mi ansiedad y mis horas de sueño. Dani pasaba los sábados con Juan hasta que yo salía a mediodía para ver cómo estaban progresando el jardín y las reformas de la casa.

Había pensado que llevarían más tiempo, pero desde que Juan me había preguntado por la posibilidad de vivir juntos y yo le había dicho que deberíamos volver a pensarlo cuando acabara las reformas, todo estaba avanzando sospechosamente rápido.

Tenía la sensación de que siempre que no estaba cumpliendo sus turnos de vigilante o conmigo, estaba dando martillazos y arreglando setos a toda velocidad. Y no podía negar que me halagaba y me llenaba de ilusión y planes.

—¿Habéis trabajado mucho esta mañana? -pregunté dándole un beso a Dani en su mejilla regordeta. Él alzó los puños al cielo y gritó un ‘sí’ agudo y emocionado antes de volver corriendo junto a Juan, que estaba levantándose y sacudiéndose las manos para saludarme.

—Ese sí suena a que Juan te ha vuelto dar helados antes del almuerzo...

—Es un maestro de la presión cuando negocia, no puedo evitarlo —dijo Juan con una enorme sonrisa antes de darme un beso que hizo que el estómago se me llenara de mariposas.

De fondo me llegó un pequeño ruido de asco de parte de mi hijo, que se encargaba de que nada en su presencia fuera demasiado romántico. Abracé a Juan y apoyé la cabeza en su pecho, escuchando su corazón y sintiendo su cuerpo cálido y sólido contra el mío. El cuerpo que me había salvado de mi laberinto sin salida y mis noches de lágrimas.

Todavía había un largo camino que recorrer, pero con él a mi lado estaba dispuesta a llegar hasta el final.

¡Fue un Accidente!

Romance Juvenil Inesperado en Pleno Nueva York

Era una mañana fría de otoño. La ventana de la habitación de Alexia -siempre la habían llamado Alex—estaba empañada por el frío exterior y la calefacción no parecía ser suficiente. Ella abrió los ojos intentando ubicar el origen del espantoso ruido que la había despertado. Estuvo unos segundos intentando adaptarse a la oscuridad porque no veía nada, hasta que se encontró con el brillo de la pantalla de su teléfono móvil y lo recordó.

Se levantó exaltada. Ese día comenzaban sus clases en Nueva York. Ella había llegado dos semanas antes a la gran ciudad desde su pequeño pueblo europeo y se había deleitado con las atracciones turísticas y la gran variedad de comida y eventos culturales que se encontraban en todos los rincones de la ciudad.

Además, había organizado su viaje con tiempo antes de comenzar clases porque quería preparar bien su llegada, asegurarse de que se sentía cómoda en su nuevo hogar, su nueva ciudad y con sus nuevos compañeros de piso. La ciudad la había enamorado a primera vista, en cuanto pisó las calles de Nueva York supo que ese año sería un año fantástico.

La noche anterior se había ido sola a caminar por la zona más cara de Manhattan, aunque ella vivía alquilada en Brooklyn. Decidió caminar por las tiendas de ropa de alta costura e imaginarse a sí misma en un futuro entrando, escogiendo un montón de vestidos y zapatos de todas esas vidrieras.

Mientras iba distraída pensando en eso, se tropezó con un chico que iba riéndose con un grupo de amigos. Ella no se fijó en su cara pero el chico se acercó a ella y descubrió que era su compañero de piso. Se pusieron a conversar, él le presentó a sus amigos, que todos estaban bastante alcoholizados y la invitaron a la casa de una de las chicas.

Alexia aceptó y pasó toda la noche bebiendo hasta que el chico y ella se regresaron en taxi hasta su casa a las tres de la madrugada. Así que, cuando la alarma sonó el lunes por la mañana, ella solo había dormido cuatro horas y se sentía bastante resacada. Sin embargo, sintió una emoción palpitante en su estómago y se dirigió al baño a ducharse.

Alexia era estudiante de audiovisual y siempre había soñado con vivir en Nueva York, sin embargo, se sentía muy arraigada a su pueblo natal y a su gente de toda la vida, por lo que pensó que sería una excelente idea experimentar por un año lo que es vivir en la capital del mundo y luego regresar a casa.

Sus padres no tenían suficiente dinero como para cubrir todos los gastos de su experiencia universitaria en el extranjero así que ella insistió, recopiló todos los documentos necesarios y consiguió una buena beca “mundus”, que le permitiría cumplir su sueño, además de una modesta cantidad de dinero que sus padres quedaron en enviarle mensualmente.

Había metido en su maleta su ropa favorita, un poco de maquillaje, su cámara semi profesional y su ordenador portátil. Luego de ducharse se pasó un buen rato intentando elegir qué ropa era la más adecuada para ir a su primer día de clases.

Finalmente, decidió que llevaría un vestido verde oscuro con medias negras, unas botas sin tacón negras y un cárdigan negro, añadió a esto su mochila de cuero y se sintió preparada. Se maquilló un poco y comenzó a preparar cereal con leche para desayunar.

Aún nadie se había levantado en su apartamento y mientras echaba la leche en el cereal se sintió un poco nerviosa, se le vinieron a la mente pequeñas cosas que podrían ir mal ese día, pero ella desechó todos esos pensamientos.

Terminó de desayunar y salió del apartamento con mucha energía. Tomó el metro hasta su universidad, ya se había encargado de memorizar el camino en los días que había tenido libres en la ciudad así que se le hizo muy fácil encontrarla.

Sin embargo, en cuanto entró, se dio cuenta de que se sentía muy pequeña, extraña, distinta, extranjera... Le daba un poco de miedo iniciar conversación con cualquiera de allí, todos parecían conocerse y tenerse mucha confianza y ella era la chica nueva que entraba al final de la carrera.

Trató de respirar y relajarse, a fin de cuentas, había venido para aventurarse, conocer nuevas personas y arriesgarse, para vivir una vida más emocionante por un tiempo. Encontró su aula de clases con facilidad y entró cuando solo había dos personas sentadas dentro.

Eran dos chicas de cabello lacio que estaban entretenidas hablando rápidamente y en voz baja. Alex escogió un asiento que estuviese casi exactamente en el medio del aula. Después de diez minutos la clase inició y el salón estaba repleto de gente.

El profesor era un hombre joven, con una barba poblada y se dedicaba a explicarles a los estudiantes un método bastante complicado de analizar películas para luego redactar críticas cinematográficas. A Alexia le pareció una clase muy interesante y, poco a poco, se sintió más cómoda en ella.

Nadie interactuaba mucho durante la clase pero apenas terminó, todos comenzaron a conversar sobre lo que habían visto mientras recogían sus cosas y se iban del aula. Alexia decidió recorrer un poco las instalaciones. Estuvo haciendo eso por una hora hasta que se cansó y se dispuso a caminar por las calles aledañas.

Se sentía feliz, satisfecha, emocionada. Le parecía que la nueva universidad y la nueva ciudad iban a brindarle un último año de carrera muy interesante. Iba pasando frente a un café y decidió entrar a tomarse algo y escribirle un correo a su madre, ya que se sentía tan contenta. Entró y pidió un capuccino caliente porque detestaba los cafés fríos, y un muffin. En cuanto le dieron su pedido, se dirigió al piso de arriba.

Cuando iba subiendo las escaleras con paso lento, alguien pasó con brusquedad por su lado y le hizo derramar absolutamente todo su café en el suelo, salpicando bastante su camiseta. Alexia sintió que quería asesinar a alguien, pero cuando volteó, buscando al culpable, encontró un chico de ojos claros y cabello castaño mirándola con culpabilidad.

—Los siento mucho. De verdad, discúlpame. —Le dijo el chico. Ella no supo muy bien qué responder, en su interior se estaban debatiendo dos sentimientos muy opuestos: la ira contra la persona sin rostro que le había tirado el café y la atracción inmediata que sintió al descubrir al chico atractivo que lo había hecho.

—Eh.. Bueno, no te preocupes. —Le dijo e intentó sonreír.

—No puedo reponer tu camiseta en este momento, pero tu café sí. Dime cómo lo quieres y yo te lo traeré... Y no me digas que no porque solo me harás sentir más culpable. —Le dijo al ver que ella estaba a punto de rechazar su ofrecimiento.

Ella se rió y aceptó. Le dijo que estaría sentada allá arriba y le pidió de nuevo un capuccino caliente. El chico se fue sonriendo y ella se sentó en una esquina a esperar. Estuvo unos segundos así, casi sin pensar mucho hasta que recordó que quería escribir un correo, así que sacó su ordenador portátil y se puso a redactarlo.

A los pocos minutos se acercó el chico con dos cafés.

—Hola. —Le dijo —¿Me puedo sentar contigo? — Preguntó.

—¿Es una condición para poder tomarme el café? — Le dijo Alexia, que siempre tendía a actuar con prepotencia y sarcasmo, aunque sin intención de parecer antipática.

Él, sin embargo, se echó a reír con naturalidad, y le respondió.

—No, para tu café no hay condiciones. Te lo debo. Pero no me gusta tomar café solo y la persona con la que me iba a encontrar me dejó plantado. Así que... —Le dijo.

E ella le pareció bastante honesto, además era indudablemente guapo, así que aceptó. Se sentó y comenzaron a conversar de cualquier cosa. Él le dijo que se llamaba Mark y tenía 25 años. Ella le contó lo que hacía allí y él le explicó que trabajaba en una empresa de redes. Luego se pusieron a hablar del café y de películas.

Cuando Alexia se terminó de tomar su café y comerse su muffin, Mark aún tenía la mitad del suyo en la taza, probablemente ya frío. Ella se sintió un poco incómoda al darse cuenta de que ya no tenía motivos para estar allí sentada así que le dijo que debía irse.

—Tengo que irme. La pasé muy bien. Gracias por el café. —Le dijo mirándolo a los ojos, pero sin moverse de su silla.

—Gracias a ti por perdonar mi torpeza. —Le dijo.

Se quedaron ambos en silencio por unos segundos. Alexia estaba deseando que él le pidiera su número de teléfono y hasta dudó en si debía pedirlo ella, pero no se atrevía. Estaba a punto de rendirse cuando él habló.

—Quisiera volver a verte, ¿Qué tan seguido vienes a tomar café aquí? — Le preguntó.

—Es la primera vez que vengo. Soy nueva en la ciudad así que aún no tengo lugares recurrentes ni tradiciones. Puedo venir pronto si me invitas. —Le dijo con una sonrisa.

Mark le pidió su número de teléfono y se despidió, diciendo que la llamaría para invitarle otro café. Alexia se sentía radiante, le parecía un chico muy atractivo, inteligente y agradable, además, uno de sus deseos al irse de mundus era conocer a alguien de otra nacionalidad, distinto, que de alguna manera no le recordara en nada a los anteriores chicos con los que había salido.

Ella tenía 21 años y había salido seriamente con cuatro chicos y todas las experiencias habían sido bastante lamentables. No habían sido relaciones verdaderamente traumáticas para ella pero la dejaban siempre con una sensación de desagrado y desolación que odiaba con toda su alma. Por algún motivo se había convencido de que el espíritu ancestral europeo arruinaba la ligereza de las relaciones humanas así que estaba segura de que en el nuevo continente encontraría a la persona correcta.

Sin embargo, intentó no pensar demasiado en eso y se dirigió a su apartamento, solo porque no se le ocurría otra cosa que hacer. Cuando llegó, estaba su compañero de piso tirado en el mueble de la sala mirando televisión. El chico se llama Gabriel, había nacido en Colombia pero se había mudado con su familia a Nueva York cuando tenía apenas 5 años. Trabajaba en una tienda de comida rápida como gerente, tenía 25 años y todos sus amigos eran latinos.

Era un chico muy agradable pero quizá demasiado fiestero para el gusto de Alex. Él nunca había actuado con ella como si le interesara demasiado y la noche en que la invitó a beber con todos sus amigos la trató claramente como una amiga, así que ella se sentía bien en su compañía porque le parecía que estaban en la misma página.

Gabo trabajaba todos los días, solo con uno que otro día libre en la semana y siempre lo pasaba durmiendo o fuera de la casa, según ella había podido percibir el poco tiempo que había vivido allí; así que le pareció un poco extraño encontrarlo allí en medio de la tarde.

—Hola, ¿qué haces aquí? — Le preguntó Alex.

—Vivo aquí. —Le respondió sin mirarla.

—Wow. Lo sé... solo... —Dijo y decidió callarse e irse a su habitación.

—Lo siento. Estoy de mal humor. Me siento un poco mal del estómago así que pedí un día en mi trabajo. —Le dijo antes de que Alex entrara al cuarto.

—Ah, qué mal. Deberías tomarte algún medicamento. ¿Has tomado algo? — Le preguntó, solo por parecer amable e interesada.

—Sí —Le respondió Gabo simplemente así que ella se encerró en su habitación.

La semana transcurrió rápidamente sin que Alexia notara realmente una diferencia entre un día y otro, sin embargo, todos le parecían igual de interesantes. Se levantaba temprano, desayunaba y salía a la universidad, allí veía sus clases e intentaba todos los días interactuar un poco con sus compañeros sin conseguir llegar más lejos de un par de palabras concretas sobre las clases.

Luego de esto, se iba a tomar un café o caminar por los alrededores hasta que se cansaba y se iba a su casa a estudiar, encerrada en su habitación. No había visto a Gabo en toda la semana porque aparentemente sus horarios no coincidían nunca, y tampoco había recibido mensajes o llamadas de Mark, el chico atractivo del café.

Así que el siguiente domingo por la noche, mientras miraba series en internet comenzó a sentir un poco de miedo. De pronto le dio pánico que nunca lograra establecer una relación con nadie de su universidad, que Gabo simplemente nunca estuviese allí y que el chico del café se hubiese olvidado de ella; le dio pánico sentirse sola. Esto no le había sucedido desde que se había mudado a Nueva York y ella pensó que nunca le sucedería.

Siempre había sido una persona más bien solitaria, no le gustaba mucho salir de fiesta y se cansaba cuando sus amigos la llamaban demasiado. Pero se dio cuenta de que, de pronto, la soledad no se sentía igual que en su antiguo hogar. Allí, en un país distinto, lejos de todas las personas que había conocido alguna vez, lejos de su familia, de sus amigos, se sentía también lejos de sí misma, y se sentía completamente sola.

Sin embargo, mantuvo su enfoque al iniciar la siguiente semana y se concentró en asistir a clases, participar y hacer todos los trabajos lo mejor que podía. Así pasó la semana y le asignaban tantos trabajos que no tuvo tiempo de sentirse sola. El sábado por la mañana la despertó la alarma porque la había configurado, la apagó y se echó a dormir de nuevo. Hacia el mediodía abrió de nuevo los ojos y revisó su teléfono por la mala costumbre que tenía de hacer eso apenas despertaba.

Pero se levantó de golpe de la cama cuando vio que tenía un mensaje que decía: “Hola, Soy Mark, el chico que te debe un montón de cafés de ahora en adelante. ¿Cómo estás?”. Ella se quedó un rato mirando el mensaje sin saber qué pensar. Había tardado bastante en escribir, pero en ese punto se dio cuenta de que le daba igual.

olo quería participar en cualquier cosa que surgiera y disfrutar de la vida, se sentía positiva. Así que se levantó, desayunó y se quedó un rato viendo un par de episodios de su serie favorita y cuando se cansó de hacerlo, le respondió.

Hablaron un rato por mensajes y a Alex le pareció que la imagen agradable que había dejado en ella el día que se conocieron se había afianzado con esa conversación. Después de un rato de hablar de varias cosas aleatorias, él le pidió que se encontraran esa tarde en el mismo lugar en que se conocieron. Ella dijo que le parecía excelente y se dispuso a vestirse.

Estuvo lista muy pronto porque estaba de buen humor así que todo le parecía fácil y entretenido. Tomó el metro y llegó al café. Estaba bastante lleno de gente, así que ella decidió ir al segundo piso y sentarse en la misma mesa en la que se había sentado la vez anterior.

Una vez que estuvo sentada allí se comenzó a preguntar si no parecería un poco romántico que ella lo estuviese esperando allí así que se levantó y se cambió a la mesa de al lado. No quería

darle la impresión de ser una romántica empedernida a un chico al que casi no conocía. A los dos minutos lo vio subir por las escaleras. Él la vio inmediatamente y se acercó sonriendo.

—Hola. Ya te pedí el café, ¿eh? Así que espero que quieras tomar lo mismo que ese día. Además vi que comías un muffin de chocolate y te pedí uno también. —Le dijo con ligereza.

—¿Ah sí? Me sorprende tu seguridad. ¿Qué pasaría si hoy no quería café sino té? ¿O si yo ya hubiese hecho mi propio pedido? —Le dije en modo de chiste y él se rió.

—En ese caso tendría que tomarme dos cafés y comerme dos muffins, con lo cual no tengo mucho problema, la verdad. —Le respondió.

—Quería escribirte al día siguiente, lo sabes, ¿no? — Le dijo de repente a Alex. Ella se sintió un poco confundida, y luego halagada.

—No, no lo sabía. ¿Por qué no lo hiciste? — Le preguntó mientras tomaba un sorbo de café.

—¿Por qué? Las reglas Alex, las reglas. No puedo parecer un acosador, y menos sin saber si le gusto también a la chica que me gusta.-

—Ah, ¿es que te gusto? Qué interesante. Pensé que solo eras una persona muy moralista que sentía que debía pagar por sus errores muchas veces, así que te acepté esta invitación a tomar café para hacerte sentir mejor. —Le dijo bastante serio. Mark se quedó en silencio, se notaba bastante incómodo. No decía nada y Alexia se dio cuenta de que se lo había tomado en serio.

—Es un chiste... —Le dijo.

—¡Wow! —Le dijo y se echó a reír.

—Eres ruda, te lo creí por completo. Estaba buscando una respuesta adecuada. —Le dijo.

Alexia se echó a reír con él y en ese momento llegaron con el pedido. Comenzaron a tomar sus cafés y Alex sintió la necesidad de reponer su actitud anterior, porque le parecía que Mark se había sentido bastante incómodo así que le hizo preguntas acerca de su trabajo. Él pareció sentirse más cómodo y no pararon de hablar por una hora.

Él le contó que lo habían ascendido hacía poco y ahora tenía que coordinar a un grupo de personas, así que se sentía satisfecho con su trabajo. Alexia decidió contarle sus opiniones y perspectivas acerca de su propia carrera y resultó que a él le encantaba el cine.

—Ya tengo otra excusa para invitarte a salir. —Le dijo sonriendo. —De hecho... Hoy están estrenando una película que tiene pinta de ser muy buena.

—Pues deberíamos ir a verla. —Le dijo Alex.

Fueron a comprar las entradas al cine y mientras esperaban que se hiciese la hora de entrar Mark la invitó a comer hamburguesas. Alexia se sentía completamente feliz. Mark le parecía un chico encantador, se sentía absolutamente fascinada por él. Después de ir al cine, él la acompañó hasta su casa y se despidió de ella con un beso en la mejilla.

Alexia entró a su habitación y se echó en su cama. Casi no podía creer lo bien que había ido la cita, y lo fácil que se le había hecho conversar con Mark, aún cuando prácticamente no lo conocía. Era algo distinto, algo nuevo, y eso le agradaba.

La semana siguiente fue más de lo mismo en la universidad, sin embargo, una chica con la que había hablado en algunas ocasiones en sus clases la invitó a una fiesta de la facultad el siguiente fin de semana, a la que Alex aceptó ir de buena gana.

Desde el domingo después de salir con Mark hablaron por teléfono todos los días, se enviaban mensajes y él la llamó un par de veces. El viernes la invitó al cine de nuevo pero sonaba un poco serio cuando la llamó. Le dijo que luego del cine irían a cenar porque tenía que hablar sobre algo con ella. Ella rechazó la invitación porque tenía que reunirse con dos chicas de su clase para comenzar a escribir el guión del cortometraje que debían comenzar a grabar en unas cuantas semanas.

Las dos chicas se llamaban Alice y Sophie. Eran bastante serias y, según la percepción de Alex, no parecían ser muy buenas amigas. Alexia quedó con ellas en el grupo porque fueron ellas tres las únicas que no consiguieron rápidamente con quien reunirse, así que el profesor las identificó y les recomendó que se juntaran ellas tres para trabajar en el proyecto.

Trabajarían en ello durante todo el semestre, así que Alexia estaba decidida a llevarse muy bien con ambas para que la experiencia fuese agradable. Ese viernes decidieron reunirse al final de la tarde en el apartamento de Alice, que vivía en Manhattan con sus padres.

Alexia llegó a eso de las cinco de la tarde al edificio que había anotado en su cuaderno cuando Alice le dio la dirección en clases. En cuanto llegó, la llamó por teléfono, Alice contestó y le dijo que le dijera al portero su nombre y él la dejaría subir. Alex entró en el edificio de puertas enormes de vidrio y se encontró con un hombre joven uniformado que le preguntó a quién visitaba.

Ella dio su nombre, él buscó en una lista y la acompañó al ascensor, marcó el piso tres y se despidió amablemente. Alice recibió a Alex con una sonrisa tranquila. El apartamento era muy grande y muy lujoso.

—Mis padres no están así que puedes sentirte cómoda. ¿Quieres algo de tomar? — Le dijo Alice.

—Eh... Sí, algo caliente preferiblemente. —Le respondió mientras se frotaba las manos.

Alice se acercó a ella, le pidió su chaqueta y la guardó en un armario. Alexia se sentó en un mueble en la sala mientras esperaba a su anfitriona, y rápidamente se dio cuenta de que el frío que la estaba torturando afuera dejó de sentirse en cuanto estuvo unos minutos dentro del apartamento, la calefacción estaba en el punto perfecto.

Alice salió de la cocina con dos tazas de chocolate caliente.

—Espero que te guste el chocolate. —Le dijo mientras alargaba la mano ofreciéndole una taza.

—Me encanta. Gracias —Respondió Alex.

—Vamos a otro lado para comenzar a organizar lo que tenemos que hacer. Sophie viene en camino. —Le dijo Alice y al dirigió a lo que parecía ser una oficina-biblioteca al final de un pasillo largo.

Entraron allí y Alice puso un ordenador portátil sobre la mesa de madera. Ambas se sentaron frente a ella y comenzaron a hacer un documento en el que marcaban paso por paso lo que debían hacer para la próxima clase y las asignaciones que seguían a esta hasta el final del semestre.

Cuando llevaban media hora trabajando, llegó Sophie. Las saludó sonriente, se disculpó por llegar tarde y se puso a trabajar con ellas. Trabajaron arduamente por dos horas, hasta que Sophie interrumpió.

—Creo que necesitamos descansar, pensar en otra cosa por un rato... Vamos a ver una película. —Dijo con una sonrisa.

Alexia y Alice estuvieron de acuerdo así que Alice las llevó a su cuarto en el que tenía un televisor enorme y se sentaron a ver una comedia romántica que resultó ser bastante boba pero medianamente divertida.

Alice trajo helado, cervezas y ordenó pizza, así que comieron hasta que ya no podían más. Cuando ya habían tomado seis cervezas cada una, estaban entretenidas conversando y riéndose, y Alexia se sintió por fin como parte de algo desde que había llegado a Nueva York. Le pareció que había pasado rápido, sin embargo, así que se sintió bastante agradecida.

—¿Van a la fiesta de mañana? — Les preguntó.

—¡Sí! Janis me invitó, lo cual me pareció bastante raro porque creía que no le caía bien... Pero sí, supongo que iré. ¿Tú vas? — Respondió Sophie.

—Excelente. Yo también iré y la verdad no quería estar deambulando sola en una fiesta en la que no conozco a nadie realmente. Pero ya que tú vas... —Le dijo sonriendo. —¿Y tú Alice?

—No lo creo, quedé en salir con mi novio mañana. —Respondió.

—Alice nunca habla de su vida personal. Es insoportable. Nunca he conocido a este dichoso novio. Si soy sincera, a veces pienso que quizá es una chica y te da vergüenza admitirlo. —Dijo Sophie y se echó a reír a carcajadas. Alice sonrió y le dijo que se callara en tono de broma.

—Chicas, es tarde. Ya debería irme. —Les dijo mientras empezaba a recoger sus cosas, al darse cuenta de que ya era bastante tarde.

—No te vayas Alex, podemos quedarnos aquí, ¿no? — Preguntó Sophie mirando a Alice.

—Sí, claro. Quédate a dormir, podemos ver más películas y todavía quedan cervezas en la nevera. —Respondió.

Alex aceptó y se dispusieron a ver una película de terror. Ya estaban las tres bastante afectadas por el alcohol de las cervezas y se reían de todo.

—No entiendo porqué estamos viendo estas películas tan malas. ¡Estudiamos audiovisuales! —Les dijo después de que se rieran todas durante diez minutos del supuesto asesino de la película que estaban viendo.

—Porque no podemos ser serias siempre, Alex. Se tiene que saber cuando ser simple y divertirse en esta vida. —Dijo Sophie.

—Yo toda la vida me entretuve con Ingmar Bergman, ¿me entiendes?. Mi papá es un intelectual insufrible así que de pequeña me ponía a ver películas de cine independiente que definitivamente no eran para niños. Por eso soy así como soy. —Dijo Alice.

—¿Cómo eres Alice? ¿Extraña? ¿Intensa? ¿Oscura? — Dijo Sophie y se echó a reír a carcajadas y Alex la acompañó.

—Exactamente. —Dijo Alice con una sonrisa y se tomó lo que le quedaba en la botella de cerveza de un solo trago.

—Alex, cuéntanos más de ti, por favor. ¿Qué te parece New York? — Preguntó Sophie.

—Me encanta. Es lógico, ¿no? — Respondió.

—Sí lo es, sin duda. —Respondió Sophie.

—Ya no soporto una cerveza más. —Dijo Alice. —Necesitamos cambiar de alcohol.

—¿Cómo se pueden cansar de la cerveza? No les creo. —Dijo Alexia.

—Yo nunca bebo, Alice lo sabe. Lo estoy haciendo hoy porque te estamos dando oficialmente la bienvenida a nuestro pequeño grupo patético de amistad. —Dijo Sophie entre risas.

—Muchas gracias, de verdad, no saben lo que esto significa para mí... Quiero agradecerle a mi familia por el apoyo incondicional... —Dijo Alexia mientras se paraba encima de la cama y actuaba como si estuviese recibiendo un premio. Todas se rieron.

—Voy a buscar vino. —Dijo Alice y salió del cuarto.

Sophie y Alex se acostaron en la cama mirando al techo. Alex sentía que la cabeza le giraba un poco, se sentía ligera y alegre. Además, se sentía libre de prejuicios y temores así que comenzó a hablar y hablar con Sophie, mientras ella solo se reía.

—Por cierto... ¿qué pasa con la gente de nuestra clase, no se llevan bien con ellos? — Preguntó Alex.

—Aaaaah. Da igual Alex, no pienses demasiado, Alice y yo nos parecemos más de lo que se ve a primera vista, el resto simplemente no son mi tipo de gente. Ahora Janis... ella es otro asunto. Me odia porque Jason estaba tan enamorado de mí que no lo podía ocultar. Bueno, eso creí, quizá después de todo no me odia. No lo sé... Quiero ir a esa fiesta. —Sophie se puso a hablar y Alex no tuvo ganas de interrumpirla ni siquiera para preguntar quién era Jason.

—Me encantan los extranjeros. Por eso le dije a Alice: tenemos que invitarla, está sola... Alice, como siempre, se negaba pero eres muy linda Alex, tienes una buena vibra... Porque, ¿sabes?... —Decía Sophie enredando un poco las palabras, cuando Alice entró a la habitación con una botella de vino que parecía bastante costosa.

—No Sophie, por favor, ya basta. Estás mareando a Alex. —Le dijo mientras pasaba la botella a Alex.

—¿Directo de la botella? — Preguntó.

—Directo. —Respondió Alice.

—Wow, Alice, este vino es buenísimo. —Dijo Alex después de probarlo.

—Es un vino importado de Italia, del viñedo de un amigo de mi padre. Me matarán cuando sepan que ya no está. —Dijo y se encogió de hombros.

Las tres se tomaron la botella bastante rápido y se entretuvieron haciendo confesiones de sus pasados, viendo videos en internet y recordando eventos y chismes pasados de la universidad, antes de que Alexia llegara allí.

Al día siguiente Alexia se despertó con dolor de cabeza. Revisó su teléfono como hacía siempre que se despertaba y vio que tenía un mensaje de texto de Mark, solo la saludaba y le preguntaba qué estaba haciendo. Le pareció lindo y le dio un poco de tristeza no haber salido con él el día anterior, así que decidió invitarlo a la fiesta de esa noche. Cuando las chicas se levantaron, Alice pidió que le enviaran desayuno del café que estaba justo abajo y comieron mientras conversaban.

Se quedaron allí hasta casi el mediodía cuando Alex ya sentía ganas de regresar a casa. Sophie y ella se despidieron de Alice y salieron a tomar el metro.

—¿Nos vemos hoy en la fiesta? — Preguntó Sophie.

—Sí, claro. Quiero invitar a un chico con el que estoy saliendo. —Le dijo Alex.

—No, ¡Alex! No me hagas esto... Me voy a aburrir yo sola mientras tú te diviertes con tu chico. —Le dijo e hizo un puchero intentando convencerla. —Por favor, por favor. A esta fiesta no, invítalo al cine el domingo. —Dijo.

—No es lo mismo Sophie... Pero está bien, no lo invitaré, iremos solo tú y yo. —Dijo Alex.

Se dio cuenta de que para ella se había vuelto importante la amistad que estaba surgiendo entre ellas, le parecían chicas inteligentes, divertidas y con buenas intenciones, así que estaba dispuesta a alargar un día más su reunión con Mark para establecer lazos más profundos con Sophie.

—¡Gracias! Eres la mejor persona del mundo. —Le dijo Sophie y la abrazó.

Cuando Alex llegó a su habitación seguía con dolor de cabeza pero sentía feliz. Habían avanzado bastante en el proyecto de la universidad, se había divertido mucho con las chicas y estaba hablando con Mark por mensajes de texto.

Cuando ella le dijo que iba a ir a una fiesta a la cual no lo podía invitar porque ella era el plus uno de su amiga -la excusa que le inventó para complacer a Sophie —Mark le dijo que tenía muchas ganas de verla y le pidió que tomaran un café en la tarde, aunque sea para hablar un rato con ella. Alex aceptó y quedaron en verse en un lugar cercano a su casa.

Ella se arregló de forma que pareciera que no había puesto mucho esfuerzo, fue por ese estilo de casualmente linda. Él estaba sentado dentro del café revisando su teléfono y a Alex le pareció que no podía existir un chico más guapo que él. Se acercó un poco nerviosa pero más emocionada de poder encontrarse con él. Él levantó la mirada y le sonrió abiertamente.

—Hola. —Le dijo él simplemente. Ella le respondió y se sentó frente a él. Se sentía casi embujada, la atracción que estaba sintiendo por él no la había sentido antes.

—Esta vez no pedí el café por ti. —Le dijo.

A partir de ese momento comenzaron a hablar fluidamente, sin casi detenerse más que para hacer sus pedidos. Cuando la mesera los interrumpió en medio de una conversación bastante apasionada sobre la influencia de las redes sociales en la sociedad actual, Alex sintió que la extraían de un espacio extraño hacia la realidad de golpe.

Se dio cuenta de que todo ese rato habían estado acercándose el uno al otro por encima de la mesa, levemente, pero lo suficiente como para que se notara la diferencia cuando se acomodaron en sus sillas para recibir los cafés que habían pedido.

Mark recibió su café y le agradeció a la mesera. Luego miró a Alex con una sonrisa que ella no supo identificar.

—Estoy pensando que podríamos algún día hacer un proyecto juntos. Me gustan tus ideas con respecto a las redes sociales. Podríamos crear un pequeño negocio de marketing digital y publicidad. —Le dijo Mark.

—Suena muy bien, parece una idea interesante. Podríamos producir videos cortos para publicidad online. —Le propuso Alexia y discutieron sobre ello un rato más y, poco a poco, se desviaron hacia otros temas.

Hablaron aproximadamente una hora más y Alex se dio cuenta de que ya debía regresar a casa para arreglarse e ir a la fiesta pero antes de que pudiera decir nada Mark vio su reloj e interrumpió la conversación.

—Tengo que irme Alex. Supongo que tú también. —Le dijo.

—Sí, ya tengo que irme también. —Le respondió. Mark se fue a pagar la cuenta y regresó.

—Gracias por aceptar salir conmigo. —Le dijo sonriendo.

—Ya lo he aceptado varias veces, así que pronto vas a tener que dejar de agradecerme, si no se va tornar un poco incómodo esto. —Le dijo en modo de broma y ambos rieron.

Mark le dio un beso en la mejilla y se fue al lado contrario al que ella se iba. Alex llegó directamente a ducharse. Tenía una llamada perdida de Sophie y varios mensajes de texto de ella que no había revisado porque puso el teléfono en silencio mientras estaba con Mark. Ella le preguntaba la hora en la que iban a encontrarse y le pedía opiniones acerca de la ropa que se quería poner.

Alex decidió rápidamente lo que se pondría, eso le pasaba cada vez que se sentía feliz y estuvo hablando por teléfono con Sophie todo el rato. Decidieron encontrarse en una estación de metro. Cuando Alex iba saliendo se encontró con Gabriel.

—Hola guapa. —Le dijo. —¿Para dónde vas tan bonita? —

—¡Gracias! Voy de fiesta. —Le respondió Alexia. Gabriel estaba comiendo alitas de pollo en la mesa de la sala.

—Wow. ¿No me invitas? — Le dijo con una sonrisa. Alex pensó al principio que era un chiste, pero al fijarse en su expresión se dio cuenta de que lo decía en serio.

—Ah... Gab, lo siento, voy con una amiga y me pidió que fuéramos solas. No quiere sentirse excluida. —Le dijo, un poco incómoda por rechazarlo.

—Está bien, te lo perdono esta vez pero espero una invitación pronto. —Le dijo y le ofreció una pieza de pollo que ella rechazó porque ya iba de salida.

Cuando llegó a la estación del metro Sophie ya estaba allí esperando.

—Llegué temprano. ¿Me queda bien? — Le preguntó sobre la blusa bastante reveladora que llevaba puesta y que Alexia la había ayudado a elegir a través de fotos.

—Hermosa. —Le respondió Alex. Ella no se atrevía a vestirse así pero le parecía que en Sophie se veía muy bien. Las dos se fueron conversando sin parar todo el camino, Alex sentía

como si la conociera de toda la vida.

—Alice está llamando. —Dijo Sophie y atendió la llamada.

—Hola linda. ¿Qué tal?... Sí, aquí vamos camino a la fiesta... Oh, ¿en serio? Pero... Ok, te veremos allá. Bien, adiós. —Sophie colgó y miró a Alex con preocupación. —Alice va a ir a la fiesta.-

—Pensé que saldría con su novio. —Respondió Alex un poco confundida.

—Sí, salió con él pero aparentemente tuvieron una pelea... o algo así. Me dijo que se sentía mal y quería distraerse. Así que nos veremos con ella allá. —Dijo Sophie. —Alice es extraña pero ya te acostumbrarás.-

—¿Esto le sucede muy seguido?... Esto de pelear con su novio. —Preguntó Alex porque estaba intentando comprender la relación que tenían Sophie y Alice y la forma de ser de cada una. Sophie era mucho más amable y abierta que Alice, pero Alex no podía evitar sentir que Alice era tenía un corazón mucho más sensible y honesto.

—No... Es decir, no estoy segura. De vez en cuando me llama diciendo que se siente mal pero no me cuenta muy bien lo que sucede así que solo salimos o nos reunimos en su casa a comer y tomar vino. Es bastante cerrada Alex, pero nuestra amistad es de verdad. —Respondió con seriedad, aunque sin perder la sonrisa.

Llegaron al edificio donde era la fiesta pensando que tendrían que llamar a Janis para que les abriera, pero varias personas entraban y salían del edificio así que ellas entraron y tocaron la puerta que Sophie dijo. Allí sonaba música electrónica controlada por las paredes pesadas que la retenían. Justo cuando iban a tocar el timbre, alguien abrió la puerta dejando salir el fuerte retumbar del bajo de la música.

Sophie conocía al chico que abrió la puerta y Alex lo pudo identificar como alguien a quien había visto en una de sus clases. Ellos dos se saludaron con efusividad y el chico saludó a Alex de paso. Ellas entraron a la fiesta. El apartamento estaba abarrotado de gente que bailaba, reía a carcajadas o jugaba juegos que requerían que los participantes tomaran chupitos de tequila constantes.

—Wow. Es sorprendente la cantidad de gente y el nivel de esta fiesta para la hora que es. —Dijo Alex, ya que las fiestas a las que ella estaba acostumbrada empezaban a ponerse buenas a partir de las doce de la noche.

—Han estado bebiendo desde la tarde. Eso me dijo Dan, el chico que nos abrió la puerta. —Le dijo Sophie al oído para que la pudiera escuchar.

—¿En ese momento? ¿Te lo susurró? —Dijo sorprendida Alexia.

—No, tonta, hablamos por mensajes de texto en la tarde. —Respondió Sophie. En ese momento llegó Janis, las saludó a ambas con cariño y las llevó al área de los juegos de chupitos. Empezaron a jugar y Alex se dio cuenta de que Alice la estaba llamando a su teléfono así que se fue al baño a responder la llamada. Alice le dijo que estaba abajo, que fueran a buscarla. Sophie y ella bajaron. Alice estaba vestida bastante más elegante de lo que Alexia le había visto hasta el momento.

—Estás hermosa. —Le dijo Sophie.

—Es cierto. Me encanta ese vestido. —Le dijo Alex. Pero ella no pareció darle importancia a esos comentarios. Las tres subieron a la fiesta y Alice, apenas entraron, les pidió a las chicas que le consiguieran un trago de cualquier alcohol.

—¿Estás bien? —Preguntó Sophie.

—No. Pero quiero estar bien y para eso necesito tequila. —Dijo con una sonrisa. —Alex. Te ves linda. —Le dijo de pronto dándole un empujoncito en el hombro.

—Gracias. —Respondió Alex mientras le pasaba la botella de vodka que alguien le había dado a ella para que bebieran directamente. Alice la tomó y bebió un largo chorro de vodka antes de pasarla a otra persona. Las tres se integraron en el juego de nuevo, estaban allí todos los chicos que Alex había visto en clases y un montón de gente que no conocía. Después de jugar lo suficiente como para estar bastante mareada, Alex decidió que quería bailar un poco. Pensaba pedirle a Sophie que la acompañara pero no la veía por ningún lado.

—¿A quién buscas? — Le preguntó Alice.

—A Sophie.-

—Se fue con un chico, debe estar en algún lugar de la casa... —Le dijo y se puso el dedo índice sobre los labios indicando que no dijera nada, luego se echó a reír. —Eres raro Alex... ¿Por qué? — Le dijo. Alex se dio cuenta de que Alice estaba un poco borracha pero ella también se sentía intoxicada por los chupitos de tequila, así que casi todo le causaba risa.

—Tú eres la rara. —Le respondió y la jaló del brazo hacia donde todos estaban bailando. Allí bailaron toda la noche, dos chicos se les acercaron y bailaron con ellos un rato. Luego se sentaron porque estaban cansadas.

—Es difícil escoger a la persona correcta, ¿no te parece? Esos chicos... A ver, era guapo ese chico, eso sí, pero no lo sé... La verdad es que nadie me parece lo suficientemente perfecto. Nadie se parece a él, ¿entiendes?. —Le dijo Alice.

—¿A quién?

—¡A mi novio! —Le respondió-

—Ah, claro. Tu novio. Yo también conozco a un chico perfecto. Pero seguramente no lo es... a fin de cuentas nadie es perfecto, supongo.

—Vamos a bailar otra vez. —Le dijo Alice y se levantó del mueble golpeando al chico que tenía al lado.

—Perdón. Lo siento. —Le dijo. —Ven Alex. —Le dijo. Alex se levantó también.

—Espera, ¿qué pasó con tu novio? Sophie me dijo que habían peleado. —Le preguntó.

—Es complicado y no quiero hablar de eso. Quiero bailar. —Respondió esquivando la mirada de Alex, pero ella pudo notar que había tristeza en sus ojos antes de los retirara. Sin embargo, se fue a bailar con ella. Una chica pasó entre todos los que bailaban y les pedía que tomaran alcohol de una botella que Alex no reconoció pero tomó.

No sabía porqué pero se sentía sin límite aquella noche. Los mismos chicos de antes se acercaron a ellas y volvieron a bailar. El chico comenzó a pegarse mucho a Alex y empezó a acariciarle el muslo, Alex le quitó la mano de un golpe pero al segundo siguiente sintió que alguien le tiraba fuertemente del cabello desde atrás.

Ella se volteó como pudo y logró ver la cara de una chica que inmediatamente le dio una cachetada y siguió tirando de su cabello. Alexia estaba confundida y un poco borracha, no sabía que estaba pasando con claridad.

Pero comenzó a defenderse de la chica de manera automática, trataba de taparse el rostro con los brazos para evitar que le rasguñara la cara y cuando la chica la tiró al suelo. De repente sintió que alguien separaba a la chica de ella aunque esta se iba con un mechón de su cabello en la mano que Alex tuvo que quitárselo a la fuerza.

Cuando logró levantarse se dio cuenta de que Alice estaba golpeando fuertemente a la chica. Le dio quizá cinco tres con el puño cerrado a la chica en las mejillas y se levantó. La chica se quedó sentada en el suelo gritándole insultos a Alexia. Alice la estaba arrastrando del brazo hacia afuera del apartamento y ella pudo ver que el chico con el que estaba bailando minutos antes estaba ayudando a la chica a levantarse del suelo.

Cuando estaban afuera del edificio. Alex se dio cuenta de que estaba sangrando en la mejilla y le dolía la cabeza.

—¿Estás bien? — Le preguntó Alice.

—Creo que sí.... Gracias Alice. —Le dijo, todavía un poco confundida.

—No te preocupes. ¿Quieres irte a tu casa? — Le preguntó. —Puedo acompañarte si te sientes mal, o puedes quedarte en mi casa si quieres, está más cerca.-

—¿Sabes qué? Sí, quiero quedarme en tu casa. Me siento mareada. —Le respondió.

—Está bien. Déjame entrar a buscar a Sophie. —Le dijo Alice.

—Me está llamando. —Dijo Alex.

Respondió la llamada y la esperaron allí abajo. Las tres se fueron en taxi hasta la casa de Alice. En el taxi iban riéndose de lo que había pasado, pero Alex se sentía muy agradecida con Alice por haberla defendido. Nunca había sentido que un amigo la apoyara de esa manera, y mucho menos alguien que conocía desde hace tan poco tiempo.

Llegaron al apartamento de Alice cansadas y se acostaron inmediatamente. Pero Alex justo antes de dormir revisó su teléfono y se dio cuenta de que tenía un mensaje de texto de Mark, así que le respondió y conversaron por un rato. Ella intentó sonar coherente y no decirle todo lo que quería porque estaba un poco borracha, y se quedó dormida unos cuantos minutos después.

Al día siguiente Mark le pidió que se vieran un rato en la tarde y Alex aceptó, aún estando bastante resacada. Tomaron café y comieron dulces mientras conversaban. Alex se sentía cada vez más atraída hacia Mark, no sabía explicar muy bien porqué, simplemente estaba segura de que cada minuto aumentaba esta atracción.

Él tenía una voz gruesa y suave que mostraba seguridad y serenidad siempre. Mark recibió una llamada y se levantó de la mesa para contestar. Alex se quedó bebiendo su café y pensando en lo bien que se sentía con él y allí en Nueva York. Tenía muy poco tiempo viviendo allí y ya se sentía parte de todo. Mark regresó a la mesa y se quedó un rato revisando su teléfono.

—¿Quieres ir a una galería de arte? Hay una exposición fotográfica de un amigo mío en media hora. —Le dijo de pronto al levantar la mirada de su teléfono. Esto tomó un poco desprevenida a Alex pero sabía qué quería responder.

—Eh... Sí, claro. Me encanta la fotografía.-

—Perfecto. Podemos ir caminando porque está muy cerca de aquí. Es su primera exposición.

En cuanto terminaron de tomarse el café se fueron a la galería, en el camino Mark le contó que su amigo estudiaba fotografía en la misma universidad que ella, y cuando ella le dijo que estudiaba también allí él se mostró un poco extraño pero Alex decidió no prestarle demasiada atención a eso.

La galería era pequeña y cuando llegaron ya estaba repleta de gente. Mark la guió por toda la exposición, a Alex le parecieron bastante comunes las fotografías, más bien un poco pretenciosas pero decidió comentar solo las características positivas de lo que veía para evitar incomodar a Mark.

Cuando llevaban un rato conversando y riendo mientras tomaban unos de los cócteles que el mesonero repartía, luego de ver todas las fotografías, se acercó el fotógrafo.

Era un chico delgado y alto, vestido con más capas de las que parecía posible y unos lentes de pasta gruesa. Se acercó a Mark y lo saludó con un abrazo. Mark los presentó y el chico le dio un beso en la mejilla y se puso a hablar con Mark sobre su exposición.

Alex se sentía un poco incómoda por el hecho de que el fotógrafo la ignorara por completo, pero decidió distraerse mirando de nuevo una de las fotografías que tenía más cerca. Después de unos minutos, un hombre se llevó del brazo al fotógrafo diciéndole que alguien quería hablar con

él.

—¿Estás aburrida? — Le preguntó Mark con suavidad.

—Un poco, sí. —Le dijo Alex sonriendo.

—Te aburres muy rápido, Alex. ¿Qué quieres hacer ahora? — Le dijo con picardía.

—¿No tienes planes? ¿Un domingo por la noche? No te lo puedo creer. —Le respondió Alex, siguiendo el juego.

—Aaaah, claro que tengo planes, pero no sé si sean lo suficientemente divertidos para ti.

—Ponme a prueba. —Le dijo Alex.

Mark se echó a reír y le dijo que no tenía planes pero que quería inventarlos solo para pasar más tiempo con ella. Alex sintió que se le calentaba la cara con ese comentario. Estaba a punto de proponerle ella cualquier cosa, quizá ver una película pero se vio interrumpida por una llamada de Sophie a su teléfono.

Le dijo que Alice estaba muy triste y que quería pasar una noche de chicas, que le había pedido a ella que por favor la llamara. Alex se sintió muy conmovida con el hecho de que la consideraran para ese plan y recordó cómo Alice la había defendido la noche anterior así que aceptó.

—Lo siento Mark. Me tengo que ir, tendré que perderme tus novedosos planes de domingo. Una amiga me necesita. —Le dijo.

—No puede ser. Estaba a punto de invitarte a todos los musicales que están dando Broadway hasta que aceptaras. —Le respondió. —¿De verdad tienes que irte? — Le preguntó, acercándose un poco más a ella.

—Sí, de verdad tengo que hacerlo. Quizá podemos salir en la semana. —Le dijo sonriendo.

—Sí, quizá.-

—Me voy. —Le dijo Alex, un poco renuente a realmente irse. —Mark la tomó de la mano cuando ya ella se había volteado, así que ella volvió la cara para mirarlo.

En menos de un segundo, él la besó en los labios mientras le tomaba el rostro con las dos manos. Luego la soltó rápidamente y se fue. Ella se quedó paralizada por unos segundos, y después se sintió completamente feliz. Dejó de ver a Mark porque él se desapareció entre la gente y a ella no le importó. Se fue de la galería con una sonrisa en la boca y llegó así a la casa de Alice.

Sophie le abrió la puerta y le dijo que pasara rápido porque estaban viendo una película. Cuando entró a la habitación de Alice se sorprendió al ver que había un montón de dulces y envoltorios de dulces regados por toda la cama, Alice estaba acostada con un pote enorme de cotufas y miraba la película riéndose a carcajadas. Sophie y Alex se sentaron con ella en la cama y vieron tres películas sin detenerse, y sin parar de comer cotufas y chocolates.

—Por favor quédense conmigo hoy. Tengo vino y podemos pedir una pizza. —Dijo Alice.

Alex se sentía bastante cansada por la fiesta de la noche anterior pero quería acompañar a Alice porque notaba que se sentía mal así que aceptó. Se quedaron viendo películas, escuchando música y bebiendo vino. En medio de la noche, cuando ya todas estaban a punto de quedarse dormidas, Alice comenzó a llorar y escondió la cara en su almohada.

Sophie se apresuró en acercarse a ella y acariciarle el cabello. Alex no sabía muy bien qué hacer, así que se quedó allí mirándolas, en silencio. En ese momento recibió un mensaje de texto de Mark. Le enviaba un link de la página web del fotógrafo que habían visto ese día. Alex le iba a responder cuando Sophie le hizo señas de que se acercara a ellas.

—Alice, todo va a estar bien. Te prometo que pronto te sentirás mejor, linda. —Le dijo Sophie, sonando un poco insegura.

Alice de pronto dejó de llorar, levantó el rostro de la almohada y les dijo que se iba a dormir. Las abrazó y se fue de la habitación.

Sophie y Alex no dijeron nada al respecto y se acostaron. Alex siguió hablando con Mark por mensajes de texto durante un rato hasta que se quedó dormida sin darse cuenta.

Al día siguiente, Alex se despertó con dolor de cabeza. Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que estaba sola en la habitación, las dos chicas ya se habían levantado. Se paró de la cama y salió a buscarlas a la sala. Las encontró en la cocina haciendo panqueques.

—Hola, guapa. —Le dijo Alice sonriendo.

—Hola, buenos días. Huele bien. —Les respondió Alexia, aún medio dormida.

—Ya es mediodía tonta. —Le dijo Sophie. —Pero espero que te gusten las panqueques a esta hora.-

—Me gustan las panqueques a toda hora. —Respondió ella.

Alex buscó su teléfono y vio que tenía una llamada perdida de Mark. Así que le devolvió la llamada y estuvieron conversando un rato. Cuando Alexia regresó a la cocina, las chicas tenían listas las panqueques y se fueron a comer todas en la sala, mientras veían la televisión.

Las tres se quedaron todo el domingo en casa de Alice, no salieron ni un minuto y se entretuvieron contándose historias personales, jugando charadas, viendo películas y comiendo. Al día siguiente Alice les prestó ropa a las otras dos chicas para que fueran a la universidad. Alexia se sentía completamente feliz y agradecida con la vida por haber conseguido a dos amigas tan geniales en tan poco tiempo.

No se sentía sola ni extranjera, le parecía que pertenecía a aquella ciudad desde que las había conocido y se divertía como nunca. Ese día estuvieron ajetreados en las clases de la universidad, debían escribir un guión para grabar un cortometraje la siguiente semana y estaban en los ajustes del guión, lo cual generó discusiones acaloradas en el aula de clases.

Al terminar la jornada, Alice les ofreció ir a almorzar a su casa, había pedido a la señora de servicio que cocinara su plato favorito y podía decirle que añadiera dos porciones más. Sophie rechazó la invitación porque tenía que acompañar a su prima a un evento, pero Alexia aceptó. Esa tarde, luego de comer, Alexia y Alice fueron a tomarse un café y luego a ver una obra de teatro.

Alex descubrió que Alice era una chica muy dulce, que le gustaba ser complaciente cuando tenía confianza con alguien, y que esa apariencia ruda que tenía era una forma de protegerse. Conversaron fluidamente y Alex sintió que podían fácilmente convertirse en mejores amigas. Cuando anocheció se despidieron y ambas se fueron a sus casas.

La semana siguió y las tres chicas almorzaban juntas en la universidad y luego hacían alguna cosa al terminar las clases o se iban a casa de Alice para hacer las tareas. Alex se sentía satisfecha también en sus trabajos universitarios pero lo que realmente la hacía soñar despierta era su relación con Mark.

El viernes de esa semana se dio cuenta de que había hablado con él todos los días, él le escribía mensajes de texto o la llamaba y a veces se enviaban videos graciosos por internet. Ese día al final de la tarde, la invitó al cine.

Fueron a ver una película y él la tomó de la mano cuando salieron de la sala de cine. Se fueron a comer algo después de salir y Mark le propuso ir a una fiesta que había en la casa de un amigo suyo. Ella se sintió un poco nerviosa con la invitación porque le parecía que cada vez su relación se volvía más intensa, y esto le agradaba pero le daba un poco de miedo también. Sin embargo, aceptó.

—¿Qué tipo de fiesta es? — Le preguntó Alex.

—Un amigo acaba de terminar su carrera en la universidad y está celebrando, son solo algunas

personas pero este tipo de fiestas suelen extenderse hasta el amanecer. Claro, tú y yo nos podemos ir cuando tú quieras. —Le respondió.

—Está bien. —El dijo ella sonriendo.

Tomaron un taxi hasta al apartamento del amigo de Mark, que se llamaba Dan y en el camino iban conversando sin parar. Al llegar al lugar, Mark la presentó a Dan y otro par de amigos. El lugar estaba bastante repleto de gente, Mark saludó a algunas personas y luego se fue con ella a buscar algo de tomar en la cocina.

—¿Qué quieres tomar? — Le preguntó señalando todas las botellas que había en el mesón de la cocina.

—¿Hay cerveza? — Preguntó Alex y Mark sacó una de la nevera, la destapó, se la dio y se sirvió ron en un vaso para él.

Se fueron a la sala y comenzaron a jugar charadas con un grupo de amigos de Mark. Él la traía cerveza cada vez que a ella se le terminaba la que estaba tomando, así que luego de dos horas en la fiesta, Alex se sentía un poco mareada. Era el turno de Mark para adivinar en el juego y su teléfono sonó, él lo revisó y colgó la llamada, pero sonó otra vez así que lo puso en vibración pero Alex se dio cuenta de que seguían llamando sin parar, se veía la luz de la pantalla del teléfono y se escuchaba vibrar.

Cuando terminó el turno de Mark, sacó su teléfono del bolsillo y lo apagó. Todo esto le pareció un poco extraño a Alex pero decidió no prestarle atención. Pasaron toda la noche jugando todo tipo de juegos en grupo hasta que en la madrugada algunos se pusieron a bailar, y Mark y Alex se sentaron en el mueble a conversar. Ambos estaban bastante influenciados por los efectos del alcohol. Alex se sentía completamente feliz, casi no se podía creer lo mucho que le gustaba Mark, y le parecía que él sentía lo mismo.

Él estaba contándole una historia sobre alguna travesura que hizo cuando era pequeño y ella se echó a reír, él se quedó de pronto en silencio, mirándola y la besó. No dejaron de besarse por varios minutos, hasta que alguien tiró una botella al suelo y el ruido los desconcentró.

Alex miró su teléfono y se dio cuenta de que eran las cinco de la mañana, y le pareció que debía proponer irse a su casa. Mark la miraba sonriendo sin decir nada.

—Creo que ya debería irme. Es tarde... o demasiado temprano —Le dijo Alex. Mark se rio y le dijo que iría a llamar un taxi para ella.

Ella se quedó sentada en el mueble y de pronto se dio cuenta de lo mareada que estaba, así que trató de estabilizarse mirando al techo mientras esperaba que regresara Mark. Dan se acercó a ella y se puso a conversar sobre la fiesta y la persona que había roto la botella. A Alex le costaba un poco responder rápido y adecuadamente, le parecía que se movía demasiado lento.

—Es un buen chico... —Escuchó Alex que decía Dan, pero ella había dejado de prestarle atención.

—¿Mark? — Le preguntó. Dan se echó a reír.

—No me refería a él, pero él también lo es... Tú le gustas de verdad. —Le dijo, ya un poco más serio.

Alex estaba a buscando las palabras adecuadas para responder cuando Mark llegó. Conversaron los tres por un rato pero Alex no estaba muy presente porque se sentía cada vez más mareada y con el estómago revuelto, así que se sentó en el mueble a esperar por el taxi. Cuando llegó, Mark bajó con ella y se despidió con un beso rápido y le dejó dinero para que pagara el taxi.

Alex se durmió apenas tocó el asiento del coche y se despertó cuando el chofer la gritó que habían llegado.

Al día siguiente se despertó con un poco de dolor de cabeza y con un mensaje de texto de Mark y dos llamadas perdidas de Alice. El mensaje de Mark le deseaba los buenos días. Llamó a Alice varias veces pero no respondía así que decidió llamar a Sophie.

—Hola Alex. —Le contestó.

—Hola Sophie, ¿cómo estás? Tengo llamadas perdidas de Alice pero no me responde. ¿Estás con ella? — Preguntó.

—Sí, estoy en su casa. Se siente un poco mal, parece que peleó de nuevo con su novio. La estoy convenciendo de ir al cine hoy. ¿Te animas?

—Sí, claro. Me acabo de despertar así que te escribo en un rato. —Le dijo.

Alex se bañó, desayunó y miró un rato la televisión mientras conversaba con Mark por mensajes de texto. Estaba a punto de escribirle a Sophie cuando Alice la llamó. No le dijo nada acerca de la discusión con su novio, ni mencionó para qué la había llamado temprano, solo le preguntó que si estaba lista para ir al cine.

Quedaron en encontrarse en un cine en el centro de la ciudad, Sophie y Alice irían juntas. Cuando se encontraron a Alex le sorprendió ver que Alice no llevaba nada de maquillaje y tenía los ojos rojos y la nariz hinchada.

Sophie le hizo una señal intentando que no comentara nada al respecto, cosa que Alex no pensaba a hacer. En el poco tiempo que había conocido a Alice se había dado cuenta de que era una chica muy reservada y sensible. Las otras dos chicas ya habían comprado las entradas y cotufas de todas, solo estaban esperando por Alex para entrar a la sala de cine.

Habían elegido una película de ciencia ficción porque era la única que parecía medianamente interesante y no era una comedia romántica, ya que Alice, sin explicar demasiado, había dicho que no quería ver nada de romance. Cuando la película estaba a punto de terminar, y los dos protagonistas de la ciencia ficción resultaron estar viviendo una apasionante historia de amor, Alice se levantó del asiento y murmuró que iba al baño.

—No entiendo porqué es tan cerrada. Quisiera que me explicara lo que le está pasando. — Dijo Sophie. Alex no supo qué responder ante eso y minutos después la película terminó así que las dos chicas salieron a buscar a Alice en el baño.

Cuando estaban entrando Alice venía saliendo con los ojos aún más rojos y moqueando un poco.

—Chicas... ¿terminó la película? Un fraude total, aburrida... —Dijo intentando sonar natural. Al salir del cine decidieron que debían reunirse para terminar un par de trabajos que debían entregar en la universidad así que se fueron a casa de Alice. Cuando llegaron allí, Alex recibió una llamada de Mark.

—Hola linda. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, ¿y tú?

—Muy bien. ¿Quieres ir a Long Beach? Puedo buscarte en media hora. —Le dijo sin rodeos.

—Wow, qué repentino... La verdad es que se supone que debo hacer un trabajo con mis amigas en este momento. —Le dijo. Sophie y Alice escucharon su respuesta y le preguntaron con señas si estaba hablando con el chico con el que estaba saliendo, ella asintió, así que ellas comenzaron a hacerle un montón de señas que Alex no entendía.

—Dame un minuto y te llamo, ¿ok? — Le dijo Alex a Mark.

—Claro, tranquila. Espero tu llamada. —Respondió.

—¿Qué pasa chicas? No les entiendo nada. —Les dijo riendo.

—¿A dónde te está invitando? — Le preguntó Alice.

—A Long Beach.

—¡Tienes que ir! No te preocupes por el trabajo, nosotras adelantamos y mañana te nos unes.
—Le dijo Alice.

—Exacto. Ve con él. —Corroboró Sophie.

—¿De verdad? Gracias chicas, las amo. —Les dijo y corrió a abrazarlas.

Alexia le dijo a Mark que estaba en la casa de una amiga y él le ofreció buscarla allí pero Alex prefirió ir a recoger su traje de baño en su casa y así acicalarse apropiadamente.

Mark la pasó buscando en un coche que ella no sabía que tenía y él le dijo que era una locura intentar utilizarlo en la ciudad así que solo lo conducía cuando visitaba a su familia en los suburbios o hacía viajes a las afueras. Él la recibió con una sonrisa y estuvo bastante conversador en el camino pero ella lo notaba un poco distante, como si tuviese alguna preocupación importante, pero no se atrevía a preguntarle sobre eso.

—Tengo que ir a buscar a Dan y Johnny. ¿Te parece bien que ellos vayan?

—Sí, claro. —Alex no había construido una imagen definida de cómo sería ese viaje relámpago a la playa cuando él la invitó, y la verdad se sentía un poco más cómoda al pensar que no estarían ellos dos solos todo ese tiempo, pero también se sentía un poco decepcionada al pensar que quizá él no quería pasar tanto tiempo solo con ella. Decidió no pensar demasiado en eso y lo sacudió de su mente.

—Estamos pensando quedarnos hasta mañana en la casa de Johnny. —Le dijo Mark.

—Ah... está bien. —Respondió Alex un poco confundida.

—Allá estarán algunos amigos de nosotros esperándonos, se están quedando desde el jueves en la casa de una chica. —Le dijo Mark. —Ah, antes de que busquemos a ese par de bobos, quiero darte algo. —Le dijo mientras intentaba alcanzar un bolso que estaba en el asiento de atrás.

—Pásame ese bolso negro, por favor. —Le dijo a Alex. Ella se lo pasó y él sacó una caja de cartón cuadrada y negra, y se la entregó a ella.

Alex le sonrió y la abrió. Estaba llena de bombones de chocolate, los apartó un poco y encontró un vestido azul claro. Lo sacó de la caja y le pareció que era bonito, que iba con su estilo de vestir. Sintió que se le calentaba el pecho de ternura.

Mark había detenido el coche frente al edificio donde vivía Dan.

—Es hermoso. Gracias. —Le dijo Alex. Él sonrió y se acercó a su cara para darle un beso suave en los labios. Ella sintió que un impulso eléctrico le recorría todo el cuerpo. Él se incorporó y llamó por teléfono a Dan para decirle que estaba esperándolo abajo.

De camino a la playa iban escuchando música y conversando sobre temas generales. Mark le tomaba la mano a Alex de vez en cuando, se le besaba y la volvía a soltar. Mark hacía chistes y comentarios divertidos constantemente, desde que ella lo había conocido y en ese viaje a la playa no fue diferente.

Cada vez que decía algo que consideraba chistoso le echaba una mirada a ella para comprobar que le había causado gracia y a ella le satisfacía esta atención. Cuando llegaron a la casa de la playa, había aproximadamente diez personas en la sala jugando charadas y bebiendo cerveza.

Dan llegó saludando a una chica que, al vernos entrar, miraba a Dan mientras movía un juego de llaves en su mano. Al acercarse a ella le quitó las llaves de la mano y le dio un beso. Luego pasó a saludar a todos los demás y se fue a la cocina a buscar cerveza.

Mark le presentó a Alexia a todos los que estaban en la sala y ellas los saludó con la mano. Luego él le dijo que podía llevarla a su cuarto para que dejara sus cosas allí. Subieron al piso de arriba y Mark abrió la última puerta del pasillo. Era una habitación pequeña, con una cama individual y una ventana grande que daba directamente a la playa.

—Bienvenida. —Le dijo Mark.

—Me encanta esa ventana. Casi quisiera quedarme aquí todo el fin de semana. —Le dijo Alex mientras entraba y ponía su bolso sobre la cama.

—No digas eso porque tendría que encontrar un motivo para obligarte a salir. —Le dijo. —¿Tienes hambre? — Le preguntó.

Ella no se había dado cuenta hasta ese momento de que en realidad sí tenía bastante hambre, y entendió que probablemente parte del vacío que sentía en el estómago se debía a ello. Le dijo que sí y él la invitó a comer hamburguesas en un lugar cerca de ahí. Los dos salieron sin que nadie les preguntara nada.

Caminaron sin ver el mar porque tomaron un camino que dirigía hacia la zona opuesta pero Alexia sentía que podía escuchar las olas del mar y sentir la sal en su piel. Las calles estaban llenas de gente y ellos entraron a un lugar que estaba casi abarrotado.

—Es mi lugar de hamburguesas favorito. De todos. —Le dijo Mark.

—Perfecto. Voy a comprobar qué tan exigente es tu gusto. —Le respondió Alex.

—He recorrido todos los lugares de hamburguesas de New York y las afueras y este es el mejor, sin duda alguna. Y como te estoy invitando, debes coincidir conmigo... A menos que me quieras romper el corazón y el ego. —Le dijo rápidamente mientras llegaba a la caja para pedir. Ella se echó a reír.

—Estás dejando demasiado poder en mis manos, Mark. —Le respondió.

Pidieron dos hamburguesas gigantes y dos merengadas. Se rieron un montón mientras comían, Mark la tomó de la mano en un par de ocasiones y ella ya sentía suficiente confianza para darle un beso en la mejilla cuando él le dijo que verla reír lo hacía sentir satisfecho.

Regresaron a la casa y todos estaban preparándose para ir a bañarse en el mar así que ellos se le unieron. Estuvieron toda la tarde en la playa, tomaron cervezas, se bañaron y llevaron sol. Cuando comenzaba a atardecer regresaron a la casa Dan, Jhonny, Mark y Alexia, porque el otro grupo se iba a la otra casa en la que se estaban quedando.

Ellos cuatro se bañaron y se pusieron a preparar un receta de pasta que encontraron en internet. No les quedó exactamente igual porque no tenían todos los ingredientes necesarios pero sabía lo suficientemente bien como para comerla así que se sentaron a cenar frente al televisor.

Durante el día de playa Alexia había conversado con todos los del grupo y Mark se había comportado como un perfecto caballero con ella, la trataba con cariño, amabilidad y le hacía chistes. Una de las chicas del grupo se le acercó cuando Alexia estaba sola tomando sol en la arena y comenzó a hablarle de lo hermoso que era el mar, Alex siguió la conversación por un rato pero pronto se quedaron en silencio, sin más nada que decir.

En ese momento la chica le dijo que le parecía increíble que ella estuviera con Mark. A Alexia le pareció un poco extraña la forma en la que lo dijo, pero no se atrevió a preguntar más, y segundos después llegó alguien a buscar a la chica así que se quedó de nuevo Alexia sola en la arena.

Ese comentario y la forma en la que lo había dicho la chica se le había quedado grabado. Se sentía muy cómoda y feliz con Mark, le parecía que todo estaba avanzando perfectamente pero tenía la sensación de que había algo que ella no sabía, algo poco claro, raro con respecto a Mark. Como no podía definir qué era, intentó alejarlo la mayor cantidad de tiempo posible de su mente y disfrutar del momento.

Luego de cenar, llegaron a la casa de Dan todos los chicos y chicas que habían estado en la playa con ellos. Trajeron más cervezas, un par de ellos se reunieron a tocar una guitarra y un ukelele, y otro grupo comenzó a jugar tenis virtual con la consola que estaba en la sala. Mark se sentó junto a Alexia y Johnny que estaban escuchando una historia divertida que estaba contando

uno de los chicos de la otra casa.

Pronto comenzaron a jugar juegos que implicaban tomar chupitos de tequila y rápidamente estuvieron todos riéndose de todo y de nada. Cuando ya eran las diez de la noche todos decidieron ir a la playa. Cuando estaban sentados en la arena viendo el mar mientras algunos se bañaban Alex recibió una llamada de Sophie.

—Alex.-

—Hola Sophie. ¿Qué tal?

—¿Sigues en la playa?

—Sí, ¿por qué? — Alexia había empezado a notar cierto tono extraño en la voz de Sophie.

—Alice acaba de tener un accidente... Está bien, pero solo quería avisarte... —Dijo con la voz quebrada. Alex no entendía el sentido de sus palabras muy bien pero la tranquilizó el hecho de que indicara que estaba bien.

—¿Un accidente? ¿Cómo...?

—Bueno, no realmente un accidente, ella... Intentó suicidarse. —Dijo Sophie bajando mucho la voz.-

Alexia se separó del grupo y conversó con Sophie por unos minutos más, intentando entender qué había pasado. Sophie no explicó mucho pero le dijo que se había tomado muchas pastillas y que ya estaba estable pero seguía en el hospital. Alex entendió que debía regresar a la ciudad a primera hora del día siguiente para visitar a Alice.

No se atrevía a ser demasiado detallista con Mark al respecto porque sabía que Alice era en extremo reservada y le parecía una falta de respeto hacia ella explicarle algo tan delicado como lo que había pasado a un completo extraño para ella.

Así que simplemente le pidió que por favor la llevara a la ciudad temprano porque tenía que acompañar a una amiga que había tenido un accidente. Mark percibió que no debía preguntar demasiado y no lo hizo, le aseguró inmediatamente que se irían los dos a primera hora de la mañana.

Esa noche ella intentó continuar divirtiéndose pero se sentía conmocionada con la noticia que había recibido. Sabía que Alice no estaba muy bien pero nunca pensó que su situación fuese tan mala como para pensar en quitarse la vida, en realidad ella nunca había entendido por completo a las personas que tomaban ese tipo de decisiones, a ella le parecía mucho más terrorífico causarse la propia muerte que enfrentar cualquier otra cosa difícil en la vida. Pero suponía que el mundo interno de todos es diferente, sin embargo, le dolía pensar que pudo haberse muerto y ella no había siquiera notado que esa era una posibilidad.

Además de eso, Alex sentía un dolor punzante en el pecho que no comprendía muy bien. Sabía que le dolía el dolor de Alice porque ya le había tomado cariño, pero sentía algo mucho más fuerte y profundo que no tenía que ver exactamente con ella, pero no lograba ubicar qué era. El pensamiento en sí mismo del suicidio le producía náuseas, mareo y esa punzada en el pecho. Decidió seguir tomando para no sentirse como se sentía, la parecía que la sensación iba empeorando cada segundo.

En mitad de la madrugada se dio cuenta de que estaba completamente borracha. Mark la estaba tomando del brazo y la llevaba a su habitación. Ella se acostó en la cama y la habitación le daba vueltas. Se sentía aún peor, la punzada se había convertido en un dolor constante y fluido.

Allí acostada se dio cuenta de que había estado viendo imágenes toda la noche del intento de suicidio de Alice, recreaciones en su cabeza, seguramente debido al alcohol y al impacto. Pero luego se dio cuenta de que en esas recreaciones había sangre por todas partes y Alice estaba en un baño.

Luego se dio cuenta de que en el baño había más personas, y Alice estaba en la bañera, cubierta de agua y bañada en sangre. Luego se dio cuenta de que Alice era en realidad un chico. En ese momento se dio cuenta de que ella estaba sentada en la cama de su habitación en la playa sollozando fuertemente y Mark estaba al lado de ella. Alex sintió que abría los ojos pero no podía enfocar nada muy bien.

—Tranquila. —Le decía Mark. —Alex. Estás bien, todo está bien.-

Ella intentó respirar, se concentró en respirar profundamente. Estuvo haciéndolo durante lo que le pareció un largo rato hasta que sintió un enorme impulso de vomitar y salió corriendo al baño. Vomitó un par de veces y Mark tocó la puerta del baño.

Ella le pidió que no entrara, que le llevara su bolso y lo dejara en la puerta. Él lo hizo y ella buscó su cepillo de dientes, se lavó la cara, se cepilló y salió del baño. Mark la estaba esperando sentado en la cama. Su rostro estaba turbado por la preocupación. Alex se sentó junto a él. Él la abrazó y le acarició el cabello.

—¿Estás bien? — Le preguntó él.

—Estoy mejor.-

—¿Quieres dormir?

—No, no creo que pueda todavía.-

—¿Quieres ver una película?

—Sí, eso quiero. —Le respondió Alex.

—¿Puedo quedarme contigo? — Le preguntó Mark.

—Sí puedes. Pero no tienes que hacerlo, puedes regresar a la fiesta, estaré bien aquí.-

—No quiero regresar a la fiesta si tú estás aquí. —Le dijo.

* * * *

Esa noche vieron tres películas seguidas, escogieron dos comedias y una de terror. Se rieron y conversaron sobre las películas. Ella se dio cuenta cuando amaneció que estaba enamorada de Mark.

Al día siguiente, Mark la dejó frente al hospital que ella le indicó y se fue. Alex encontró a Alice dormida, Sophie estaba sentada dentro de la habitación y en cuanto llegó ella se pusieron a conversar en voz baja sobre temas generales hasta que Alice despertó, media hora después. Alex pensó que la iba a encontrar desanimada, triste o quizá irascible pero, para su sorpresa, fue todo lo contrario.

Estaba más dulce que nunca y aparentemente tranquila. Hablaron con ella sobre el clima, sobre su serie favorita y solo mencionaron algo relacionado a lo que había sucedido cuando Alex preguntó si sabía cuándo podía irse a casa, a lo que Alice respondió en un par de días. Se quedaron con ella toda la tarde, cuando oscureció Alex se fue a su casa. Se sentía agotada y al entrar al apartamento se dio cuenta de que Gabo tenía una especie de fiesta en la sala. Él la invitó a quedarse un rato pero ella solo quería dormir.

La semana siguiente Alice no fue a clases. Sophie y Alex la visitaron todos los días y ella parecía estar bien. Mark, por otro lado, le había escrito todos los días pero le decía que estaba muy ocupado con el trabajo y que no podrían verse esa semana. Alex se sentía bien con ello porque quería dedicarle tiempo a acompañar a Alice y a hacer sus tareas que cada vez eran más.

El sábado en la mañana Alice llamó a Alex para decirle que ya estaba en su casa e invitarla a un almuerzo con sus padres y Sophie, para celebrar que estaba recuperada. Alex aceptó y segundos después Mark le escribió pidiéndole que se vieran esa tarde porque quería hablar con

ella sobre un tema importante. Alex le dijo que le avisaría en cuanto estuviera libre para que se vieran,

Al mediodía estuvo en la puerta de Alice y su madre la hizo pasar. Era una mujer alta, imponente pero con una sonrisa abierta. Ya dentro el padre de Alice se acercó a ella y se presentó. Era un hombre de cabello blanco, bastante guapo y con un rostro lleno de juventud.

Les sirvieron la comida en una mesa de vidrio enorme que ella nunca había visto ser usada las veces que había estado allí. Había un banquete enorme de frutas, quesos, pan y vino, además de los platos individuales de carne de ternera, ensalada y puré de papas. Todo estaba delicioso.

Cuando Alex creía que todo había terminado trajeron creme brulee y pedazos de torta de fresa, Los padres de Alice fueron muy amables con las dos invitadas, se interesaron en sus vidas, conversaron con ellas e incluso hicieron chistes. Al finalizar la comida las despidieron amablemente y Alice les dio un abrazo a cada una.

Cuando se fueron de la casa de Alice, Sophie se fue rápidamente a su casa y Alex se dirigió al café en el que había quedado con Mark. Cuando llegó, él estaba sentado esperándola. Ya tenía su café por la mitad y lucía un poco nervioso.

Ella fue primero a pedir su café y luego se sentó con él. Él la saludó con un beso cariñoso y le dijo que se veía bonita. Conversaron un rato sobre el trabajo de Mark y las clases de Alexia pero pronto ella le preguntó cuál era ese tema importante del que quería hablar.

—Es algo un poco complicado, pero quiero ser sincero contigo para evitar que existan confusiones que puedan dañar lo que tenemos.-

—¿Qué es lo que tenemos? — Le preguntó repentinamente Alexia. Él se quedó unos segundos mirándola en silencio.

—No sé, Yo... Yo siento que me estoy enamorando de ti. —Le dijo. Ella sintió un cosquilleo en el estómago y las manos.

—Yo me siento igual. —Le respondió. Él le dio un beso rápido.

—Escucha. —Le dijo Mark. —Tuve una relación bastante caótica con mi ex. Ella y yo no terminamos muy bien y ella... Bueno, no entiende que no estamos juntos, no lo quiere entender.-

—Ya va... ¿Eso quiere decir que tu ex piensa que es aún tu novia? No entiendo cómo es eso posible...-

—No, no. Sé que suena extraño. Ella no quiere aceptar que terminamos definitivamente, insiste en que vamos a regresar, en que solo es una pelea... Está un poco desequilibrada, Alex. Yo la quise mucho pero ya no siento nada por ella que no sea lástima. No me gusta verla sufrir pero me está haciendo sufrir a mí también y he perdido la paciencia. —Dijo y suspiró profundamente.

Se veía honestamente frustrado y Alex no sabía qué pensar o sentir al respecto. Su primer instinto lógico le decía que definitivamente era una historia manipulada por él con la intención de continuar con su relación con la supuesta persona desequilibrada y al mismo tiempo con ella. Era la respuesta evidente, quería intentar convertir a su novia en una acosadora con el fin de convencer a la otra de seguir con él y no preocuparse si sucedía algo extraño.

Pero en realidad estaba luchando con otra parte de sí misma que creía en la sinceridad de las palabras de Mark, y creía que existía la posibilidad de que algo como lo que él le estaba explicando fuese real. Decidió que no creería en ninguna de las dos opciones por el momento pero le daría el beneficio de la duda. Le pidió que le explicara todo con detalle, desde el principio.

Mark le dijo que había tenido una relación de dos años con ella, habían sido muy unidos, incluso piensa que llegaron a amarse de verdad pero ella se volvió muy posesiva, quería saber dónde estaba él todo el tiempo, lo llamaba constantemente, le reclamaba cosas que estaban solo en su cabeza y cuando él intentó pedirle un tiempo separados ella perdió la razón, le dijo que no

podía dejarla y que si lo hacía, ella era capaz de hacer cualquier cosa.

A partir de ese momento, todo se volvió un tormento, ella aparecía en su casa a todas horas, hablaba con la familia de él, y pronto comenzó a actuar como si seguían juntos, él intentó explicar de todas las formas posibles que ya no quería tener una relación con ella, pero ella simplemente actuaba al día siguiente como si él no le hubiese dicho nada.

Ellos habían terminado hacía un año y medio y él no había salido con nadie más en ese tiempo porque precisamente no sabía cómo explicarle a alguien esa situación y porque le daba un poco de miedo tener que lidiar con las consecuencias que eso tendría en la actitud de su ex novia. Alexia escuchó tranquilamente, intentando ser lo más objetiva posible. Pero decidió que necesitaba un par de días para pensar sobre el asunto.

Sentía una especie de empatía por el personaje de la ex novia que él estaba pintando, parecía una chica vulnerable, perdida, sentía que era injusto ponerla en una posición tan degradante. Pero también le parecía que debía ser una tortura tener que soportar a alguien así en tu vida, y que probablemente ella la habría denunciado a la policía si estuviese en la posición de Mark.

Le dijo que entendía lo que le estaba explicando y que quería pensarlo bien durante unos días para luego conversarlo nuevamente.

Ese día se fue a su casa con la cabeza llena de imágenes confusas y el corazón lleno de sentimientos entrelazados. Estuvo toda la semana con la historia de Mark en la cabeza. Trató de concentrarse en las clases pero le costaba muchísimo.

Alice ya había regresado a clases y se veía bastante bien. Esa semana se reunieron casi todos los días para trabajar en un proyecto de clases y el fin de semana siguiente estuvieron rodando un cortometraje con varios compañeros de clase. Ella habló muy poco con Mark esos días. Hablaron por teléfono un par de veces pero quedaron en verse la semana siguiente, cuando estuvieran más libres.

Alex había llegado a la conclusión de que no sabía si todo lo que le había contado era cierto o no pero que quería seguir saliendo con él y que se arriesgaría con todo. Así que el martes cuando se encontraron para almorzar, Alex se sentía decidida y contenta. Comieron en un restaurante italiano y conversaron sobre cosas generales, sin tocar el tema de la ex novia de Mark hasta que estaban comiendo el postre.

—¿Cómo te fue pensando sobre lo que te conté? — Le preguntó él.

—No muy bien, la verdad. —Le dijo ella. Se sentía un poco avergonzada de abordar el tema, no sabía muy bien cómo hablar sobre ello sin evidenciar que estaba completamente indefensa ante lo que sentía por él.

—¿No me crees? — Le preguntó.

—No lo sé. Pero decidí que no importa. Quiero estar contigo, así que simplemente me arriesgaré. Si todo es mentira algún día lo sabré, ¿no? — Le dijo. Él sonrió.

—Supongo que sí.-

—¿Qué tan presente estará ella en tu vida? — Le preguntó Alex.

—No lo sé. Hace días que no sé nada de ella. Pero podría muy bien aparecer dentro de cinco minutos. —Le dijo encogiéndose de hombros.

Hablaron poco más sobre el tema hasta que de pronto Mark se quedó en silencio y bajó la mirada. Alex decidió no decir nada y esperar porque le parecía que él estaba a punto de decir algo que le costaba articular.

—Alex. Quiero que seas mi novia. Por eso te dije todo esto... Quiero estar contigo de verdad.

Alex le dijo que ella también quería ser su novia así que los dos se rieron algo incómodos e intentaron cambiar el tema. Conversaron por un rato más y se fueron. Mark se tenía que ir a

trabajar y Alex debía ir a casa de Alice para terminar de hacer un trabajo. En cuanto llegó, estaban Sophie y Alice haciendo cupcakes.

—¿Vine para esto? Pensé que estábamos muy preocupadas en terminar el trabajo. —Les dijo en forma de chiste.

Se puso a hacer cupcakes con ellas mientras escuchaban música y se reían de chistes tontos. La familia de Alice, como casi siempre, no estaba allí, así que estuvieron toda la tarde dividiendo su tiempo entre divertirse y hacer el trabajo. Se quedaron a dormir esa noche allí y al día siguiente fueron a la universidad bastante resacadas porque se habían tomado cinco botellas de vino tinto entre las tres la noche anterior.

El cariño que Alexia sentía por las chicas crecía con cada día que compartía un poco más con ellas. No había tenido amistades de ese tipo nunca, recordaba en ese momento a sus amigas de la ciudad que había dejado hacía menos de un año y le parecía que habían sido de mentira, le parecía recordarlo casi como una película que había visto alguna vez. No había profundizado tanto en su relación como lo estaba haciendo con Sophie y Alice.

Mucho menos le había pasado algo como lo que le estaba pasando con Mark. No sentía que su relación con él era verdaderamente profunda todavía, pero lo que él le hacía sentir cada vez que estaban juntos era algo que ella definitivamente no había experimentado antes. Sentía que estaba dispuesta a dejar cualquier cosa por continuar sintiendo eso, por profundizar en eso.

Al día siguiente Mark llamó a Alex en la mañana para invitarla a un evento esa noche. Era una inauguración de una obra teatral que protagonizaba Dan. Parecía que Dan tenía como hobby hacer teatro y poco a poco se había ido involucrando más en el asunto de manera que ese día iba a estrenarse como actor semi profesional.

Alex aceptó y se encontraron a las siete de la noche frente al teatro. Mark la saludó con un beso en los labios y ella sintió que le hormigueaban. Él compró dulces y chucherías, entraron a ver la obra. Dan no salía prácticamente nunca del escenario, y lo hacía bastante bien a los ojos de Alex.

Dieron un intermedio en la obra y Mark se levantó algo agitado del asiento mientras atendía una llamada telefónica, se alejó de donde estaba Alex y caminaba de un lado a otro hablando por teléfono. Alex se levantó y se fue a comprarse una bebida. Cuando la había comprado Mark la llamó a su teléfono.

—¿Dónde estás? — Le preguntó con un tono de voz extraño.

—Estoy comprando un refresco. —Le respondió ella.

Mark le dijo que lo esperara allí porque él también quería comprar algo de tomar. Cuando llegó se veía un poco preocupado pero intentaba disimularlo. Compró un agua mineral y le dijo que deberían regresar a la sala porque esos intermedios eran bastante cortos. A ella le pareció un poco extraño porque no habían pasado más de diez minutos pero decidió no discutir.

Regresaron a la sala cuando todavía estaba casi todo el mundo afuera y se sentaron a esperar. Alex se dio cuenta de que el teléfono de Mark vibraba constantemente y él lo ignoraba, como había sucedido en la playa. Pero después de varios minutos de vibración incesante Alex volteó a mirarlo y él hizo un gesto de impaciencia y se levantó del asiento a contestar la llamada. Cuando regresó Alex se le quedó mirando.

—Está bien.. Es ella. —Dijo Mark.

—Lo supuse. ¿Qué quiere?

—Sabe que estoy aquí, ella... sabe que Dan está estrenando la obra, quiere venir. —Le dijo.

Alex no sabía qué pensar o decir, solo sabía que no estaba para nada cómoda con la situación y tampoco estaba segura de cómo afrontarla.

—No sé qué decirte Mark. —Le dijo.

—Yo tampoco sé qué decirte ni qué hacer al respecto. Sé que debe ser una situación extraña.
—Le dijo.

La obra comenzó de nuevo así que los dos hicieron silencio y se dedicaron a verla. Cuando terminó Mark llamó a Dan para saber dónde estaba e ir a felicitarlo, le dijo que estaba en el camerino, que podíamos pasar. Cuando iban en camino Mark agarró una llamada de nuevo desde su teléfono y se alejó.

Alex se dio cuenta de lo que más le incomodaba de toda la situación era que él se alejara de ella cada vez que hablaba con la chica, le parecía sospechoso que no quisiera que ella escuchara su conversación. Lo vio caminar de un lado para otro mientras la gente se movía a su alrededor al irse de sus asientos. No podía ver muy bien la expresión de su rostro porque estaba bastante lejos pero notaba en sus gestos que estaba estresado, molesto o angustiado.

Cuando regresó estaba respirando fuertemente.

—Me está amenazando con suicidarse, de nuevo. —Le dijo como sin pensarlo demasiado. Ella se quedó paralizada, no se le ocurrió nada qué decir. —Tranquila, probablemente es una mentira para llamar mi atención. —Le dijo.

—¿Probablemente? — Le preguntó Alex.

—Bueno.. No lo sé Alex. No tengo idea de nada. Lo único que puedo hacer es pensar que no va a hacerlo. —Le respondió.

Entraron al camerino y se quedaron un rato hablando con Dan allí. Él y algunos de sus amigos los invitaron a un bar luego de allí para celebrar el estreno de la obra. Alex no estaba segura de si era la mejor decisión ir pero aceptó porque no quería demostrarle a Mark la frustración que sentía con todo el tema de su ex novia.

En el bar se distrajo conversando con todos, Mark estaba muy cariñoso y le ofrecía bebidas, le preguntó si quería comer y le insistió en que le dijera en qué momento se quería ir del bar. Estaban a punto de irse porque Dan propuso ir a un club nocturno y solo un par de ellos aceptaron, Mark dijo que estaba cansado y Alex también.

Ella fue al baño antes de irse y recibió una llamada de Sophie diciéndole que Alice estaba de nuevo en el hospital. Esta vez Sophie estaba llorando abiertamente mientras le explicaba que había sido mientras ella estaba en el apartamento de Alice. Le dijo que estaba en el cuarto viendo una película y Alice le dijo que iría a bañarse pero como tardaba, ella fue a buscarla y al ver que no respondía entró y la encontró con las venas cortadas, tirada en la bañera.

Alice le explicó todo esto entre llantos y palabras confusas y le pidió que fuese al hospital en ese momento a acompañarla. Alex colgó el teléfono y se dio cuenta de que las manos le temblaban horriblemente, se miró en el espejo y se vio pálida. Abrió la puerta del baño del bar para salir pero sentía que no podía caminar, sentía que no tenía control sobre sus piernas y no podía hacer que se movieran.

Intentándolo con mucho esfuerzo, logró caminar un par de pasos pero la visión se le nubló, se sentó en el suelo, intentó respirar con profundidad pero las imágenes inconexas de sangre, un cuerpo en el agua y personas llorando que se le acumulaban en la cabeza la atormentaban a tal punto que sentía que no podía respirar. Había dejado de ver el lugar en el que estaba por completo, su visión se intercalaba entre estas imágenes indefinidas y una nebulosa gris que no le permitía enfocar nada.

Pero dentro de aquél caos Alexia pudo identificar una cosa. Las imágenes que veía en ese momento y las que había visto en la playa cuando le avisaron del primer intento de suicidio de Alice no eran proyecciones imaginarias de lo que le había pasado a ella, eran sus recuerdos

borrosos del suicidio de su hermano. Cuando pudo definir esto, logró comenzar a sentir que respiraba. En ese momento sintió que Mark estaba tocando su hombro, intentó enfocar y logró limpiar un poco su visión.

—¿Qué pasa...? Alex, Alex... Alex, ¿qué tienes? ¿Estás bien? — Le preguntaba incesantemente.

Ella logró reunir concentración y fuerza para responderle con un débil sí. Mark la ayudó a levantarse del suelo y la sentó en un mueble, luego fue a pedirle al camarero un refresco para ella pensando que se le había bajado la tensión.

—Mark... Mi amiga se intentó suicidar. —Le dijo.

—¿Qué? ¿te acaban de avisar? ¿Está bien? — Le preguntó.

—No lo sé... Creo que está bien, tengo que ir al hospital donde está ella. —Le dijo.

—¿Es por eso que estás así? Te hizo daño saber lo que le había pasado... —Dijo Mark intentando comprender la situación. —Todo va a estar bien Alex, vamos a ir al hospital. Ella estará bien, no te preocupes. —Le dijo.

Alex asintió con la cabeza y Mark fue a pedir un taxi. Mientras lo esperaban, ella se tomaba el refresco que Mark le había llevado, y él tenía su mano libre agarrada con cariño. Cuando llegó el taxi Alex se dio cuenta de que ya se sentía bastante mejor porque pudo levantarse sin problema, sin embargo, aún le temblaban un poco las manos.

En el camino hacia el hospital ninguno de los dos dijo nada. Alex no tenía ganas de hablar y Mark parecía comprender que era mejor mantenerse en silencio en ese momento. Llegaron al hospital y esta vez Alex decidió pedirle a Mark que se quedara con ella, no sentía las fuerzas suficientes para estar sola y supuso que a Alice realmente le importaría muy poco lo que un extraño opinara de ella en ese momento, y si no, pues comprendería que Alex necesitaba su compañía y la perdonaría.

Mark aceptó sin dudarle y Alex llamó por teléfono a Sophie para preguntarle el número de habitación. Subieron al piso cinco por el ascensor y Alex abrazó con mucha fuerza a Mark antes de que salieran al pasillo.

Tenía miedo de enfrentarse a esa situación y sentía un cariño profundo y un agradecimiento sincero hacia Mark por estar con ella de esa manera. Sophie estaba sentada en el pasillo mirando sus pies, apenas escuchó pasos levantó la mirada y corrió hacia Alex para abrazarla.

—¿Dónde están sus padres? — Preguntó Alex. No sabía muy bien porqué pero una de las cosas que más temía enfrentar era mirar los rostros de los padres de Alice en ese momento.

—Ay Alex, no están. Están de viaje en Europa. Está sola. Yo... Yo los llamé y les expliqué. Llegarán mañana a primera hora. —Sophie parecía no haberse percatado de la presencia de Mark hasta ese momento. Él se había quedado unos cuantos pasos detrás de Alex y estaba en completo silencio. Alex al ver que Sophie lo miraba lo presentó.

—Sophie, él es Mark. —Le dijo. Mark se acercó a ella y le dio la mano en silencio, lo mismo hizo Sophie.

—¿Podemos...? — Preguntó Alex señalando hacia la habitación.

—Pasa tú, si quieres. Ella está dormida. —Le respondió. Alex decidió que si estaba dormida prefería esperar afuera hasta que se despertara.

—Ya vengo. Voy a ... Buscar una máquina de café. —Le dijo Mark.

—Alex... —Le dijo Sophie en un tono bastante sombrío que la hizo girar la cara hacia ella bruscamente.

—¿Qué? — Preguntó Alex. Sophie la miraba con un rostro de profunda preocupación, se frotó los ojos y bajó la mirada.

—¿Qué pasa Sophie? ¿Está muy mal? — Le preguntó.

—No. Ella va a estar bien. Es que...¿Él es tu novio? — Le preguntó.

—Sí, es él. Es un mal momento para que lo conozcas, ¿no? — Le dijo Alex.

—Ya lo conocía. Bueno, no exactamente, pero... Alex, él es el novio de Alice. —Le dijo mirándola de nuevo a los ojos.

Alex sintió instantáneamente solo incompreensión. No entendía las palabras que había escuchado o, al menos, no encontraba la conexión entre ellas. Pero pronto todo comenzó a encajar casi perfectamente. Recordó todo el sufrimiento de Alice debido a un chico que la hacía sufrir mucho, recordó toda la historia de Mark acerca de su ex novia loca, recordó las llamadas constantes al teléfono de Mark aquella noche en la playa cuando poco después Sophie la llamó para contarle del intento de suicidio de Alice.

Sintió que se derrumbaba por dentro. Estuvo en silencio lo que a ella le parecieron horas. Sophie a su lado parecía entender que era mejor simplemente esperar su reacción y volvió a mirarse los pies sin hacer nada.

—Sophie... ¿Puedes explicarme todo lo que sabes? — Le dijo Alex conteniendo las ganas de llorar.

—No sé mucho. Alice nunca ha querido abrirse demasiado con respecto a ese tema. Pero sé que ella dice que son novios, que pelean demasiado, que él la trata muy mal pero ella no se atreve a romper su relación con él. Ella dice que lo ama demasiado y se siente atada a él, casi en contra de su propia voluntad. Yo lo reconocí porque ella me mostró algunas fotos. Creo que él también sabe quién soy. —Le dijo Sophie. —Creo que... Creo que su relación con él es lo que ha hecho que ella intente hacer esto, Alex. —Le dijo.

Ella no sabía qué pensar, se sentía absolutamente sorprendida del giro que habían dado los acontecimientos y de lo que evidente que había sido todo pero ella lo había ignorado. Minutos después llegó Mark caminando a paso lento por el pasillo con dos vasos de café. Se acercó a ellas, le dio uno a Alex.

—Disculpa que no te traje a ti, no sabía si... —Le dijo a Sophie.

—No te preocupes. —Respondió ella sin mirarlo.

—Alex, ¿podemos hablar? — Le dijo Mark. Alex asintió y se alejaron caminando por el pasillo.

—Creo que debería irme pronto, debería dejarte estar con tus amigas.-

—Mark. Sophie me acaba de decir que le parece que te conoce. Ella piensa que...-

—Lo sé. Yo también creo que la conozco. Alex, esto es muy confuso. No sé qué pensar, no sé qué hacer... —Le dijo y se quedó mirándola. Ella sentía que luchaba con todas sus fuerzas por no dejar salir las lágrimas.

—¿Tú amiga, la que está allá dentro de la habitación, se llama Alice? — Le preguntó con una expresión que parecía dejar ver que él sabía y temía la respuesta. En ese momento, Alex no pudo contenerse más. Las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas.

—Creo que es mejor que te vayas. —Le dijo a Mark.

Él bajó la cabeza y asintió. Alex se quedó como paralizada mientras lo veía alejarse hacia el ascensor. Estaba esperando que él volviera a mirarla, no sabía muy bien para qué, pero él no lo hizo.

Se detuvo un rato mientras esperaba que llegara el ascensor y luego se montó en él, siempre mirando hacia abajo. Ella se quedó allí, aún después de que el ascensor se cerrara. Se quedó allí probablemente incluso después de que Mark hubiese salido en la planta baja. Solo pudo moverse cuando Sophie le tocó el hombro.

—Alice está despierta. —Le dijo.

Alice tenía ojeras muy oscuras y el rostro muy pálido. Apenas entraron comenzó a sollozar. Ellas se acercaron a la cama y le acariciaron el cabello por un largo rato. Alice se calmó poco a poco y les pidió que por favor no le hicieran preguntas, luego les pidió disculpas por haber hecho lo que hizo.

—A veces pienso que lo hago únicamente para llamar la atención de todos. Me siento terrible. —Les dijo.

Ellas le insistieron en que no debía sentirse culpable, que estaban allí para ayudarla, apoyarla y trataron de hacerle ver que era fundamental que empezara en terapia con un profesional. Ella les prometió que lo haría y les pidió que jugaran cartas con ella allí en la habitación. Se pusieron a jugar por horas hasta que la doctora le dijo que podía irse pero bajo tratamiento psiquiátrico obligatorio todos los días en el mismo hospital.

Después de eso, el ánimo de Alice bajó mucho y ellas decidieron quedarse con ella esa semana en su apartamento. Alex pasó primero por su casa para buscar sus cosas y se echó en la cama a llorar. Tenía cinco llamadas perdidas de Mark. Alex estaba completamente segura de que este era el tipo de situaciones en el que debía escoger entre su novio y su amiga, y en esas situaciones típicamente la mejor solución era decantarte por tu amiga.

Los amigos siempre estarán ahí para ti, decía la gente. Los hombres son mentirosos, engañan a las mujeres, decía la gente. Ella no tenía motivos para pensar que en este caso sería diferente. Cada vez que pensaba en que Mark la había engañado para tenerla como una segunda opción sentía que le hervía la sangre, pero le hervía aún más al pensar que Alice había sido víctima de él todo este tiempo y que ella había comenzado a creer la historia de que la ex loca era la culpable de todo.

Sin embargo, el hecho de que Alice hubiese intentado suicidarse dos veces en tan poco tiempo le hacía ver que ella no estaba muy bien emocionalmente, que no era una persona demasiado estable.

Pero no sabía cómo podría comprender realmente lo que estaba pasando. Además, en el caso de que Alice fuese en realidad el personaje que le describió Mark, ¿eso significa que era ella culpable de algo o simplemente que estaba enferma? ¿debería apoyarla y abandonar a Mark incluso aunque él nunca hubiese mentido, solo para no empeorar la situación de Alice?

No sabía la respuesta correcta a esas preguntas, pero lo que sí sabía era que su futuro próximo sería mucho más complicado de lo que había pensado, que nunca podría tener una relación duradera y bonita con Mark y al mismo tiempo profundizar en su amistad con Alice y Sophie. Sophie.

Pensó que la mejor opción para definir lo que estaba pasando y lo que tenía que hacer era hablar con Sophie. Sin embargo, se sentía un poco avergonzada, le parecía que Sophie la encontraba culpable.

Pasaron un par de días sin que se atreviera a decirle nada a Sophie sobre el tema. Parecía que su amiga había asumido que Alex dejaría inmediatamente a Mark y no hablarían más de lo que había pasado, lo cual hacía que ella se sintiera aún más avergonzada acerca de todo. Alice estaba muy cariñosa con las dos, se notaba sinceramente agradecida por la compañía de ellas.

Alex no podía evitar sentirse culpable por todo, y por siquiera pensar en la posibilidad de continuar su relación con Mark.

Pasó días intentando pensar con claridad, definir qué era lo verdadero, qué era lo correcto. No lo logró pero decidió responder una llamada de Mark sin pensarlo demasiado. Él sonaba extraño, le parecía que estaba apenado o triste, no podía identificarlo muy bien. Le pidió que aceptara

encontrarse con él para que pudiesen hablar las cosas en persona, ella aceptó. Al día siguiente se encontraron en el mismo café de siempre.

Apenas lo vio sintió un nudo en la garganta que trató de diluir con pensamientos acerca del clima pero no lo consiguió. Mark le pidió que le explicara su punto de vista, que le explicara quién era Alice para ella. Él quería entender cómo estaba percibiendo toda la situación. Alex aceptó porque le parecía que no tenían nada que perder.

Le contó todo lo que sabía, que no era demasiado y le contó también cómo se sentía al respecto, procurando ser lo más abierta posible. Mark la miraba con ojos tristes mientras escuchaba todo lo que decía sin interrumpirla. Cuando ella terminó, Mark se quedó un rato en silencio, tomando su café y Alex hizo lo mismo.

—Yo quiero estar contigo Alex. No te he mentado en nada. —Le dijo secamente. Ella respiró profundo. Sintió que le recorría el cuerpo una especie de odio. Odiaba a Mark por haberla puesto en esa situación, odiaba a Alice por lo mismo y se odiaba a ella por no haberse dado cuenta de todo antes.

—Es muy fácil mentir. Es aún más fácil mentir sobre haber mentado. No me sirve de nada que me digas eso. Ella es mi amiga, Mark, no ha hecho más que ser buena conmigo. Sé que tiene problemas pero no tengo forma de saber quién está mintiendo. Además, independientemente de eso, no quiero hacerle daño. No puedo hacerle daño. ¿No crees que sería demasiado egoísta continuar con esto sabiendo que ella puede hacer cualquier locura? — Le dijo.

—Quizá sí lo es. Pero, ¿no crees que es aún más egoísta impedir que dos personas que se quieren estén juntas porque no puedes lidiar con la realidad? — Le dijo tajantemente.

—No lo sé. Quizá tienes razón. Quizá no. No entiendo nada. —Le respondió.

—No están difícil entender lo que está pasando Alex. ¿Qué quieres?

—¿Sabes qué? Quiero que me dejes en paz. Eso es lo que quiero. —Le dijo y salió del café como una niña malcriada, sin dudarle un segundo, sin despedirse, sin pagar su café.

Alexia decidió en ese momento que para su salud mental la mejor decisión era olvidarse por completo de él, sin dedicar un segundo más a pensar si tenía razón en lo que decía, si Alice estaba mal de la cabeza o no, si era la decisión correcta o no. Simplemente haría como si él nunca hubiese existido y continuaría su amistad con las chicas. Mark no intentó contactarla nunca más desde ese día en la café.

El semestre en la universidad estaba a punto de terminar así que estaban abarrotadas de trabajos y rodajes cortos. Ella se concentró completamente en eso y en sus pocas salidas con las chicas. Esas últimas tres semanas del semestre estuvieron más unidas que nunca porque hacían todos los trabajos en grupo y se divirtieron un montón en los rodajes con el resto de su compañeros de clase.

En los rodajes Alexia se dio cuenta de que realmente amaba su carrera y quería hacer eso toda su vida. La mamá de Alex decidió ir a visitarla en las vacaciones de diciembre así que estaba emocionada por ese encuentro, quería que su mamá conociera la ciudad y a sus nuevas amigas. Ellas la ayudaron a preparar un recorrido interesante por los lugares que más les gustaban de Nueva York y cuando la mamá de Alex llegó la estaban esperando con pancartas de bienvenida en el aeropuerto.

Ella dejó salir lágrimas de felicidad cuando vio a su hija esperándola. La abrazó por un largo rato y luego ellas las acompañaron al apartamento de Alex para que dejara sus maletas allí y descansara un rato. Al día siguiente la llevaron a recorrer la ciudad. La mamá de Alex congenió perfectamente con las dos chicas y todas se encariñaron rápidamente.

Comieron, vieron obras de arte, caminaron, tomaron cócteles, caminaron más e incluso fueron

a bailar. Un día se dedicaron únicamente a caminar por las calles y descubrir lugares que ninguna había visto antes. Encontraron tiendas de ropa de segunda mano en las que compraron algunas cosas, descubrieron un lugar en el que preparaban la comida típica del pueblo originario de la familia de Alexia.

La mamá de Alex casi lloraba de la emoción al darse cuenta de que el dueño del local era un viejo amigo de su padre que había emigrado cuando ella era apenas una niña a los Estados Unidos, el hombre la identificó solamente por su parecido facial a su padre. Se le acercó a la mesa y le dijo el nombre de su padre sin decir nada más. La madre de Alex inmediatamente comprendió que lo conocía y comenzaron hablar hasta que se cansaron acerca de historias de sus familias y de su pueblo.

Ella estuvo en Nueva York por dos semanas. Celebraron las navidades en el apartamento viendo películas y el fin de año se reunieron con las dos amigas de Alex en el Times Square. En medio de todo eso Alex luchaba todas las noches por no pensar en Mark y todas las tardes por no temer con encontrárselo caminando por la calle.

Le contó a su mamá todo lo que había pasado pero le pidió que solo la escuchara sin darle una opinión, no quería verse tentada a cambiar su decisión. Su mamá le hizo caso pero ella notó en su expresión que le parecía que había cometido un error. Ella la conocía lo suficiente como para descifrar eso.

Desde la última vez que habló con Mark habían pasado casi dos meses. Un día estaba almorzando con Alice y Sophie en un restaurante de comida rápida cerca de la universidad. Alex sintió el impulso de voltear hacia la mesa diagonal a donde estaba ella y lo vio. Ahí estaba Mark, solo, comiendo y mirándola. Alexia no le había contado nada a Alice, tampoco le había vuelto a mencionar el tema a Sophie.

No sabía si entre ellas habían hablado pero no creía que fuese así porque no había notado ningún cambio en la actitud de sus amigas. Sintió un miedo que se le asentó en el estómago e hizo que las manos comenzaran a sudarle.

No parecía poder apartar la mirada de los ojos de Mark. De pronto se dio cuenta de que en el mesa se habían quedado en silencio. Volteó a mirarlas y Alice la estaba viendo con una expresión de confusión. Sophie saltaba su mirada de Alice a Alex intermitentemente. En ese momento Mark se levantó y se acercó a la mesa. Alice se levantó de la silla aparentemente sin ningún objetivo concreto.

—Hola Alice. —La saludó Mark con seriedad. Ella comenzó a respirar agitadamente.

—Alex. ¿Podemos hablar? — Le dijo Mark volteando a verla a ella. Alice parecía sentirse sacudida de la realidad, en sus ojos se podía ver que no entendía por qué Mark estaba dirigiéndose a Alex.

—Alex... —Le dijo Sophie en tono de advertencia.

—Está bien. Esto tiene que solucionarse. —Dijo Alexia, dándose cuenta de que el misterio y el miedo estaban haciendo que la situación se percibiese irracionalmente horrible, cuando en realidad era muy probable que ninguno de los que estaba allí estuviese actuando con intención de hacerle daño a nadie. —Vamos a cambiar la forma en la que hemos hecho todo esto y nos vamos a hablar de frente y claro. —Dijo.

—Estoy de acuerdo. —Dijo Mark.

—Alice. Mark y yo salimos durante todo el semestre hasta hace dos meses. —Le dijo Alex. Alice se sentó en su silla y no dijo nada.

—¿Podrías explicarle lo que ha pasado a Alex? — Le dijo Mark a Alice.

—¿De qué me están hablando? ¿De qué hablas Mark? ¿Qué haces aquí? — Le dijo en un tono

en el que Alex nunca la había escuchado hablar, un tono sumiso.

—Tú sabes de qué estoy hablando. Lo que Alex te acaba de decir es lo único que necesitas saber. Yo quiero estar con ella, y necesito que le expliques que yo no estoy tu novio. —Le dijo con brusquedad.

—Mark, no creo que sea necesario ser... —Le comenzó a decir Alex pero él la interrumpió.

—Yo creo que sí es necesario. Es necesario que seamos directos, tú misma lo acabas de pedir. Así que hablemos. Alice sabe perfectamente cuál es la realidad. Y yo ya no quiero tener que entenderte Alice, tener que comprender que tú no estás bien, ya no me importa. Necesitas aceptar los hechos, ha pasado demasiado tiempo y he sido demasiado paciente.

—No... No sé qué es lo que quieres. No... —Dijo Alice y de pronto se quedó en completo silencio de nuevo, mirando al vacío.

—Alice. ¿Quieres irte? — Le dijo Sophie preocupada. —¿Alice? — Le repitió al ver que ella no mostraba señales de haber escuchado.

Alice siguió en silencio. De pronto se levantó de la silla, se acercó a Mark y comenzó a golpearlo en el pecho y a llorar. Alex y Sophie se quedaron demasiado sorprendidas con la reacción como para actuar de alguna forma.

Mark parecía esperarlo, parecía estar acostumbrado a ello. Apartaba la cara hacia a un lado e intentaba sostener las manos frenéticas de Alice sin decir una palabra. Luego de un par de minutos Alice se calmó y se sentó tapándose la cara con las manos.

—Está bien Mark. Como tú quieras. Alex, él no es mi novio, no lo ha sido desde hace un tiempo. Así que puedes estar con él sin problema. —Le dijo sin mirar a Alex a la cara, siempre mirando directamente a Mark.

—Creo que todos deberíamos irnos a nuestras casas y después hablar de esto. No creo que nadie esté completamente estable... —Dijo Sophie.

—Tienes razón. Yo me voy. —Dijo Alex y recogió sus cosas en silencio.

Alex llegó a su apartamento y se encontró con Gabo viendo televisión en la sala. Él la saludó con ánimo y le ofreció cervezas. Ella aceptó y se sentó con él a ver un programa de juegos en la televisión. Gabo se puso a explicarle cómo funcionaba el juego y se divirtieron un rato viéndolo.

Alex sintió en ese momento deseos de abandonar por completo sus relaciones con Mark, Alice y Sophie, alejarse de ellos por completo y vivir una vida como la de Gabo. Incluso pensó que quizá sería una buena idea abandonar su carrera que le exigía demasiado y simplemente trabajar en un restaurante de comida rápida toda la vida y ver programas de juegos en el sala con su compañero de piso.

Evidentemente, segundo después de pensar en todo aquello se dio cuenta de que nunca sería feliz con una vida así, pero pensó en lo bonito que sería convertirse de pronto en una persona que podía ser feliz con una vida simple, sin exigirse demasiado. Pensó también en lo bonito que sería no involucrarse con nadie, en simplemente disfrutar de los pequeños placeres de la vida sin exponerse emocionalmente ante las demás personas.

Las cervezas comenzaron a hacerle efecto y terminó contándole a Gabo toda la confusa historia de lo que había pasado entre Mark, Alice y ella. Gabo pareció comprenderlo sin sorprenderse y le aconsejó que intentara alejarse de la persona que pareciera más complicada, le dijo que ese era su modo de vida y que en situaciones como la de ella, era aún más eficiente pensar así.

Estuvieron conversando hasta las once de la noche cuando él le dijo que se iba a dormir porque estaba muy cansado, pero ella seguía sin tener sueño así que se fue a su cuarto a buscar alguna serie para ver. Media hora después, mientras veía la serie, recibió la llamada. Sophie

estaba llorando.

—Esta vez lo logró. —Le dijo solo eso entre llanto y Alex lo entendió.

En el entierro de Alice había tanta gente que Alex no podía evitar sentir que era una celebración, un cumpleaños, su cumpleaños. Los padres de Alice parecían no haberse visto realmente sacudidos por lo ocurrido. Ella intentó no juzgarlos, pensar que cada quién sufre a su manera, pero sentía un poco de odio hacia ellos.

Los creía culpables, sin embargo, no tan culpables como a ella. Sophie no apareció en el entierro ni Alex supo nada de ella después de esa llamada. Ella tuvo que contactar directamente con la madre de Alice para entender lo que había pasado, para saber dónde sería el velorio. Había sufrido su propia crisis nerviosa luego de colgar la llamada de Sophie aquella noche.

Se había tirado al suelo sin llorar, ni cerrar los ojos por horas hasta que amaneció. Sentía un dolor desgarrador en el pecho que era producto de una mezcla de culpa por lo que había hecho Alice, tristeza porque no la veía más, y vacío por la muerte de su hermano que se entrelazaba con la de Alice casi como si se tratara de la misma persona y el mismo momento duplicado.

La madre de Alice era su propia madre, fría, callada y ella era el vacío que había frente a la urna de Alice en ese momento. Nadie se atrevía a acercarse a ella, no había nadie que tuviese la fuerza suficiente para enfrentar aquello, no había nadie que la quisiera lo suficiente como para haber impedido aquello. Esa era la culpa doble que ella sentía. Mark estaba allí, blanco, pálido y con miedo. Así lo veía ella.

Como si hubiese perdido algo de lo que siempre quiso deshacerse pero cuando lo logró se dio cuenta de que la pérdida dolía. Ella no quería estar cerca de él y él lo entendía. Se sentía como un error mirarse siquiera frente a Alice, frente al cuerpo de Alice. El entierro pareció durar años en la mente de Alex. Ella se sentía como una niña pequeña parada frente a sus errores, frente a las injusticias de la vida, del mundo.

Pasaron dos semanas después del entierro en las que ella se había convertido en una especie de ermitaño. No salía casi de su habitación y no respondía llamadas ni mensajes más que para dejarles saber que estaba bien a su madre y a Mark. Sophie había desaparecido por completo y Alex se sentía demasiado avergonzada como para intentar acercarse a ella. Luego de esas dos semanas Alex decidió que iría al cine ella sola.

Se bañó, se arregló conscientemente para verse bonita y se fue al cine. Vio una película romántica pero no le prestó mucha atención. Al salir llamó a Mark. Le dijo que ya estaba lista para que se vieran de nuevo. Se encontraron frente al cine, ella lo esperó allí y entraron de nuevo a ver otra función de la misma película.

Ella no le dijo que ya la había visto. Esa vez sí la disfrutó, la entendió. Pero disfrutó aún más la compañía de Mark. Él estaba bastante más silencioso de lo que solía ser antes, pero en sus ojos ella veía amor. Se sentía acompañada por él, sentía su compañía en el dolor por lo que le había pasado a Alice y su compañía en el amor que sentían el uno por el otro.

Nunca más vio a Sophie, Ella decidió quedarse en Nueva York luego de terminar la carrera, siguió su relación con Mark y se enteró a través de un comentario de pasillo que Sophie se había ido a vivir a Londres. Ella la eliminó de todas las redes sociales y, por supuesto, nunca se despidió.

Nunca pudo dejar de sentirse culpable por lo que había hecho Alice. Mark y ella intentaron seguir adelante con su relación, sin nombrarla a ella pero un año después de su muerte estaban preparando la cena en el apartamento de Mark y escucharon una noticia en la televisión acerca de una chica adolescente que se había suicidado dejando una nota en la que culpaba a sus padres y a su novio.

En ese momento los dos comprendieron que para poder seguir adelante con sus vidas por completo tenían que hablar bien de lo ocurrido, tenían que aclarar cualquier duda que tuviesen. Mark se sentó en la mesa estrujando el paño de cocina que tenía en la mano y Alex se sentó junto a él. Comenzó a contarle todo lo que había sentido, le explicó lo que había pasado con su hermano cuando ella era muy pequeña.

Ella sentía que llevaba encima la carga del suicidio de dos personas a quienes quería, sentía que de alguna forma ella era la culpable de esas dos muertes y que pudo haberlas evitado. Mark le explicó por su parte que todas las noches soñaba con Alice, la veía morir. Le contó que después de tanto tiempo casi odiándola, deseando que desapareciera de su vida y arrepintiéndose del momento en el que había aceptado salir con ella, no entendió cómo podía dolerle tanto su muerte.

Sabía que Alice lo culpaba directamente a él, ella se lo había dicho, él podía reproducir en su cabeza todo lo que Alice habría estado pensando en el momento en el que decidió quitarse la vida.

Sabía que quería causarle dolor a Mark, que quería dejar de vivir porque no podía estar con él y que quería castigarlo. Él se debatía entre el sentimiento de injusticia que esto le generaba y el remordimiento que sentía por no haberla tomado más en serio. Luego de ese encuentro, Alex sintió que le quitaban un peso de encima.

Sin embargo, tuvo que asistir a terapia psicológica por un largo tiempo en la que descubrió un montón de cosas en las que había afectado la muerte de su hermano y que había profundizado la muerte de Alice. Ella intentó recordar todos los detalles de su relación con ella, intentó encontrar pistas, fragmentos de algo que explicara la debilidad del carácter de Alice pero no pudo.

Aprendió a perdonarse a sí misma por no haber hecho lo suficiente como para evitar el suicidio de su amiga pero entendió que cuando alguien intenta quitarse la vida todas las personas a su alrededor deben mantenerse constantemente alertas, sus ojos deben estar siempre puestos encima de esa persona vulnerable.

Mark resultó ser el hombre perfecto que ella siempre había deseado y ella fue feliz. El recuerdo de Alice nunca desapareció pero aprendió a aceptarlo como parte de su pasado, como parte de quién era ella y de la historia de su vida.

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#)

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Timida, levanta la mirada y sonríe. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

— Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

 Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decor rselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y all . Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo,  verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gru e un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que se is amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío,  eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que est  demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, s  que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se

está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
— Comedia Erótica y Humor

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo —Laura Lago](#)

*Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

[Esclava Marcada —Alba Duro](#)

*Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

[Sumisión Total —Alba Duro](#)

*10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*